P. GIL

LA CAJA DE MUSICA

CANTOS DEL CAMPO

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL ARTS FA/0838
0500770452

LA CAJA DE MÚSICA

RICARDO GIL

LA CAJA DE MÚSICA

— POESIAS —

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL
CRUZADA 4, BAJO DERECHA

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

MADRID:—Imp. de Felipe Marqués.
Marqués de Leganés, 12

AL EXCMO. SR.

DON ALEJANDRO HARMSEN Y GARCÍA

BARÓN VIUDO DE MAYALS, EXSENADOR
DEL REINO, ETC., ETC.

De negro y blanco visten mis cantares,
como las pasajeras golondrinas.
De su hogar ha nevado en las ruïnas
y buscan el calor de otros hogares...
Al tuyo llegan; no los desampares.

El condor, de las cimas soberano,
desdeña á los rastreros voladores;
pero ellos, á la altura de las flores,
sin envidia lo ven siempre lejano...
Mas cerca están del corazón humano.

Se han posado mis débiles cantares,
como las golondrinas, en tu techo.
Necesitan calor... Lo hay en tu pecho.
Visten de luto... No los desampares...
Tal vez traigan alivio á tus pesares.

Madrid, Febrero, 1898.

PRELUDIO

Es humilde caja, no lira arrogante.
No esperéis que cante
de los altos héroes la inmortal pasión.
Es su voz endeble y algo quejumbrosa.
En ella reposa,
con tranquilo sueño, la vieja canción.

Como mueble inútil yace arrinconada;
pero, si os agrada,
el resorte dócil bastará oprimir:
rodará el cilindro y á su impulso blando
irán despertando
memorias que á veces hagan sonreir.

Vibrarán las notas de antigua sonata,
cual mazos de plata
que templado vidrio baten á compás,
y traerán tristezas de lejanos días
y esas alegrías
que después de muertas nos encantan más.

Ya con ritmo alegre, ya con tristes sones,
las gratas canciones
que en la caja duermen, nuestra historia son.
Con su voz repiten, melodiosa y tierna,
esa trova eterna
que no por oída cansa al corazón.

Aires son ya viejos, aires conocidos;
volaban perdidos
y en sencilla caja yo los recogí.
Los cantaban niños, mujeres y flores;
pero los mejores
los cantó la Muerte sólo para mí.

Con su lira el Genio, por la gloria lucha,
y el aplauso escucha
de las multitudes que rindió á sus piés.
El cilindro sabe, girando en la caja,
que en vano trabaja:
silencioso olvido le espera después.

Pero poco importa si logra un instante,
como brisa errante
que el aroma trajo de lejana flor,
hacer que en sus notas de dulce cadencia
palpite la esencia
de un recuerdo amado... ¿Qué gloria mayor?

Cantos son de niños, flores y mujeres.
Si al confuso estruendo del mundo prefieres
esa trova eterna que te haga soñar,
si en tus horas negras buscas el olvido,
á mi pecho inclina, Lector, el oído
y escucha... La caja comienza á sonar...

AGUAFUERTE

Las campanas tañidas por el viento
en la medrosa noche clamorean
con notas destempladas.
Cada vez que las ráfagas heladas
aullando por los claustros culebrean,
reviven un momento
del hornillo las brasas moribundas:
y enrojecen la celda, con profundas
pausas de oscuridad, las llamaradas.

Centellean entonces, apiñadas
en las tablas pendientes de los muros,
retortas y vasijas numerosas
de hechuras caprichosas
é ignorado destino:

y ruedan por la mesa, mal seguros,
con los haces de hierbas prodigiosas,
los rollos de mugriento pergamino
llenos de ensalmos, cifras y conjuros.

Vuelve á la sombra todo. Solamente
junto á la boca del hornillo ardiente,
de las vivaces ascuas al reflejo
cálido y oscilante,
se destaca el semblante
del fraile gris enflaquecido y viejo.
Diríase que duerme, pues sus flojos
miembros con indolencia se desploman
en ancho sitial; pero á sus ojos,
en la penumbra de la cuenca hundidos,
de vez en cuando asoman
resplandores extraños,
y de sus labios secos y fruncidos
brota sordo murmullo.

Muchos años
ardió el voraz hornillo noche y dia
esparciendo en redor negros vapores

cuyos acres olores
se aspiran en la celda todavía;
y con tenaz empeño
alimentado fué... ¿Qué audaz ensueño
perseguido al través de bruma vaga
torcer al sabio en su camino pudo,
para que vea indiferente y mudo
cómo el hogar generador se apaga?

En el cráneo desnudo
del fraile, barrenado por la idea,
el vivo incendio arroja
movible mancha roja
como sudor de sangre que gotea...
¿En él qué latirá...? Cábala hebrea
acaricia tal vez, de la que pende
prolongar el milagro de la vida...
Quizás, en su memoria adormecida
repasando el hermético tesoro
de signos y de fórmulas, pretende
cristalizar la luz en cubos de oro.
En su abstracción, acaso,
acecha en infinitas soledades

de los planetas el solemne paso,
sorprende conjunciones y ve luego
en curvas enigmáticas de fuego
escrito el porvenir de las Edades.
Parecen despertar fuerzas que duermen
bajo su cráneo y fermentar el germen
de algo que, con grandeza soberana,
su nombre hará brillar en lo futuro:
de algo que importa á la ventura humana.

Como de vivas inquietudes presa,
sus temblorosas manos, en lo oscuro,
extiende el fraile gris hacia la mesa:
descubriendo temor y sobresalto,
palpando va con torpe movimiento
heterogéneas cosas hacinadas
sobre la tabla...

Mientras, en lo alto,
las campanas tañidas por el viento
clamorean con voces destempladas
de la medrosa noche en la negrura...
y en los claustros las ráfagas heladas

aullan como hienas congregadas
en torno de reciente sepultura...

Encuentra, al fin, lo que buscó anheloso.
A su rostro arrugado y descompuesto
de horrible lucha asoman las señales:
vacilando medita;
pero vence un afán que misterioso
en sus ojos palpita,
y negros polvos de poder funesto,
con espantado gesto,
va mezclando en porciones desiguales
en un roto crisol que luego agita...
En él arroja brasa moribunda...

Con súbita explosión la estancia inunda
purpúrea claridad... Todo aparece
bañado en sangre; todo se estremece...

Y cruzan á legiones
por el ambiente aquel ensangrentado
sombras indefinibles
que, al pasar con violentas convulsiones,
dejan en pos gemido prolongado.
....

Más que nunca profundas y terribles
son las tinieblas. En el suelo inerte
yace el fraile tendido
é inclinada hacia él, sobre su oido,
—¡Gracias!...—dice la Muerte.

DE PASO

Sentíme dominado por el hastío.
El camino era triste, largo el viaje...
pero al salir del túnel lóbrego y frío,
espléndido en colores surgió el paisaje.

Bajo un cielo sin nubes risueños prados,
espesos encinares, aguas tranquilas,
y, vibrando entre aromas, acompasados
cantares y campestre rumor de esquilas.

Y virgen campesina, de ojos serenos,
vi cruzar los zarzales ruda y hermosa,
llevando en sus redondos brazos morenos
de frutas y de flores carga olorosa.

Pasó con el cimbreo de esbelta palma:
siguiéronla mis ojos entristecidos.
—Venturosas las aves, murmuró el alma,
que en estas espesuras tejen sus nidos.

¡Feliz, dije, el que envuelto por tibio ambiente
de silencio, de aromas y claridades,
dolorosas heridas cerrarse siente
que enconaba la atmósfera de las ciudades!

¡La ciudad! A este nombre sentí el mareo
de la embriaguez y el tedio con que termina,
y distinguí el brillante relampagueo
que á la inocente alondra llama y fascina.

Llegó hasta mí un murmullo sordo y lejano
de lamentos y risas engañadoras,
y la vi coronarse como el pantano
de vapores que engendran fiebres traidoras.

Ante mí sus miserias, sus esplendores,
sus repugnantes vicios y sus grandezas
pasaron despertando viejos dolores,
removiendo en el alma turbias tristezas.

Allí, pensé, en la lucha del circo inmenso
si el éxito no alcanzan sobran virtudes;
pues solamente queman impuro incienso
del éxito en las aras las multitudes.

Multitudes que dictan omnipotentes
su ley. Nunca las almas se ven más solas
que cuando las arrolla con sus corrientes
ese mar clamoroso de humanas olas.

Tú, sí, Naturaleza, constante amiga,
tú sí que me acompañas; pero el destino
sólo de paso deja que te bendiga,
sólo de paso asomas á mi camino.

Y el camino aún es largo, largo y penoso...
Apacible retiro que por acaso
contemplo, ¿por qué brindas dulce reposo
al que verte no logra más que de paso?

Y tú también, doncella ruda y hermosa
con tu tranquilo aspecto, ¿por qué me dices
«viajero, aquí tu herida no es dolorosa,
tal vez aquí te aguardan horas felices?...»

Recordé un gabinete que con extraña
luz á través de sedas el sol alumbra,
y un ángel que allí teje, como la araña,
sus redes invisibles en la penumbra.

Por repugnantes heces sentí amargados
mis labios, y mis ojos de sombras llenos
buscaron en aquellos alegres prados
la virgen campesina de ojos serenos.

La vi lejos, muy lejos... y de repente
se perdió como sueño que se evapora,
á tiempo que arrancaba con estridente
silbido la incansable locomotora.

—Detén tu vuelo—dije—sólo un instante
¡oh monstruo que me arrastras y martirizas!...
Pero el mónstruo impasible siguió adelante,
dejando en pos estela de humo y cenizas.

TENACIDAD

(AL POETA GRILO

Entre los dos mi corazón un día
enterramos... ¿Te acuerdas?...
Tu delicada mano abrió la fosa;
tu pie menudo apisonó la tierra.

—¡Bien muerto está!...—dijiste, y sin mirarme
te alejaste riendo.
—Descansa—murmuré—corazón mio,
descansa en tu sepulcro; ya era tiempo.

He pasado, al volver la primavera,
por el rincón aquél tan silencioso...
¡Oh corazón tenaz!... De él ha brotado
una violeta azul como tus ojos.

EL CONVIDADO DE PIEDRA

—

Vuestro vino apurad... Aún no ha llegado
ese huésped funesto.
Bebed... Pronto en la mesa el convidado
reclamará su puesto.

Estalle la canción, la loca risa
de notas prolongadas;
cantad, reid, pero reid aprisa...
¿No escucháis sus pisadas?...

De esas flores que aún viven el aroma
gocemos un instante,
un instante no más, mientras asoma
su pálido semblante.

Los tiernos madrigales al oído
y el chispeante cuento
abreviad... Ya las puertas han crujido
del próximo aposento.

Laura, guardemos para ser felices
la sed no satisfecha.
Déjame, que al través de esos tapices
ya quizá nos acecha...

Me escucháis con burlona carcajada;
despreciáis mis temores,
y decís que defienden esa entrada
leales servidores.

¡Temeraria ilusión! A pesar vuestro
nunca estaréis seguros.
No hay festín sin el huésped que siniestro
se filtra por los muros.

Mirad... Las flores que la mesa adornan
se mustian lentamente...
Ya no reís... Los párpados se entornan
con languidez creciente.

De la canción los sones apagados
vago sollozo imitan...
Los labios pierden su carmín, y, helados,
al beso ya no incitan.

No brotan ya del vaso cristalino
rosadas embriagueces...
El ánfora se agota: toma el vino
el sabor de las heces.

El narrador á terminar renuncia
la historia comenzada...
Las luces palidecen... Todo anuncia
del huésped la llegada.

En nuestros corazones esta sombra
del salón se condensa.
¡Vano placer! Mi labio ya te nombra
con repugnancia inmensa.

Y si aún tu nombre en el salón oscuro
disipa torvos ceños,
es pensando en aquel eterno y puro
que se adivina en sueños...

El placer por la tierra va de paso,
y el alma lo destruye
si lo detiene. ¿Detendréis acaso
rayo de luz que huye?

Como la noche tras la luz se lanza
en eterno viaje,
sobre las huellas del placer avanza
siniestro personaje.

Se enlazan como el eco y el sonido
en su volar ligero...
El placer va de paso y perseguido
por triste compañero.

Siempre acude á la cita el convidado:
jamás faltó á ninguna.
¿Ois? Es el rumor acompasado
de su planta importuna.

Por vez postrera nuestras copas llenen
con la turbia ambrosía.
¡Levantadlas! Que brillen y que suenen
chocando con la mía.

A ese huésped tiránico y sañudo
hagamos los honores.
No negaban al César su saludo
Los fuertes gladiadores.

¡Brindemos con el vino emponzoñado
que nuestra copa encierra:
brindemos, sí, por el placer soñado
que no muere en la tierra!...

. . . . . .

El huésped aparece... Todo acaba...
Oscuridad y frío,
y sueño, mucho sueño... Te esperaba...
Ya te conozco: ¡Hastío!

TRISTITIA RERUM

—

Abierto está el piano.....
Ya no roza el marfil aquella mano
más blanca que el marfil.
La tierna melodía
que á media voz cantaba, todavía
descansa en el atril.

En el salón desierto
el polvo ha penetrado y ha cubierto
los muebles que ella usó:
y de la chimenea
sobre el rojo tapiz no balancea
su péndola el reló.

La aguja detenida
en la hora cruel de su partida,
otra no marcará.
Junto al hogar, ya frío,
tiende sus brazos el sillón vacío
que esperándola está.

El comenzado encaje,
en un rincón, espera quien trabaje
su delicada red.....
La mustia enredadera
se asoma por los vidrios y la espera
moribunda de sed.....

De su autor preferido,
la obra, en el pasaje interrumpido
conserva la señal.....
Aparece un instante
del espejo en el fondo, su semblante....
Ha mentido el cristal.

En pavorosa calma
creciendo van las sombras... En mi alma
van creciendo también.
Por el combate rudo,
vencido al fin, sobre el piano mudo
vengo á apoyar mi sien.

Al golpear mi frente
la madera, sus cuerdas tristemente
comienzan á vibrar.....
En la caja sonora
brota un sordo rumor... Alguien que llora
al verme á mí llorar.....

Es un largo lamento
al que se liga conocido acento
que se aleja veloz....
En la estancia sombría
suena otra vez la tierna melodía
que ella cantaba siempre á media voz.

SUEÑA.....

No despiertes aún... En los risueños
abriles tan cercanos á tu cuna
vas cabalgando al rayo de la luna
en el corcel nevado de los sueños.....
Suelta la rienda de oro... Los pequeños
te atajarán con crítica importuna.....
Déjalos que, envidiando tu fortuna,
rian de tus quiméricos empeños.

De paso vas... Del éter estrellado
no desciendas á un mundo miserable
que todo sueño en lágrimas disuelve.....
¡Antes se pierda tu corcel nevado
en la noche callada, impenetrable,
de esa región de la que nadie vuelve!.....

EL RETRATO

(Á J. JURADO DE LA PARRA)

La duquesita, sin lisonja, es bella
y un poco artista: su alma tomó vuelo
y hace tiempo que vive en una estrella,
a más lejana del impuro suelo.
De ingenuidad y de esquivez modelo,
como altanera roca
mira impasible el mar que en ella choca;
sin turbarse recibe
del incienso la inútil oleada:
y es que adóra en secreto, desde el cielo,
á un dichoso mortal que también vive
en esa hermosa estrella plateada,
y sabe que en secreto es adorada.
El es pintor de genio. Con locura
ama la duquesita la pintura.

y una noble igualdad de aspiraciones
aproximando fué dos corazones
que el mundo en vano separar procura.

Del laureado artista las lecciones
logró la duquesita encantadora,
y en presencia los dos de una señora
de cabellera gris y aire imponente
pudieron verse juntos una hora,
en la mansión ducal, diariamente.
En ambos la pasión era discreta:
sentada frente al lienzo, en elegante
tocado y actitud algo coqueta
la discípula dócil y constante
escuchaba al pintor enamorado
que á su espalda, de pié, permanecía
con aire soñador algo estudiado...
Acaso al corregir la pincelada
inhábil ó al fijar en la paleta
el color, se cruzaba una mirada
elocuente, insondable...
mas con tal corrección y cortesía,

que sin temor la anciana venerable
unos ratos rezaba, otros leía,
y dormitaba á ratos.

En busca de un Velázquez cierto día
pasaron al salón de los retratos.
Abundante y curiosa galería
era aquella de ilustres personajes:
si no mintieron al copiar los trajes,
todos desempeñaron por fortuna
los primeros papeles
en la humana comedia.
Bajo aquellos montones de oropeles
pudiérase estudiar, sin duda alguna
nuestra Historia, á partir de la Edad Media.
Allí aceradas cotas, ondulantes
tunicelas brocadas, los justillos
de vellorí con vivos rapacejos,
exageradas golas, guarda-infantes,
los amplios casacones, los tontillos,
las joyas de clarísimos reflejos,
los hábitos sencillos,

la púrpura de tonos deslumbrantes...
todo un tesoro, en fin, de indumentaria,
mezclado en confusión extraordinaria
con semblantes ya jóvenes, ya viejos,
ya alegres, ya formales,
de damas, de señores,
guerreros, magistrados, cardenales,
alguaciles mayores,
prelados abaciales,
virreyes y prioras y doctores,
y dos frailes y tres inquisidores.

Montado en el salón el caballete,
se descolgó el retrato de una abuela
no muy lejana, siglo diecisiete.
Maravilloso tipo
fué de altiva hermosura, y se recela
más de un cronista cándido y sincero
que así el cuarto Filipo
pensó y toda la corte;
pues, desde el Buen Retiro al Mentidero,
del rostro de esta dama,

de su donaire, su gracejo y porte
más que de su virtud habló la fama.

En el vasto salón, acompañados
como en familia por tan noble gente,
los dos amantes, siempre refrenados
por silencio prudente,
tuvieron su sesión: el esplendente
sol de Mayo en su luz los envolvía,
en tanto que la anciana gravemente
meditaba ó dormía.

Y entonces sucedió ¡raro portento!
que en los cuadros aquellos las figuras
tomaron movimiento,
reluciendo en los cambios de posturas
las joyas, las bordadas vestiduras,
ó las bruñidas piezas
de férreas armaduras,
y á los lujosos marcos un momento
se asomaron curiosas las cabezas...
Una señora de pomposas haldas

que adornaba su frente alabastrina
con brillador tembleque de esmeraldas,
lanzó al aire su voz, clara, argentina:
—¡No me engaño!... Es mi undécima sobrina;
y copiar á su abuela se propone!...
—Pues escogió muy mal... ¡Dios me perdone!...
dijo un obeso fraile, acariciando
la tabaquera de oro.
Brotó un murmullo femenil y blando,
y las damas en coro:
—¡Mal ha escogido!...—repitieron todas;—
mejor modelo hallar pudo sin duda!...
—¡Pardiez!... ¡A nuevos tiempos nuevas modas!—
con voz cascada y ruda
exclamó, sacudiendo el ferreruelo
un viejo algo temblón;—¿Qué hace ese mozo
que no besa su mano? ¡Vive el cielo,
que no han de condenarle por galante!...
—Hablais tan sin rebozo,
con palabras tan vivas y tan francas...—
murmuró una abadesa que el semblante
recataba con luengas tocas blancas;
y el viejo respondióla reportado:

—Quise decir, señora, con el guante.
El fraile:—Perdonadme que os replique—
dijo;—en verdad los tiempos han mudado,
y eso causa molesta pesadumbre
á mi señor y abuelo don Fadrique;
pero en lo de besar tenga paciencia,
y verá Vuecelencia
que se conserva aún esa costumbre...

Entre tanto, discípula y maestro,
llenos de sobresaltos y sonrojos,
ella ruborizada, él poco diestro,
se hablaban solamente con los ojos.
En aparente calma
iban manchando el lienzo de colores,
sordos á los retratos habladores,
pues mientras habla Amor dentro del alma
toda otra voz se apaga y desvanece.
Y en sus marcos decían las curiosas
damas con actitudes melindrosas:
—¡No se parece aún!... ¡No se parece!...

¿Fué el sol de Mayo el que logró un instante
volver audaz al encogido amante?...
Mi Musa, aunque mujer, no ha descubierto
ese misterio aún; pero es lo cierto
que, al buscar un pincel casi perdido
en un ancho jarrón de malaquita,
por torpeza ó descuido,
pusiéronse en contacto
con movimiento tardo y perezoso
las manos de los dos... Quiso en el acto
la suya retirar la duquesita,
y en aquella nevada
mano tan linda y breve,
el artista aplicó labio ardoroso...
Como al caer un ascua sobre nieve,
sonó leve chasquido...
No turbó de la anciana el dulce sueño...

Y del fraile el acento conocido
en las alturas murmuró risueño:
—¡Ya comienza á tomar el parecido!...

MEMENTO

—

Entre las hojas de un libro viejo
guardo unas flores viejas también;
flores y páginas amarillean
y en unas y otras suelo leer.

El docto fraile que escribió el libro
¡qué buenas cosas dice en latín!...
Ante el cadáver de aquellas flores,
¡qué de recuerdos brotan en mí!...

El libro dice:—Nada, en el mundo,
nada hay de cierto más que el dolor...
Pero las flores dicen:—¿Te acuerdas?...
Y el alma olvida lo que leyó.

Prosigue el fraile:—Di, peregrino
que por la tierra cruzando vas,
en tu destierro, ¿qué te acompaña?
Rumor de lágrimas y oscuridad...

Oigo á las flores:—¡Qué hermoso día!...
¿Recuerdas?... Ibas cantando tú
y ella riendo... y en el espacio
y en vuestras almas ¡todo era luz!...

El:—La hermosura, sombra que pasa ..
Ellas:—Sí; sombra que inspira amor.
El:—En la nube Dios puso el rayo...
Ellas:—Las flores las hizo Dios.

¡Oh docto libro! Yo te venero,
yo te consulto con ciega fe;
¡pero es tan triste lo que me dices!...
¡En tus palabras hay tanta hiel!...

Cuando á tus páginas amarillentas
mi frente inclino con ansiedad,
siento que en torno va anocheciendo;
mis huesos hiela soplo glacial.

Por eso guardo como un tesoro
esas reliquias del bien que huyó...
Perdona ¡oh libro! mi cobardía
si en ellas busco luz y calor.

Perdona ¡oh libro! si algunas veces
cuando tus frases me hacen sufrir
oigo á esas flores decir:—¿Te acuerdas?...
y olvido al punto lo que leí.

ESPERANZA

—

Con cuatro tablas negras labró la muerte avara
el ataud estrecho, cerrado lentamente,
donde sus restos pálidos deposité yo mismo.
Abismo sin orillas ni fondo nos separa...
Con cuatro tablas negras he de formar un puente
que cruzará el abismo.

LA RUECA

Enterremos la rueca. Vedla ociosa
frente al hogar colgada.
Ya la abuela con mano temblorosa
no hace girar el huso en la velada.

El gigante de hierro la ha vencido,
y en triste humillación su gloria trueca.
La fábrica sus hornos ha encendido.
Enterremos la rueca.

Ya del vapor atruena los talleres
el rugido imperioso,
y hombres robustos, débiles mujeres
son activos esclavos del coloso.

Pero no hay en sus rostros alegría
como ayer, cuando en plácido sosiego
la venerable rueca los reunía
junto al tranquilo fuego.

En torno de la rueca, iluminado
por las llamas ruidosas
del hogar, revolaba un matizado
enjambre de irisadas mariposas.

En torno de la máquina batallan
negros odios, anhelos y pasiones,
que van minando el corazón y estallan
en rudas explosiones.

Sin que agitara la ambición ardiente
su espíritu sereno,
la mujer á la rueca, tiernamente
como á un niño, estrechó contra su seno.

La máquina voraz, pérfido lazo
tiende al incauto obrero; si traidora
por fin lo estrecha con mortal abrazo,
rugiendo lo devora.

Con miedo y con amor, monstruo fecundo,
te observo y te bendigo!...
Humilde rueca, ven; meditabundo
quiero darte mi adiós y hablar contigo.

Decirte quiero que tu oscura muerte
algo roba también al alma mía,
y que, besando tu cadáver, vierte
lágrimas la Poesía.

Y recordar que en tiempos ya lejanos
lograste por fortuna
te acariciasen con sus blancas manos
hermosas damas de altanera cuna.

Y en blasonado camarín oiste
á la esposa nombrar lejana tierra
hablando del ausente, y con voz triste
contar lances de guerra...

Ya el huso girador en las veladas
no voltea cual antes,
ni á su compás agitan las rimadas
tradiciones sus alas fulgurantes.

Enterremos la rueca: el más oculto
rincón busquemos, apartado nido
que no turbe jamás, como un insulto,
del vapor el silbido.

La catedral severa nos ofrece
su recinto callado...
la vieja catedral en que parece
vagar aún la sombra del pasado.

Busquemos en la nave silenciosa
la capilla más sola, más distante,
donde no haya más luz que la dudosa
de lámpara oscilante.

A donde llegue apenas el lamento
de remotas campanas:
donde vibre del órgano el acento
como un coro de voces muy lejanas.

Donde admirar se puedan, esculpidos
en los sillares toscos y desnudos,
nombres para la Historia conocidos
y gloriosos escudos.

Donde more la Fé, lo permanente,
lo que nunca vacila,
allí la humilde rueca eternamente
podrá, olvidada, reposar tranquila.

Y al traspasar del templo los umbrales
el fúnebre cortejo, con tristeza,
para verla, en sus lechos sepulcrales,
las antiguas estatuas señoriales
volverán la cabeza.

MARIPOSAS BLANCAS

—

Con la primer aurora
de la estación templada,
el aire azul se puebla
de mariposas blancas.

Entre los altos robles,
en luminosa ráfaga,
navegan despidiendo
relámpagos de plata.

Su vuelo no es altivo:
la estrella es para el águila;
para las mariposas
la flor entre las zarzas.

En cálices vistosos
la sed ardiente sacian,
y la embriaguez les hace
girar atolondradas.

La luz y la alegría
por donde van derraman...
Los maliciosos faunos
se ríen cuando pasan.

***

Las mariposas huyen
al caer de las hojas,
y la tristeza invade
los campos que abandonan.

¿En qué rincón del cielo
se ocultan misteriosas?...
¿Qué flor de invierno albergue
les brinda en su corola?...

Inútil es buscarlas
en esas largas horas
en que las nieblas húmedas
los horizontes borran.

Los faunos las recuerdan
mirando entre las sombras
pasar los copos blancos
de nieve silenciosa.

Mas de improviso el cielo
tibio fulgor colora,
y el aire azul se puebla
de blancas mariposas.

***

Yo sé de un viejo tronco
sin hojas ya en sus ramas,
donde en invierno duermen
las pobres desterradas;

y, aunque él desnudo tiembla,
las cubre y las ampara
mientras las nieblas frías
el horizonte empañan...

Yo sé de un alma triste
que allá en su fondo guarda
deslumbrador enjambre
de canciones aladas,

y las defiende ansiosa
de la mortal escarcha
mientras las nieblas velen
el sol de la esperanza...

¿Te ríes?... Que tus ojos
den calor á mi alma.
¡Verás poblarse el aire
de mariposas blancas!...

MI ÚNICO ENEMIGO

Amigo cariñoso en apariencia
y en realidad verdugo, de mi suerte
decide á su capricho con el fuerte
poder de su satánica elocuencia:
en torpe desaliento, sin clemencia,
toda viril aspiración convierte
y triunfa, y hace luego que despierte
voraz remordimiento en mi conciencia.
Tú lo sabes, Dios mío, la mezquina
loca pasión, el vergonzoso miedo,
la duda y el estéril egoismo
son armas con que lucha y me domina...
¡Véncele Tú, Señor, que yo no puedo,
no le puedo vencer, pues soy yo mismo!

VIDRIERA

Remittuntur ei peccata multa
quoniam dilexit multum.

La vasta catedral, en cuyo seno
el más tenue sonido se agiganta
con tono grave de lejano trueno,
yace en vago crepúsculo sumida.
Las delicadas verjas abrillanta
y presta á las estatuas sepulcrales
apariencias de vida
dudosa luz cernida
por las altas vidrieras ojivales.

Al final de la nave, cuyo ambiente
conserva olores de humedad é incienso,
rasga el macizo muro de repente
el ventanal inmenso.

Fantástica guirnalda festonea
el tímpano elegante y transparente
por delgadas columnas dividido,
y en ella el mármol, dócil á la idea,
es fruto, es flor, semblante contraído
por histérica risa ó por el llanto,
genio con alas, monstruo que serpea,
formas que inspiran devoción ó espanto
y que bullen, se ingertan ó se enlazan
en las curvas que trazan
las recortadas hojas del acanto.
Por ella orlado, dando á sus primores
transparencia de encajes,
el ventanal diáfano se extiende:
palpitan en los vidrios de colores
bíblicos personajes
llenos de vida, con bordados trajes,
y cuya faz enciende
de una luz interior los resplandores.

En aquella penumbra misteriosa,
con placer la mirada ensombrecida
ve surgir la vidriera luminosa

como visión gloriosa
entre el cielo y la tierra suspendida.

Es Jesús, el Dios-hombre: su hermosura
majestuosa y dulce lo delata
más que el delgado círculo de plata
que en el aire fulgura
girando sin cesar sobre su frente;
el manto azul, la túnica escarlata,
una piedad sencilla y reverente
decoró con estofa reluciente.
Hay tristeza en sus ojos y ternura,
y con grave postura
en el lecho del huésped recostado,
junto á la mesa del festín, dirige
su palabra á Simón el fariseo
que le escucha, con otros, asombrado.
Bella, como soñar pudo el deseo,
y aún más, pues el tormento que la aflige
robándola el color, la diviniza,
el lujoso ropaje mal ceñido,
una mujer de rostro dolorido

desplomada y sin fuerzas agoniza:
por sus rosados hombros se desliza
la cabellera de oro fulgurante,
y asoma entre los rizos, mal cubierta,
la nieve de su seno palpitante
con nueva herida para siempre abierta.
Tras prolongada lucha, en abandono
mortal, su cuerpo lacio
cayó al suelo, y levanta muy despacio
mirada suplicante, sin encono,
pero en que todo su pasado flota,
pasado de un amor que otro destruye,
hacia el Maestro, cuyos pies inunda
con el agua clarísima que fluye
de sus azules ojos gota á gota.
Parecen rechazar, con iracunda
amenaza y con gesto destemplado,
de tan hermosa escena los testigos,
á la doliente esclava del pecado:
no ven que su conciencia ha despertado
y con ella el mayor de los castigos.
Del llanto aquel las redentoras perlas
no excitan su piedad, é indiferentes

escuchan las clementes
palabras de Jesús sin entenderlas.
Descorrido en el fondo el cortinaje
se descubre el paisaje:
y se ven los viñedos trepadores
rodear la colina,
y elevar sus penachos tembladores
las palmas sobre múltiples verdores
y bajo el claro sol de Palestina.

. . . . . .

Mujer, yo te seguí como severo
remordimiento el día en que velada
por negras blondas, con andar ligero,
sin duda huyendo del pasado triste,
llorosa y enlutada,
en la nave del templo apareciste.

En el rincón más hondo, más sombrío,
caiste de rodillas... Mi memoria
removió con hastío
el lodazal inmundo de tu historia...
Recordé nuestro amor, cruel afrenta
no castigada aún... Odio creciente
amontonó sus sombras en mi mente

con siniestros hervores de tormenta,
y ciego de pasión, de juicio falto,
á Dios pedí venganza...
De lo alto
una ráfaga vino como suelto
listón de luz suave,
se recortó en las sombras de la nave
y tu pálido rostro quedó envuelto
en rosada aureola...

No eras tú, no eras tú... De tu belleza
¿qué fué?... Mar borrascoso de amargura
rugiendo la borró con fugaz ola...
¿Qué había en tu actitud, en tu tristeza,
de divino? Al narrar tu desventura
con labios, ya marchitos, que movías
tan lentamente, ¿á Dios qué le pedías?...
No eras aquélla tú... De tu mirada
humilde, dolorosa, suplicante,
brotaba luz... Te vi transfigurada.
Era el solemne instante
en que despierta un alma. Convertido
en respeto el rencor, tu bochornoso

pasado dí al olvido,
y el pecho que tú heriste, generoso
se arrepintió de haberte maldecido.

Alcé los ojos como tú atraído
por fuerza misteriosa...
En lo alto de la nave ensombrecida
contemplé la vidriera luminosa
como visión gloriosa
entre el cielo y la tierra suspendida...

Mujer, ve en paz... La aparición sublime
grabó en mi corazón alta enseñanza.
Cuando la riega llanto que redime
brota siempre la flor de la esperanza.

No temas ya... Si á solas con mi pena
alguna vez entristecido lucho,
del alma en lo más íntimo resuena
aquella voz que dijo á Magdalena:
«Yo te perdono porque amaste mucho.»

VA DE CUENTO

Un cuento me pides, claro se adivina
en tus ojos grandes al mirarme atentos.
¿Va de cuento? Vaya. Será mi heroína
la princesa rubia de los rancios cuentos.

La princesa rubia de ojos parecidos
á los tuyos, Laura, grandes, pensadores;
que daba sus joyas á los desvalidos
y se alimentaba con jugos de flores.

La princesa rubia de piés aniñados
que hubiera podido calzar tus chapines;
la que remontaba ríos plateados
unciendo á una concha ligeros delfines.

De la que aprendieron las trovas rimadas,
que al rayar el día cantan, los jilgueros.
Aquella princesa por cuyas miradas
sus lanzas cruzaron tantos caballeros.

La que va ciñendo delicados tules,
que bordó de estrellas hada bienhechora,
por entre las brumas de cuentos azules,
en pos de un ensueño de color de aurora.

Sin cesar llegaban á pedir su mano,
(breve cual la tuya) con vistosos trajes,
ya un príncipe negro de país lejano,
ya un guerrero altivo cercado de pajes.

Desfilaban todos... Ella desdeñosa
con el abanico sus ojos cubría
(por el varillaje mirando curiosa)
y ellos se alejaban con melancolía.

Como tantos eran nobles paladines,
duques, infanzones, los que iban llegando,
hizo el rey su padre á son de clarines
por toda la tierra publicar un bando.

Y el bando decía: «Mientras sonrosada
la primer aurora de Abril no despierta,
para todos cierro mi real morada;
ningún caminante llamará á su puerta.

Pero en ese día todos los galanes
que por la princesa suspiran dolientes,
sufren mal de amores y ocultan afanes,
vengan á mi alcázar, traigan sus presentes

Y cuando desfilen ante el áureo trono
verá el preferido que la bella arroja
su abanico al suelo con dulce abandono,
para que el dichoso mortal lo recoja.»

No bien los jilgueros tan madrugadores,
dijeron: «Ya es hora; la suerte os invita.»
multitud brillante de erguidos señores
del amor en alas acudió á la cita.

Sobre rico trono de metal bruñido,
cercado de damas, bella entre las bellas,
la princesa rubia lucía un vestido
de ligeros tules bordado de estrellas.

Ni una perla ornaba sus trenzas sedosas,
que sembró de flores, con modestia suma,
y agitaba, obsequio de hadas primorosas,
precioso abanico de rizada pluma.

Desfilando fueron por la regia sala
príncipes, magnates de altanero porte:
llevaban heraldos con trajes de gala;
sus pasos seguía numerosa corte.

Y graciosos pajes, en lindas bandejas
traían presentes: ya caros trofeos
de gloriosas lides; ya bandas bermejas
con valor ganadas en nobles torneos;

ya viejo amuleto labrado en Oriente,
contra encantadores defensa segura;
ya piedras preciosas de luz esplendente:
ya telas y pieles de rara hermosura.

Pero su abanico no dejó un instante
caer la princesa, con dulce abandono...
Todos se alejaban, cuando suplicante
galán inclinóse frente al noble trono.

Su traje era humilde; su actitud sombría;
no le acompañaban fieles servidores;
y sobre su espalda pendiente traía
el laúd, tesoro de los trovadores.

En las gradas puso la rodilla, y dijo:
—Mal aconsejado por amor, señora,
vengo á vuestras plantas, y á vos me dirijo
en pos de un ensueño de color de aurora.

Pero no os extrañe, si de amores loco
busco mi sentencia con mi atrevimiento:
no temo al castigo que al hablar provoco,
porque ya en mi crimen hallé mi tormento.

Llego aquí cantando como van las aves
por la selva: os cedo mi laúd templado.
De ciudad rendida no esperéis las llaves,
ni gigante odioso por mí encadenado.

Libre soy: no envidio ni ambiciono nada.
De mundos soñados ser el rey presumo.
Tomadlos, señora: tomad, si os agrada,
mis castillos de aire, mi corona de humo.

Aunque mi tesoro cabe en mi escarcela,
mayor os lo guarda mi amoroso anhelo
en la pura estrofa que sin alas vuela
sobre el lodo y sube reflejando el cielo.

Esto dijo; luego saludó á la hermosa
sin alarde altivo; pero grave y firme.
La princesa rubia le oyó silenciosa
y se sonreía..... como tú al oirme.

....
....

¿Cómo acaba el cuento?... Solución no hallo.
A tus piés de hinojos, Laura, te suplico
que tú lo termines: yo te miro y callo...
En tus manos blancas está el abanico.

SILENCIO

En dos abismos resonó mi queja,
y sólo en uno el eco ha respondido.
El uno respondió y era de roca...
El otro fué tu corazón vacío.

***

Busqué del pobre niño sordomudo
el sepulcro, y lo hallé desamparado;
de flores carecía: nadie pudo
sembrarlas porque nadie lo ha llorado.

Leí su nombre con profunda pena.
Su historia recordé breve y sombría...
Y sentí que una voz de encanto llena
hablando quedo al alma la decía:

—Soy yo... su madre: al tierno desvalido
en mi regazo, con amor estrecho...
Morí cuando él nacía... No he podido
darle siquiera el jugo de mi pecho.

Entre mis brazos débiles y flojos
tuve un instante á la infeliz criatura...
Sólo dos veces le besé en los ojos
y les dí de la noche la negrura.

El ángel de su guarda, lastimero,
lo miraba... Con lúgubre insistencia
yo le rogué: Buen ángel, si me muero
se queda solo; guarda su inocencia...

Volvió hacia mí los ojos y me dijo:
Mujer, sin duda tu dolor provoco;
pero aunque vele un angel por tu hijo,
es la inocencia flor que dura poco.

Una sola palabra la marchita...
Durará su inocencia lo que tarde
en vibrar en su oído voz maldita...
¡Ay! ¿De qué servirá que yo le guarde?...

Haz tú, buen ángel, exclamé con miedo,
que esa voz en su oído nunca vibre!...
Y tristemente respondió: No puedo...
Dios al crear al hombre lo hizo libre...

Hay un medio, añadió viendo mi llanto,
si tu pecho de madre no flaquea...
Con angustiada voz supliqué tanto,
que dijo al fin compadecido: ¡Sea!

Y vi entonces al ángel bondadoso,
con los brazos tendidos,
aproximarse al niño y silencioso
trazar con luz un signo misterioso
en sus labios, y luego en sus oídos.

AL MAESTRO BALART

Del bronce fundido
las cálidas gotas
van cayendo en el molde, y la estatua
tomando va forma.

Del llanto que el Genio
á solas derrama,
van cayendo las gotas hirvientes
al fondo del alma,

y allí como dentro
del molde humeante
en silencio sus formas eternas
tomando va el ángel.

Aquel que al abismo
del Genio se asoma,
con terror ve la lluvia de fuego
filtrarse en las sombras,

y aparta sus ojos
que el vértigo ciega
de aquel cráter rojizo en que funde
su estatua el poeta.

Mas luego bendice
la llàma insaciable
que à Beatriz ha fundido en el molde
divino del Dante.

. . . . . .

La noche solemne
de amor y de espanto
que, á la fúnebre luz de unos cirios,
pasaste llorando.

La noche en que odiaste
la vida por larga,
al sentir en tus labios el frío
de su frente pálida,

aún dura en tu cielo;
poeta, no esperes
encender con tu aliento ese astro
que apagó la muerte.

Sólo te permite
ley inexorable,
con tu llanto traerla á la vida
serena del Arte.

En aquellas horas
de estupor sombrío,
al cesar en la alcoba el doliente
pertinaz quejido.

Al cortar acaso
de su sien marchita
aquel rizo impregnado en copioso
sudor de agonía.

Cuando tú, cumpliendo
su postrer encargo,
envolviste su cuerpo ya rígido
con el negro manto...

Se agolpó á tus ojos
en amargas olas
ese llanto que al alma desciende
filtrado en las sombras;

y ya no ha cesado
la lluvia de fuego
que por fin hoy rebosa en el cráter
divino del Genio.

. . . . . .

El molde humeante
tu mano al fin quiebra,
y aparece la estatua animada
de formas eternas.

Ya todos los labios
pronuncian su nombre,
y en las alas de luz de la estrofa
la tierra recorre.

Has vuelto á la vida
la que muerta lloras,
á esa vida que nunca se extingue
de envidiada gloria...

Mas ¡ay! que no llega,
poeta, esa vida
al callado rincón en que yace
su helada ceniza.

No logra el aplauso
ruidoso del mundo
un instante romper el silencio
cruel del sepulcro,

ni apagar el eco
que vibra en tu alma
cada vez más profundo y más triste
de su voz lejana...

¿Qué importa la gloria
si dura el destierro;
si en tus labios no borra las huellas
del último beso?...

En vano en tu senda
brotan los laureles:
si á su frente no puedes ceñirlos
¿para qué los quieres?...

Mas, oye: en las horas
en que hables con ella;
cuando fiel á la cita del sueño
á buscarte venga,

dila que su nombre
celestial pronuncia
todo aquel que ha caído en su larga
calle de amargura;

dila que en un siglo
cansado y cobarde
en que, herido á traición por la duda,
languidece el Arte;

cuando aplaude el vulgo
viendo cómo rueda
todo noble ideal, y del cieno
sube la marea;

cuando se apellida
amor, blasfemando,
á la fiebre mortal de la carne
que engendra gusanos,

dila que por ella
fundes tú esa estatua
dolorosa que al punto más alto
del cielo señala;

y que al verla sienten
nobles energías
retoñar, y á la lucha se aprestan,
las almas caídas,

como en larga noche
de penosa vela
el enfermo sonríe si el alba
las sombras blanquea.

Poeta: no digas,
si callarlo quieres,
que por ella en tu senda han brotado
frondosos laureles;

pero no la ocultes
que vas enjugando
por su amor, muchas lágrimas, muchas,
con su negro manto.

CONSEJO

Luzbel (que, mientras Dios hizo la rosa,
la espina modeló traidoramente)
en un remanso de agua transparente
vertió al pasar su baba ponzoñosa.
Contemplándose en él Eva curiosa
dejó caer, al inclinar su frente,
la flor que la adornaba, y sonriente
creyó al cristal que la llamaba hermosa.

Cerró los ojos y se vió sin ella
en otro espejo.... tímidos sonrojos
sintió, y después mortales agonías...

Cuando el tuyo consultes, niña bella,
para mirarte bien, cierra los ojos
y quiera Dios que entonces te sonrías.

MORFINA

El dolor—¡oh misterio!—
el dolor no es el mal: es el cauterio
que á nuestra corrupción el cielo aplica.
FEDERICO BALART

—Será la vez postrera...
dije al doctor. Negóse tenazmente.
Insistí con mirada lastimera,
con suplicante voz, y á mi porfía
tuvo al fin que ceder...
¡Con qué alegría
sentí correr el bienhechor torrente
por mis arterias que el dolor rompía!

—Sé que con este bálsamo se acorta
mi vida; mas ¿qué importa,
doctor, cuando la vida es un tormento?...
Sé que con él evoco la locura,

que mi mal acrecienta;
pero ven, falso amigo que me engañas,
pues sólo tú consigues un momento
aplacar la rabiosa mordedura
del áspid que devora mis entrañas...

La nerviosa tensión, la calentura
huyeron: lentamente mis pestañas
se entornaron con dulce somnolencia...
y, aunque despierto aún en apariencia,
comencé á vislumbrar cosas extrañas.

Sentado frente á mí, fuerte, robusto,
me miraba el doctor compadecido.
Sin separar mis ojos de aquel busto
juvenil y sereno,
que alumbraba de lleno
la lámpara, dejóme sorprendido
transformación pasmosa... De repente
vi arrugarse su frente,
encanecer la barba prolongada,
de su cráneo desnudo y oscilante
caer hasta rozar el pecho hundido
largas hebras de plata fulgurante.

y en su boca sumida y desdentada
irse trocando, la sonrisa en mueca...

Le contemplé de ropas despojado,
corroído de lepra y encorvado:
bajo la piel amoratada y seca,
por repugnantes úlceras manchada,
pude contar sus huesos, sus costillas...
Sin ruido alguno, como ingrave sombra,
de su sillón se deslizó á la alfombra,
puso en ella sus manos amarillas,
y quedó acurrucado y pensativo
apoyando la barba en las rodillas.

De las cerdosas cejas bajo el arco,
en el oscuro marco
de las cuencas brotó destello vivo
de misterioso fuego:
vi llamaradas de dolor veloces
surcar sus ojos; se apagaron luego,
y con dulce sosiego
miróme y dijo:
—¿No me reconoces?...
Soy Job, el Idumeo, el varón fuerte...

¿Sabes lo que sufrí?... No, no lo ignoras.
Pero más sufro al verte...
¡No ha cambiado aún la humana suerte!
¿De qué ha servido el curso de las horas?

Yo deshice el error de Prometeo
diciendo al hombre: en vano
las alas vigorosas del deseo
hacia un punto lejano
agitarás sobre el oscuro abismo.
¿Buscas grandeza?... Búscala en tí mismo.

Y sufrí; que del hombre la grandeza
sólo en sufrir consiste,
y fué mi vida triste,
borrón de la cruel Naturaleza;
y cuanto más injusta
conmigo fué, mi frente más augusta
se levantó... ¿Lo dudas?... En la historia
elocuente del hombre
al suprimir mi nombre,
que es el dolor, suprimiréis su gloria.

Y tú cobarde gimes y en el tedio

que te domina quebrantar tu yugo
intentas sin buscar otro remedio
que de esas hierbas el amargo jugo
que ha de ser, bien lo sabes, tu verdugo.
Después de tantos siglos ¿eso es todo
lo que habéis descubierto?... ¿Mis remotas
palabras ya no oís, ni de otro modo
fortalecéis el miserable lodo
que con el triste engaño de esas gotas?...

¡Oh! ¡Con cuánta amargura te contemplo!...
¿Qué ha hecho la Humanidad?... Sé que adelanta,
que en busca de la luz mueve su planta
y de la Ciencia en el solemne templo
lauros y lauros sin cesar suspende;
pero ¿de qué la sirven si no aprende
las lecciones sublimes del ejemplo?...

¡Suprimir el dolor!... ¡Necia quimera!...
La existencia sin él fuera mezquina.
¿Suprimiréis la rosa por la espina?
Sin el dolor el hombre, ¿qué supiera
de su extirpe divina,
ni cómo pensaría en el mañana?...

Lucha es la vida humana,
lucha siempre será. Si no barruntas
la suprema razón que entenebrece
del universo la mitad en tanto
que la otra resplandece;
si no adivinas del progreso santo
la ley, tu ceguedad ya no merece
que responda mi voz á tus preguntas.

En región de tinieblas engendrado,
con dolor á la vida te ha lanzado
tu madre y con dolor darás la vida.
Vencerlo es tu misión; si tanto alcanza
la Humanidad, su fin habrá logrado;
pero ¡ay de mi! que, loca y aturdida,
desprecia mi enseñanza
y al través de los siglos ha olvidado
que los ojos que aquí nunca han llorado
no reflejan la luz de la esperanza!

Arroja el frasco inútil y engañoso:
con viril entereza logre verte
sufrir, y cuando busques el reposo
dictamo te daré más generoso,

que el negro jugo que en tus venas vierte
traidora cobardía...
¿Temes morir?... ¿Ignoras todavía,
miserable mortal, lo que es la muerte?...

Tornó al silencio el mártir. Vaporosa
niebla surgiendo fué; por ella envuelta,
cada vez más confusa, más borrosa,
vi su figura, hasta que al fin disuelta
quedó en el aire la visión gloriosa.

Desperté, si fué sueño... que aún lo dudo.
El doctor ante mí, grave, sereno,
en su semblante juvenil y rudo
recibía de lleno
la luz, y me miró compadecido.
Por un impulso superior movido,
con vergüenza y con asco
el cristalino frasco
estrellé contra el suelo...

Sonriente
su mano me tendió, que estreché ufano,
el doctor; pero no, no fué su mano

sonrosada y caliente
la que oprimí con gratitud vehemente.....
(Tal vez duraba aún la pesadilla).....
Fué la de Job, helada y amarilla.

BESOS PERDIDOS

Aún temblaba el rocío de la mañana
en los rojos claveles de la ventana,
cuando escuché el sonido de las vidrieras:
se entreabrieron las verdes enredaderas,
y en el marco frondoso que la decora
apareció la niña madrugadora.
Ella que se despierta todos los días
derramando en cantares sus alegrías,
en aquél, despertóse grave, callada,
interrogando al cielo con su mirada.
En vistoso desorden, aún despeinados,
su seno acariciaban rizos dorados;
y un suspiro profundo, largo y ardiente,
levantaba aquel seno pausadamente.
De sus luengas pestañas, allá en la umbría,

se adivinaba intensa melancolía:
al cristal de sus ojos grandes é inquietos
en tropel acudían dulces secretos;
y por su azul rielaba luz misteriosa,
estela de un ensueño color de rosa.
La jaula suspendida vió entre las flores,
y en ella al pajarillo de cien colores,
que ahuecando la seda de su plumaje
la dijo sin palabras en su lenguaje:
—Yo también he soñado cosas muy bellas...
¡Qué dicha si pudiese volar tras ellas!...
Cediendo á noble impulso, callada y grave,
la niña abrió la jaula sacando al ave:
sus delicadas manos convirtió en nido,
la miró con semblante compadecido,
y acercando sus labios al pobre preso
donde nacen las alas imprimió un beso:
la besó en aquel sitio donde se ata
en amorosos lances esquela grata,
y fué el beso tan largo que se creyera
que sus labios vertieron el alma entera.
Después le dijo:—¡Vuela!... ¡Vuela sin miedo!...
¡Adiós!... ¡Yo no te sigo porque no puedo!...

Partió el ave lanzando dulces escalas
y llevando aquel beso bajo sus alas:
partió como una flecha; vi los reflejos
de su irisada pluma lejos, muy lejos ..
la seguí con mirada de envidia llena
por la región del cielo clara y serena...
y en el rincón más puro, más azulado,
perdióse el mensajero... que aún no ha tornado.

Yo, que también soñando paso mi vida,
mi dicha, desde entonces, miro cumplida.
Como ya lo conozco, dormido vuelo
hacia el rincón más puro y azul del cielo,
y en sueños, por mis labios, son recogidos
los besos que en la tierra vuelan perdidos.

DUELO INTERRUMPIDO

—

Chocaron nuestras miradas
como espadas
que se cruzan para herir.
—¡Me engañabas!—yo decía
con la mía.....
Y ella con la suya:—Sí.

Vino el golpe tan derecho
que mi pecho
vertió sangriento raudal.
De su seno, por mí herido,
sorprendido,
no vi la sangre brotar.

Ella sonrió insolente...
De repente
—¡Alto!—un testigo exclamó.
Sondearon su costado
desgarrado....
No tenía corazón.

LOS JUGUETES DE LA ABUELA

De su lecho al saltar por la mañana
corre la turba de ángeles traviesos
á referir, entre sonoros besos,
lo que ha soñado á la paciente anciana.

Desde el mayor, que con viril orgullo
conduce y manda el revoltoso bando,
hasta el diablejo aquél, rosa en capullo
que habla por señas y anda tropezando,

todos van con ruidosa algarabía
en tropel, soñolientos, mal vestidos
y el cabello en desorden, decididos
á no volver sin el botín del día.

Porque velan sus ósculos amargo
vil interés. ¡Oh falta de conciencia!
Y lo sabe la anciana, y sin embargo,
puede más el amor que la experiencia.

Con manos y con pies la turba embiste
contra una puerta; el obstinado empeño
crece con el obstáculo... ¿Qué sueño
por profundo al estrépito resiste?...

A responder la abuela se apresura
y abre mostrando al impaciente coro
su bondadosa faz, su bata oscura,
sus blancos rizos y sus gafas de oro.

Invaden todos la severa estancia
que decoran antiguos cortinajes
y retratos de serios personajes
cuyas ropas acusan moda rancia;

y se alegra la alcoba ensombrecida,
como el oscuro bosque cuando llega
bandada de jilgueros que aturdida
en luminosa ráfaga navega.

El encanto infantil rejuvenece
tanto mueble por viejo allí olvidado.
Hasta el loro que yace disecado
en un rincón aletear parece.

Mas cesa de repente la algazara
y el rodar por la alfombra; suenan llaves,
y ante un vargueño de labor ya rara
se agrupan todos silenciosos, graves.

Es un prodigio de sabor arcaico
el mueble con sus múltiples cajones,
sus tallas y las mil incrustaciones
con que trazó el buril fino mosaico.

Y no son los primores en que abunda
ni el sello de los años venerable
lo que al bando pueril de gozo inunda,
sino el fondo del mueble inagotable.

Inagotable, sí: rudo saqueo
sufre á diario y siempre se desborda
en golosinas, que la indócil horda
devora siempre con igual deseo.

Por eso lo contemplan con delicia,
y al irse, dueños del botín diario,
los ojos, relucientes de codicia,
se vuelven hacia el mueble centenario.

Por eso, y porque saben (con cautela
se lo repiten todos al oído)
que en el mueble un tesoro hay escondido,
que allí están los juguetes de la abuela.

¿Juega la anciana?... Sí; ¡chochez risible!.....
No la gusta jugar ante la gente;
pero juega en secreto, y es creíble,
lo asegura el mayor, que nunca miente.

El la vió. Como acecha vil espía,
mirando por la puerta mal cerrada,
la vió cruzar su alcoba, iluminada
por el débil fulgor de una bujía.

Vacilaba en su mano temblorosa
la luz; andaba con senil torpeza,
y llegóse al vargueño recelosa,
volviendo á cada paso la cabeza.

Descorrió, sin sonar, llave y cerrojos;
cayó la vieja tapa sin estruendo;
fué después los cajones entreabriendo...
y el traidor cuanto pudo abrió lós ojos.

La abuela con afán, de un escondrijo
sacó varias estampas desiguales,
y atenta las miró y algo las dijo,
limpiando de las gafas los cristales.

Luego, debieron ser cosas muy bellas
encerradas en cajas primorosas,
porque miraba mucho aquellas cosas
despacio y recreándose con ellas.

Por último sacó ¡quién lo pensara!
una muñeca sucia, deslucida,
y mucho tiempo, como joya cara,
la estuvo contemplando embebecida.

Sus dedos de marfil torpes y secos
la acariciaban, luego dulcemente
la besaba en el pelo y en la frente
como besan las niñas sus muñecos.

Crujió la puerta... El áspero chasquido
puso en fuga al espía malicioso
que aún escuchó, al huir despavorido,
cerrar de golpe el mueble misterioso.

Y soñó con tesoros, y despierto
siguió soñando el niño todavía,
y diciendo á los otros:—Si algún día
se dejase la abuela el mueble abierto...

Llegó el día. Potencia tentadora
que fragua la ocasión para el pecado
mostró abierto á la turba malhechora
el mueble y el salón abandonado.

Corrió la turba de entusiasmo llena
inundando el salón como un torrente,
y el vargueño asaltó rápidamente
con un sordo zumbido de colmena.

Asidos á las tallas, en inquieto
bullir trepando de diversos modos,
ni un cajón respetaron, ni un objeto
dejaron de tocar á la vez todos.

Rota la cinta que los tuvo unidos,
volaron como blancas mariposas
papeles de escrituras ya horrosas
en todas direcciones esparcidos.

Por el aire también fueron con ellos,
derramando al volar rancios olores,
viejas estampas, rizos de cabellos
y restos sin color de secas flores.

Con loco regocijo, por desgracia,
en un cajón hallaron escondida
una muñeca sucia, desteñida,
de ajados oropeles y faz lacia.

Muchas manos la asieron tenazmente
del cabello las piernas y los brazos...
Pero todas soltaron de repente
y rodó por la alfombra hecha pedazos.

Soltaron... y en carrera delirante
huyeron asustados dando voces
como nube de pájaros veloces
al estallar la pólvora tonante.

Y la anciana llegando á paso lento,
mientras huían en tropel sonoro,
mostraba en el dintel del aposento
los blancos rizos y las gafas de oro.

Uno quedó del sorprendido bando
en la estancia, el menor, que huir no quiso,
rosa en capullo aún, que habla indeciso
por señas y anda siempre tropezando.

Con la temeridad de la inocencia
que de nada recela ni se asombra,
no temiendo de nadie la presencia
quedóse gateando por la alfombra.

¿Qué pasó por el alma de la anciana?...
¡Sábelo Dios! Inmóvil... su semblante
lleno de arrugas adquirió al instante
los rasgos todos de la angustia humana.

Unió sus manos como aquel que reza
y los labios movió descoloridos,
despidiéndose acaso con tristeza
de aquellos pobres restos tan queridos.

Pero fué más profundo el desconsuelo,
más punzante el latido de la herida
viendo de la muñeca destruída
los miembros esparcidos por el suelo.

En un sillón se desplomó, y un rato
muy largo estuvo en actitud doliente,
sin separar los ojos de un retrato
que también la miraba fijamente.

Era una niña: flor cuya fragancia
poco debió durar; su rostro bello
y enfermizo á la vez mostraba el sello
de los seres qne mueren en la infancia...

Aquel ángel tal vez te sonreía,
pobre muñeca de semblante lacio,
con labios que crispaba la agonía
y te llamó al perderse en el espacio...

Rompió á llorar la abuela, y el curioso
rapaz por sus sollozos atraído
la miró; pero al punto, decidido,
se apartó de su lado presuroso.

Arrastrándose á gatas, muy contento
como quien cede á nobles impulsiones,
fué buscando, fragmento tras fragmento,
la muñeca por todos los rincones.

Tardando mucho, aunque moviendo aprisa
los brazos y los piés, cada pedazo
dejaba de su abuela en el regazo,
y la miraba con alegre risa.

Reunidos todos en su falda oscura
ella los contemplaba: gota á gota
todo el mar los bañó de su amargura...
Y era muy triste ver ¡con qué ternura
besó la anciana su muñeca rota!...

ENTIERRO

De luto el alma vestida
vengo de enterrar al año,
al año viejo que murió ayer.
Aunque acibaró mi vida,
que lo llore no es extraño,
porque al fin era ser de mi ser.

¡Noche fatal! Del estruendo
con que la celebra el mundo
llegó á mi oído vago rumor.
Iban las horas huyendo,
y ya el año moribundo
lanzaba apenas ronco estertor.

Sonó el reloj lentamente...
Con la postrer campanada
brotó un suspiro que huyó fugaz,
y descubriendo mi frente
dije con voz apenada:
—¡Mi perdón llevas!... ¡Descansa en paz!...

Lleno de melancolía
quise dar al pobre viejo
junto á la fosa mi último adiós.
Envuelto en la niebla fria
se puso en marcha el cortejo...
¡Qué pocos iban del muerto en pos!...

Los que dichosos hiciste,
pensé yo, saldrán al paso.
¿Cómo dejarte marchar así?...
Busqué con mirada triste;
pero en el cortejo escaso
ni uno de aquellos reconocí.

Cruzamos calles desiertas:
á los cerrados cristales
ningún semblante se vió asomar...
Por ventanas entreabiertas,
que lanzaban á raudales
la luz, se oía reir, cantar.

Todos al sol que amanece
cantaban, y á la hora nueva.
¡Para el caído la ingratitud!...
Sin ver que año que fallece
algo de todos se lleva
entre las tablas de su ataúd.

Sin ver que, del tiempo en alas,
horas de indecible encanto
huyen, pedazos del corazón.
De sus más lujosas galas,
de las joyas que amó tanto
¿quién se desprende sin compasión?

¡Pobre viejo! La experiencia
es tesoro que nos cede.
¡Cuánto en su vida logró reunir!
Todos gozamos su herencia.
Sólo el egoismo puede
sin una lágrima verlo partir.

Honda es la sepultura:
en el pavoroso abismo
la negra caja vimos caer...
y sentí con amargura
desprenderse de mí mismo
cosas que al mundo no han de volver.

Vestida el alma de duelo
vi nacer el nuevo día.
¡No sé sus horas qué me traerán!...
Nuevo sol hay en el cielo;
pero en el alma sombría
¡la noche de antes y un nuevo afán!...

PRUDENCIA

No con reserva inútil, irrisoria,
de nuestro amor ocultaré el tesoro.
Busca la luz para brillar el oro.
¿Por qué lo he de ocultar siendo mi gloria...?

En tu huerto las flores de memoria
saben, hace ya tiempo, que te adoro.
Lo repiten los pájaros en coro.
Las estrellas conocen nuestra historia.

Mas de quien no comprenda el verdadero
valor de mi tesoro, tenazmente
como el avaro recatarme quiero.
No digas, no, que oculto mi ferviente
amor; lo sabe el universo entero.
¿Quién lo ignora?... Los hombres solamente.

ANTE LA ESFINGE

—

Avida de saber, nunca saciada,
en la sombra sentada,
contemplando á la esfinge mi alma está.
¡Oh, si abriendo sus labios de granito
me dijese:—Mortal, yo lo permito:
pregunta, que mi voz responderá!...

Yo lo sé todo... ¿Quieres
penetrar el origen de los seres...
de los hechos la oculta relación?...
¿Averiguar acaso lo que encierra
en sus entrañas lóbregas la tierra?...
¿El mañana leer de la creación?...

¿Surcar del éter el callado abismo?...
¿Conocerte á ti mismo?...
¿El polvo del pasado remover?...
¿Contar los astros?... ¿Descifrar la muerte?...
Habla: dispuesta me hallo á complacerte.
¿Qué pretendes saber?...

Entonces yo diría:
—¡Oh misteriosa esfinge, el alma mía
todo eso y más anhela descubrir!...
Pero antes desvanece amarga duda.
¿Por qué aquella mujer no me saluda,
ó me saluda ya sin sonreir?...

ÚLTIMO PRESENTE

—

Unos por la muerte y otros por olvido,
en lo que he vivido,
¡cuántos seres, cuántos, alejarse vi!...
Todos me robaron... ¡En mi triste calma,
alma de mi alma,
qué poco me queda que ofrecerte á ti!

Pero si á la hoguera tu semblante inclinas
y á las mortecinas
ascuas de tus labios el aliento das,
brotarán, sin duda, centellas divinas...
¡Ay de mí! ¡No puedo prometerte más!...

El rosal retoña; y, aunque al alma joven
su ventura roben
tristes desengaños, torna á florecer...
Conserva en tu seno la flor hoy prendida,
vida de mi vida,
porque es la postrera que puedo ofrecer.

Mi destino leo; mas no me acobarda...
Si la muerte tarda,
sé, por experiencia, que me olvidarás...
Te doy, sin embargo, todo lo que guarda
para mí la vida... ¿Quién te ofrece más?

SUPERSTICIÓN

—

Desierto está el jardín... De su tardanza
no adivino el motivo... El tiempo avanza...
Duda tenaz, no turbes mi reposo.
Comienza á vacilar mi confianza...
El miedo me hace ser supersticioso.

¡Cómo asustado el pensamiento vuela!...
Si aparece, al llegar, en la cancela,
será que es fiel... Si acude á nuestra cita
por el postigo, entonces no recela
mi amor en vano... ¡Dios no lo permita!

¡Huye, duda; del alma te destierro!
Por la cancela de dorado hierro
vendrá... Pero, Señor, ¿qué la detiene?...
Sus pasos oigo ya... Los ojos cierro
que no quiero saber por dónde viene.

LA CANCIÓN DE LAS LLAMAS

En el hogar ahumado se retuercen
las teas resinosas
y cantan; pero el llanto se desliza
por sus arrugas en calientes gotas.

Dulcemente la sangre deshelada
circula por el cuerpo;
pero siento en el alma escalofríos
al resbalar por ella los recuerdos.

—¿Por qué lloráis en el hogar ahumado
que vuestra voz alegra?...
Cantad lanzando vuestras chispas de oro,
cantad moviendo vuestras rojas lenguas...

—Cantamos, sí, las viejas melodías
de siempre, que no cansan...
Pero, mientras, el árbol ya desnudo
tiembla de frío en la llanura blanca...

—No lo creáis, no sufre, quedó el árbol
dormido entre la nieve,
y sueña con templada primavera
que acercándose va mientras él duerme.

No lloréis por el árbol; la esperanza
es calor generoso...
Cantad moviendo vuestras rojas lenguas,
cantad lanzando vuestras chispas de oro...

—Cantamos, sí; ¿pero piar no escuchas
al pájaro sin nido?
Lama no encuentra ya donde abrigarse
ni en el blanco erial grano de trigo...

—Dios lo vistió de plumas y El lo guía
por el espacio inmenso...
Grietas hay en las rocas y en los muros
y en los aires azules hay insectos.

El pájaro lo sabe, y como espera
el desaliento ignora...
Cantad lanzando rutilantes chispas,
cantad moviendo vuestras lenguas rojas.

—Cantamos, sí; pero fatal nevada
las sendas ha borrado,
y el pobre caminante desfallece
con las violentas ráfagas luchando...

—El caminante desde lejos busca
vuestro penacho de humo...
Desplegadlo en risueñas espirales...
Calor y paz le ofrecen estos muros.

Realizad la esperanza que sostiene
sus fuerzas abatidas...
Cantad moviendo vuestras lenguas rojas,
cantad lanzando crujidoras chispas.

—Cantamos, sí; pero el rincón bendito
donde duermen tus muertos
hoy más frío estará, porque lo cubre
la blanca nieve que bajó del cielo...

—Callad... Vuestras canciones entristeeen,
no dan calor al alma...
Entonad las canciones de otros tiempos,
aquellas en que late la esperanza.

Las que ella me explicaba con sus labios
más rojos que vosotras,
y con una sonrisa más alegre
que el estallar de chispas luminosas.

—Cantamos esas viejas melodías
que escuchabas entonces;
pero estás sólo .. su sillón vacío...
¿Cómo te han de alegrar nuestras canciones?...

En el hogar ahumado se consumen
las resinosas teas...
Apagándose van las chispas de oro
y enmudeciendo las rojizas lenguas.

PARA UNA KERMESSE

—

Á BENEFICIO DE UN HOSPITAL DE NIÑOS

Antes que de nuestros labios
brote la primer palabra,
de los ojos aún no abiertos
brotan las primeras lágrimas.
El Dolor mece
las cunas blancas,
nos espera en las puertas de la vida
y para siempre ya nos acompaña.

En inocente abandono
sonriendo el niño sueña
con ese mundo en que viven
los que aún no han visto la tierra.
Y entre las sombras
el Dolor vela.

Tal vez despierte el ángel sollozando...
Nadie, tal vez, consolará su pena.

Cuando la nieve amortaja
ciudad y campos baldíos,
y el sol no calienta, pienso
en los pájaros sin nido.
Dios les da entonces
sustento, abrigo,
y los defiende del invierno. Hagamos
lo que Dios nos enseña, con los niños.

En esta lucha sin tregua
no hay más bien que la esperanza,
y no espera quien no sabe
enjugar ajenas lágrimas.
El Dolor mece
las cunas blancas...
Defendamos al débil y esperemos
en quien al débil pajarillo ampara.

Angeles recién llegados
á un mundo que no os merece,
pedid á Dios que bendiga
al que os ama y os protege.
Con vuestros labios
que ahora no mienten
los que ignoráis aún nuestro lenguaje
pedídselo en el vuestro, Dios lo entiende.

JURAR EN VANO

¡Juramentos de amor!..... Música vana,
¡no por sabida menos tentadora!...
De nada sirve que os améis ahora
si no juráis que os amaréis mañana.
¿Que la insaciable voluntad humana
es tornadiza? La pasión lo ignora
y desdeña el presente, soñadora,
y por triunfar del porvenir se afana.

Laura: nuestra ventura necesita,
para desvanecer recelo amargo,
juramentos que abarquen lo futuro.
Que tu voz cadenciosa los repita
una vez y otra y mil... Y sin embargo
no creo en juramentos, te lo juro.

LA HOJA DE ROSA

—

Preguntas si lloré... ¿Llora el soldado
en la lucha reñida?
Cuando al pié de su lecho arrodillado
á Dios daba mi vida por su vida,
sin levantar la voz, no, no he llorado.

Ni al escuchar aquel sordo quejido
tan tenaz, tan profundo,
que eternamente sonará en mi oído.
Ni al decir el doctor meditabundo:
«Este es quizás el último latido.»

Ni al ver la alcoba, siempre tan sombría,
de pronto iluminada,
y al sacerdote que su cuerpo ungía,
rezando. Ni al cruzarse su mirada,
su mirada de mártir, con la mía.

Ni al llevar á sus labios sin frescura
la cruz por vez postrera.
Ni al colocar, radiantes de hermosura,
entre sus manos de color de cera
esas rosas que amaba con locura.

Ni al oir al cortejo contristado
marchar á paso lento
llevándose por siempre al ser amado...
Mientras pude luchar, sin un lamento
batallé, padecí... No, no he llorado.

Después... Aquel rumor en la distancia
perdióse. Anochecía.
Me sentí solo: penetré en la estancia...
En su glacial ambiente todavía
flotaba de las rosas la fragancia.

La brisa hizo volar pétalo errante,
aún de matiz lozano.
Ella me lo enviaba en el instante
de partir hacia un mundo muy lejano,
y en él puse mis labios delirante.

En él puse mis labios. De repente,
sin fuerzas ya, vencido,
bañó mis ojos lágrima candente;
por mis mejillas resbaló sin ruido
y el dique inútil destruyó el torrente.

Preguntas si lloré... La peligrosa
lucha afronté sereno.
Después, para que en noche silenciosa
se derramase al fin el vaso lleno,
bastó ligero pétalo de rosa.

EL SECRETO

¡El príncipe se muere!... repiten con tristeza
los sabios que, reunidos en numeroso bando,
parar en vano intentan el golpe que le hiere.
Y, en torno de la cuna dorada de su Alteza,
sus venerables calvas agrupan murmurando:
—¿Pero de qué se muere?...

Ya va la triste nueva rodando por las calles:
las puertas del alcázar con su oleaje azota
durante noche y día el bullidor gentío.
Ya surca la noticia los montes y los valles,
y las fronteras salta, y adonde llega brota
confuso vocerío...

Los hombres de gobierno se encierran y meditan..
Se dice que en palacio fermentan ambiciones...
Inspiran los cuarteles recelos angustiosos.....
Las turbas en la sombra se espesan y se agitan...
Y cambian incesantes despachos las naciones
con signos misteriosos.

De mano en mano vuelan papeles codiciados
impresos ya con tinta que humea de candente.
Pasando van las horas y la ansiedad aumenta.
Peroran en los corros tribunos inspirados.
Se aspiran, pavorosos, en el cargado ambiente
efluvios de tormenta,

¡El príncipe se muere! Las madres con cariño
mútilmente rezan: la ciencia no lo salva:
el cónclave de sabios discute en vano inquieto.
¿Pero de qué se muere? junto al augusto niño
murmuran... ¡Oh, doctores de venerable calva!
Yo estoy en el secreto.

Yo estoy en el secreto del ángel que nos deja...
En hora ingrata al mundo lo trajo la Fortuna.
Por darle la existencia su madre la perdía...
Nació enfermizo, débil: desgarradora queja
su corta vida ha sido: la blasonada cuna
no pudo hallar más fría.

De la lujosa cámara los muebles deslumbrantes,
las lunas de Venecia, los frescos brilladores,
los uniformes varios, azules, verdes, rojos,
los múltiples juguetes tan lindos é incitantes,
jamás del niño enfermo lograron, tentadores,
hacer abrir los ojos.

Pero cuando en la tarde rodaba por la alfombra
junto al balcón diáfano su cuna cincelada,
quedaba el ángel presa de una emoción divina:
en un girón de cielo, entre azulada sombra,
veía el niño en éxtasis nacer la plateada
estrella vespertina.

Los ojos muy abiertos, los puños muy cerrados,
los brazos extendidos con ademán violento,
decía en su lenguaje:—¡Señor, dame la estrella!..,
Sus ruegos fueron muchos, sus gritos prolongados.
y Dios, que al fin es Padre, con bondadoso acento,
le dijo:—Ven por ella...

Yo estoy en el secreto; por eso, indiferente,
no inclino mis oídos al clamoroso estruendo
de la ambición mezclada con el temor cobarde,
y pienso en la alegría del ángel inocente
que al fin abre sus alas y busca sonriendo
por el azul espacio la estrella de la tarde.

ORACIÓN

El día en que las madres á sus hijos
no enseñen á rezar;
el día en que de Dios, junto á la cuna,
no les hablen, ¿de qué les hablarán?...

Seca, Señor, los pechos de esas madres
que la vida del alma no han de dar...
Para nutrir el cuerpo
bastan las fieras que creaste ya.

EL TESTAMENTO DE FRINÉ

—

Friné la cortesana, la que juega
con el amor, camelia sin aroma,
de hermosura que ciega,
y en quien el fango de la calle asoma
bajo las líneas de la estatua griega,
Friné la impura sabe (en sus oidos
lo debió susurrar más de un esposo
al desertar por ella de sus lares)
que si tejen los pájaros sus nidos
labran también los hombres sus hogares.

¡El hogar!... Al nombrarlo, dulcemente
suele entornar con sueño misterioso
sus pestañas, y olvida su presente
y sus diamantes que la agradan tanto...
¡El hogar!... El encanto

de un amor que no muere ni se oculta,
que abriga el corazón y no lo abrasa;
algo bendito que el mortal no insulta,
que es fuerza de la vida en el descenso...
y aspira, como á veces cuando pasa
frente al templo vecino,
un ambiente divino
de paz, de resplandores y de incienso.

Dura aquella visión breves instantes:
Friné la impura torna
á ser lo que era antes:
la joya conseguida y olvidada;
los ojos ya para soñar no entorna;
se siente despreciada,
y desprecia también á sus amantes.
De una y otra cadena,
siempre doradas, sin cesar varía
cumpliendo voluntaria su condena;
y aunque su risa al mundo desafía,
parece que resuena
en un alma vacía,
y el oirla reir produce pena.

Conserva en una caja primorosa
de marfil y de sándalo,
innumerables cartas, vergonzosa
historia de locuras y de escándalo.
Allí, como en colmena rumorosa,
y entre cifras y emblemas y blasones
zumba todo un enjambre de deseos,
de vulgares pasiones;
aparatosa vanidad, mezclada
con libres devaneos,
refiere allí sus torpes ilusiones
en tropos rebuscados y sandeces.
De todas separada,
envuelta con cuidado, sin dobleces,
en un paño de seda perfumada,
como reliquia que la fe bendice,
hay una carta de remota fecha;
no lleva firma al pié; nadie sospecha
quién la pudo escribir; la carta dice:

«Friné sin corazón: A pesar mío
esta carta te envío
que escribir no quisiera, lo confieso;

mas con irresistible poderío
de la cima del alma se desprende
inmaculado alud, que al propio peso
cede por fin y al cenagal desciende.

No la acompaña obsequio ni promesa,
ni la firma interesa;
pues no has de verme nunca en tus orgías.
En lazos de oro te revuelves presa...
¿Puedes romper tu odiosa servidumbre
y abrir las alas y escalar la cumbre?...
Sólo allí, sólo allí me encontrarías.

Hoy no sabes amar; tu pecho duerme:
No puedes ofrecerme
amor que no rechace contristado.
El mío es caridad... Si al fin despiertas
con las alas abiertas,
ven á mí, que yo olvido tu pasado.

Amores que consigan de tal modo
purificar el lodo
y transformarlo en luz, serán eternos.
Por ti renuncio á todo.

Te esperaré. Cuando tu sueño acabe
saldré á tu encuentro. ¿Dónde? Dios lo sabe...
¡Es tan amargo renunciar á vernos!...»

Busca Friné aturdida
en el placer, la vanidad y el lujo,
solución al problema de su vida
que resolver no puede para ella
el verdadero amor. En el influjo
de su fatal estrella
tiene una fe profunda, y se abandona,
del azar y el capricho á la corriente
tumultuosa y ancha,
como un cadáver... Alguien la perdona
y la espera, lo sabe; mas presiente
que no será en la tierra que ella mancha.

En su elegante tocador, museo
donde el oro al servicio del deseo
caras preciosidades amontona,
donde mezclan matices y fulgores
la plata, los esmaltes, los primores
de vieja porcelana,

una oscura mañana
de Diciembre en que el sol no deshacia
la niebla gris y fria,
la impura cortesana,
recordando tal vez sueño penoso,
sintió el tedio invadirla de tal suerte
que, con tenaces ansias de reposo,
pensó en cosas muy tristes y en la muerte.

Obedeciendo á fuerza poderosa
que la acosaba con violencia suma,
(tal vez revelador presentimiento,)
el escritorio abrió de palo-rosa,
y con dorada pluma
á escribir comenzó su testamento.

Decía en él: «Al entornar mis ojos,
como la muerte desfigura tanto,
teñid mis labios con matices rojos.
No quiero que mi rostro cause espanto.

Veladme con encajes: adornada
con la rosa de té, mi favorita,
vestidme como viste enamorada
mujer que acude á misteriosa cita.

Si en un cofre de sándalo aparecen
(de mi sino cruel prueba importuna,)
cartas que hoy me avergüenzan y entristecen,
quemadlas todas, todas, menos una.

Y donde se recline mi cabeza,
doblada por un sueño que ya ansio,
aquella carta colocad que empieza:
«Friné, sin corazón, á pesar mio...»

EL ADIÓS DE LA LEYENDA

—

Poeta: tu ventana,
que el viento abrió,
rayo de sol poniente
deja pasar;
y de una voz lejana,
que inspiro yo,
desmayado y doliente
llega el cantar.

Flotando en esas notas
penetro aquí.
Soy la rubia Leyenda,
tu amiga fiel.
Las alas traigo rotas
y busco en ti
quien mi dolor comprenda
mudo y cruel.

Por donde voy, mezquina
curiosidad
rasgar quiere mi veste
de níveo tul.
Perdió su fe divina
la Humanidad,
y su encanto celeste
mi lirio azul.

Sólo el niño en la cuna
tiene en mí fé:
me llama con acento
de almo candor;
en un rayo de luna
brillar me ve,
y le arrulla mi cuento
fascinador.

El corazón del hombre
no hago latir.
Murió mi poderío:
cayó mi altar.

No hay labio que me nombre
sin sonreir.
Mi sitio está vacío
junto al hogar.

De la amplia chimenea
busco el calor...
Rosadas maravillas
brotar se ven
del torno que voltea
entre el rumor...
Y en las almas sencillas
causan desdén.

En vano, á los rugidos
del huracán,
visiones sepulcrales
hago surgir...
Hoy sólo á los sentidos
crédito dan:
mis seres ideales
no hacen sentir.

No repiten los labios
el cuento aquel
de hermosa y noble dama
cuya virtud
abruma con agravios
á un rey cruel
y á humilde pastor ama
por gratitud.

Ni aquel otro del necio
que á Satanás
el alma, en pacto, cede
por ambición...
Con amargo desprecio
me oyen los más...
Resucitar no puede
muerta ilusión.

Encantos y quimeras
vertí á granel:
de San Juan las veladas
enriquecí...

Y cuando á las hogueras
van en tropel,
ni áun las enamoradas
piensan en mí.

Ayer logró mi imperio
su plenitud,
de las ruinas medrosas
en la extensión.
En su vago misterio
y en su quietud
hallé fuentes copiosas
de inspiración.

Y de la arcada hendida
en el umbral,
con la musgosa piedra
por escabel,
la columna caída
por sitial,
y la colgante yedra
como dosel,

en elevado trono
mis leyes di,
y el pasado á la Gloria
resucitó...
Ya está vacío el trono
que ocupé allí..
La desalmada Historia
de él me lanzó.

Por el espacio errante
voy al azar,
de mi veste nevada
rasgado el tul...
Poeta, que un instante
me abres tu hogar,
guarda en él, por constante,
sin marchitar,
pues sólo á ti te agrada,
mi lirio azul.

Á CALDERÓN

—

ALABADO POR PEDANCIO

Siendo español no ha sido perezoso,
ni siendo militar fué pendenciero;
cortesano y no ha sido lisonjero;
teólogo y al ergo dió reposo;
honores recibió; no fué ambicioso:
fué poeta y modesto... ¿Pues qué pero,
qué falta impide que el romano clero
canonice á varón tan virtuoso?...
¿A qué tanto esperar? Yo le consagro
mis oraciones ya con toda el alma
en los combates de la carne recios...
Mas ya sé lo que esperan, un milagro:
ver si después de muerto puede en calma
resistir la alabanza de los necios.

SORPRESA

—

Vi que cruzaba el robledal espeso
cantando y sola mi adorada Nise.
Tenaz seguíla y sorprenderla quise
para robarla codiciado beso.

Seguro de su amor, con la esperanza
de alcanzar el perdón por este robo,
avancé con cautela, como lobo
que hacia la oveja receloso avanza.

A traición la cogí: gritó de miedo;
con mis manos tapé sus habladores
ojos, y despreciando sus temores,
—Adivina quién soy—dije muy quedo.

Sus ligaduras, con inútil brío,
esquivar intentó, quiso romperlas,
y, enseñando al reir dientes de perlas,
¡un nombre pronunció... que no era el mío!...

¡No era mi nombre!... Trémulo de enojo
la solté; me miró, y en el instante
lo que leyó en mi pálido semblante
hizo que el suyo se pusiera rojo.

Quiso decir... No se atrevió á decirlo.
Quise hablar... Y callé meditabundo.
En el silencio aquel largo y profundo
se oyó al agua reir, silbar á un mirlo.

Del robledal la vi por la espesura
perderse, sin cantar, con paso lento...
volviendo la cabeza... Esto que cuento
pasó hace años, y el silencio aún dura.

NON EST HIC

—

Con el vago ropaje que vistes
y que toma el color del deseo;
con tu risa que alegra á los tristes
¡oh dicha! si existes,
¿en dónde te ocultas que nunca te veo?

Tarde ya, me contó la experiencia
que mis sueños de niño mecía
de tu voz la suave cadencia.
¡Traidora inocencia!...
Yo estaba en tus brazos y no lo sabía.

Rico en fe, si de fuerzas escaso,
emprendí fatigoso viaje
preguntando por ti á cada paso
y viendo, al acaso,
flotar, siempre lejos, tu leve ropaje.

—Allí está, me decía la gente;
del sendero al doblar el recodo
ha flotado su manto esplendente...
Llegaba impaciente
y sólo encontraba tu huella en el lodo.

Del laurel al amparo reposa,
pensé yo.... del alcázar dorado
tal vez more en estancia lujosa...
Con voz anhelosa
pregunté y dijeron:—Por aquí ha pasado.

—Aquí está, desarruga tu ceño,
dijo Amor: ya no tiembles de frío...
y un hogar me indicaba risueño.
¡Inútil empeño!...
Junto al fuego estaba tu sitio vacío.

Y seguí mi camino adelante,
y al abismo bajé con arrojo,
y la cima escalé jadeante...
y, siempre distante,
tu veste ondulaba teñida á mi antojo.

De mi vida se acorta el sendero...
Ya cercano el reposo barrunto...
Como aquí conseguirte no espero,
ni el paso acelero
ni por ti, cual antes, á nadie pregunto.

Y en la muerte al pensar, fatigado,
este afán más intenso despierta...
En las sombras de sueño callado
tu veste ha flotado...
¡Qué á tiempo entreabres sepulcro tu puerta!

EL LIRIO BLANCO

—

A JUAN GARCÍA AL-DEGUER.

Dolor, no te maldigo... Con pavoroso estruendo
pasó violenta ráfaga, pasó nublando el día...
Hendida quedó el alma. Después ví sonriendo
que en la hendidura un lirio nevado florecía.

¡Noble ideal! ¡Oh, lirio de nítida blancura!
Abrió el Dolor el surco; la ráfaga violenta
te trajo y hoy floreces, radiante de hermosura,
como de roca estéril florece en la hendidura
semilla misteriosa que trajo la tormenta.

CLEMENCIA

A su hermano menor dijo la Muerte:
—Yo te lo encargo, Sueño,
apaga toda luz color de rosa
con esas alas de plumaje negro.

¿No ves que dando al alma la ventura
y las fuerzas al cuerpo,
es inútil la prueba de la vida
y revelas, incauto, mi secreto?...

El Sueño respondió;—Señora hermana,
¿qué haré, si os obedezco,
con los enamorados que no tienen
otro refugio que mi oscuro seno?...

¿Negaré al infeliz desheredado
mi alivio pasajero?...
¿No daré al pobre niño la alegría,
ni al virtuoso el merecido premio?...

¿Al viejo desoiré cuando me pida
sus queridos recuerdos?...
¿No abriré cuando llamen á mis puertas
impacientes las almas de los muertos?...

La Muerte meditó; luego le dijo:
—Yo te permito, Sueño,
que á todos los que nombras, un instante
¡un instante no más!... abras el cielo.

MI LAZARILLO

Amor me trajo, Nise, hasta tu puerta
Un ciego fué mi guía.
¿Le habré de castigar porque no acierta,
siendo la culpa mía?...

Me equivoqué tasando lo que vales
al juzgar por tu brillo.
Te dejo... ¿Quieres ver por los cristales
si me espera en la esquina el lazarillo?...

Comprendo, Nise, tu desdén profundo;
la razón no te niego;
pero yo soy así: voy por el mundo
guiado por un ciego.

Por él he tropezado muchas veces...
¿Te burlas?... No lo extraño...
Tú ladesnuda realidad me ofreces...
Gracias. Prefiero generoso engaño.

Si escucharas su voz, si tú aprendieras
sus dulces melodías...
Si con los ojos de mi ciego vieras,
Nise, no te reirías.

Vivo por él. Con angustiado acento
llamaba yo á la Muerte...
Era el primer dolor, el más violento,
la primera injusticia de la suerte.

Llamaba yo á la Muerte, cuando él vino...
Riendo de mi asombro,
me dijo:—Espera... Sigue tu camino
apoyado en mi hombro.

El mundo no es tan malo, no lo creas,
no es tan árido y triste;
mis ojos te daré para que veas
lo que de hermoso y bueno en él existe.

Mis ojos, sólo para el mal cerrados,
ven en la noche oscura,
por un foco interior iluminados,
el bien y la hermosura.

Si te apoyas en mí, no tengas miedo
de caer en el lodo.
Como soy el Amor, sólo yo puedo
con mi virtud purificarlo todo.

Tropezarás... Tal vez tus pies resbalen
sobre duras espinas;
pero verás entonces lo que valen
mis recetas divinas.

Para la ingratitud tendrás olvido;
perdón para la ofensa;
serás feliz donde otros han sufrído:
que el Amor lleva en sí la recompensa.

Si el tedio alguna vez tu pecho hiere,
si la duda te alcanza,
te diré adónde va lo que no muere:
pues yo soy la Esperanza.

Y sabrás que en mi reino ilimitado,
que al tiempo desafía,
soy la razón de ser de lo creado,
y en estrellas y en almas armonía.

Así dijo; y me guía y me acompaña
calmando mis dolores.
Adiós... El me ha ofrecido, y no me engaña,
para el invierno, flores.

Puedes reir... No temas que me inquiete
tu burla reprimida.
La realidad ¿á ti qué te promete
en el árido invierno de la vida?

Comprendo, Nise, tu desdén profundo;
la razón no te niego;
pero yo soy así: voy por el mundo
guiado por un ciego.

¡PARA SIEMPRE!

Mientras ella con plácido abandono
dormía, yo intranquilo
sentí en la oscuridad honda tristeza
y una voz escuché que así me dijo:

—¿No lo sabéis, amantes? Cada beso
es un paso que dais hacia la muerte.
La vida se nos va, se nos va aprisa
y aún decís: ¡Para siempre!

Perdiendo va la flor, con el aroma,
su vida en oleadas invisibles.
Si aspiráis un aliento perfumado
recogéis una vida que se extingue.

Con afán vuestro pecho palpitante
al suyo unís que la pasión levanta;
pero, á cada latido, en vuestro cielo
una estrella se apaga.

Acarician los labios tersa frente
que la sangre hervorosa colorea...
¡Oh enamorados! Con la piel suave
acariciáis también la calavera.

Juntos pensáis estar toda la vida,
es decir, unos rápidos segundos.
Después... el ataúd es muy estrecho
para estar en él juntos.

Enlazad, enlazad á su cintura
vuestros brazos, fundid vuestros destinos;
forjad nudos tan fuertes que no logren
aflojarlos el tiempo ni el hastío.

Vuestros ojos cerrad y que no vean
cómo la piel se arruga y palidece;
cómo el rubio cabello va tomando
el color de la nieve.

Cómo la edad hacia la tierra encorva
el talle, y los contornos desfigura;
cómo parecen, al besar, sus labios
pétalos sin color de flores mustias.

Conservad la ilusión; en vuestro nido
clavad la mariposa plateada,
y, aunque muerta, el fulgor de los recuerdos
hará brillar sus alas.

Vivid en el pasado; vuestro idioma
no cambie con el curso de los días.
Del reloj desoid la voz molesta.
Las ascuas avivad entre cenizas.

Mas sabed que esos brazos su cintura
con ansiedad inútil aprisionan...
Entre ellos sentiréis que al fin resbala
como impalpable sombra...

Calló la voz. El alba lentamente
avanzó por el cielo,
iluminó la estancia, y yo me dije,
mientras ella soñaba sonriendo:

Como impalpable sombra, entre mis brazos
que con afán inútil la retienen,
resbalará, lo sé; venci al hastío;
no venceré á la muerte.

Pero al unir mis labios á los suyos
lo que aspiro es el alma en cada beso,
y el alma busco en sus rasgados ojos
cuando me miro con amor en ellos.

Al través de su frente de alabastro
con misteriosa luz se transparenta,
y hace ondular las curvas de su seno
y en su voz me penetra.

Yo lo amo todo en ella, porque en todo
siento un alma latir que también ama.
No amó Pigmalión el mármol frío
sin infundirle, con su amor, un alma.

Ya podéis blanquear, cabellos de oro;
podéis palidecer, labios de rosa;
resbala entre mis brazos, frágil cuerpo,
como impalpable sombra.

Lo que os ennoblecía y me hizo amaros
al ataúd estrecho no desciende.
Encantos que morís, no es á vosotros
á los que dice el alma: «Para siempre.»

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

—

«Quien tenga oidos á mi voz los abra,
pues hablo á todos. En verdad os digo
que asi caerá en vosotros mi palabra
como en la tierra el trigo.

»Pero aquel labrador que al surco envía
la dorada semilla, bien sospecha
que no de toda en suspirado día
cogerá igual cosecha.

»Porque un grano cayó junto al sendero
y otro en estéril pedregal, y daña
quizás á aquél la planta del viajero
y al otro la cizaña.

»Sólo del trigo que en terreno sano
cayó, la espiga con amor se coge;
pero en verdad os digo que ese grano
llenará vasta troje».....

Así habló con parábola sencilla
una voz que aún escuchan las edades,
á ignara multitud desde la orilla
del mar de Tiberiades.

Era al caer la tarde: sol poniente
rozando ya del mar la móvil ola,
del noble sembrador ciñó la frente
con rojiza aureola.

Transfigurado así, su voz amiga
dijo á la muchedumbre galilea:
—«Hombre, con tu sudor riega la espiga;
con tu sangre, la idea.»

¡Oh sembrador divino! La inspirada
parábola tu amor ha realizado.
La tierra inunda ya mies sazonada
que tu sangre ha regado.

No engañaba tu voz. En vano brota
la cizaña en el surco removido.
En vano el viento del error azota
la espiga que ha crecido.

La dulce savia del amor fecundo
en el humilde grano va escondida.
En él va la Verdad, alma del mundo,
manantial de la vida.

¡La Verdad y el Amor!... Astro del día
que das calor y luz, que en raudo vuelo
resbalas animando la sombría
inmensidad del cielo:

imagen eres fiel de la criatura
que Dios inspira y que á raudales vierte
la Verdad y el Amor en esa oscura
soledad de la muerte!...

Siempre existió el error, la estéril duda,
el egoismo sordo, el odio insano,
la insaciable ambición, la prueba ruda...
¡Siempre el dolor humano!...

Y nunca ese dolor hallará freno
sino en la voz preñada de verdades
que habló á la Humanidad junto al sereno
lago de Tiberiades.

Al eco suyo germinó la Ciencia;
ella al esclavo libertó del yugo;
santificó el hogar y la inocencia;
castigo dió al verdugo.

No hay llanto que no enjugue aquel acento,
ni poder que á su influjo se resista;
es grata saciedad para el hambriento;
génio para el artista.

No es del sabio la voz hueca y helada.
Los que al sabio no escuchan, los que ignoran,
comprenden esa voz que contristada
llora con los que lloran.

Nuestro orgullo negarlo quiso en vano.
El problema del Hombre se adivina
resuelto ya con el humilde grano
sembrado en Palestina.

. . . . . .

El siglo que agoniza, grande en todo,
lo es en el bien y al par en el delito.
Jamás con tanta luz, con tanto lodo,
la Historia se habrá escrito.

El extiende el telégrafo que enlaza
los pueblos más distantes de la tierra;
y para separarlos piensa y traza
sus máquinas de guerra.

Heraldo del progreso infatigable
hace á la prensa; y con feroz intento
vierte en ella la duda miserable
que estanca el pensamiento.

El adivina al astro, lo persigue
por las hondas negruras del abismo,
y al fin consigue verlo; y no consigue
ver á Dios en sí mismo.

¡La Igualdad! Santo dogma con que sacia
el noble afán del corazón sincero;
defiende y funda al par la aristocracia
bastarda del dinero.

Abandona del tiempo irreverente
la vieja catedral á los ultrajes;
y deshacerse mira indiferente
flor á flor sus encajes,...

Pero crea el taller, centro sagrado
de la potente actividad humana,
hogar donde el mortal desheredado
su pan y su honra gana.

¡Oh! Si en él encontrara el proletario,
cuando le dan el pan de la existencia
mojado en su sudor, el necesario
pan de la inteligencia!...

Si este siglo egoista y descreído
llevase allí la luz de la enseñanza,
y la máquina uniese su rugido
al himno á la esperanza!...

Si la ciencia borrase generosa
desdén arriba y ambición abajo,
diciéndonos que son la misma cosa
capital y trabajo!...

Pero brota la duda en la Academia;
pasa al libro; con vuelo prodigioso
surca el mundo y se trueca en la blasfemia
del taller bullicioso.

Nunca cual hoy sintióse la tristeza
que produce en las almas el vacío:
ese vacío que á llenar empieza
odio ciego y sombrío!...

Porque amar sin creer, es imposible.
Sin fe, la vil resignación infama.
Siempre con el dolor en lucha horrible,
quien no espera no ama.

El lejano horizonte van cubriendo
con sordo hervor, vapores de tormenta:
ya surge, á veces, de ellos con estruendo
llamarada sangrienta!...

Ya es tiempo de acudir, antes que intenten
unirse la ignorancia y la malicia.
Ya es tiempo de decir á los que sienten
hambre y sed de Justicia:

Sembrad. Aunque la escarcha dura y fria
cubrir parece ya la sementera,
tierra hallaréis que guarde todavia
calor de primavera.

Sembrad la ciencia que los ojos abra
del ignorante, y el hogar en templo
transformaréis. Sembrad con la palabra.
Sembrad con el ejemplo.

Hablad de sacrificio al poderoso,
de esperanza á la víctima inocente.
La escarcha deshaced con el copioso
sudor de vuestra frente...

Arrojad en las almas sin recelo
la semilla que encierra su destino...
mientras sembrando estrellas por el cielo
vemos pasar al sembrador divino.

PERLAS

Tu collar es siempre de irisadas perlas
por ti preferidas á diamantes raros.
Como á ti, me agradan; pero quise verlas
fulgurar cayendo de tus ojos claros.

A los que decian:—La estatua no siente,—
viendo de tus ojos la perenne calma,
respondí soberbio:—Quien lo diga miente.
Y en busca de perlas penetré en tu alma.

Cual osado buzo, con viril denuedo,
descendí al abismo tan negro y tan hondo:
mi noble codicia pudo más que el miedo,
y tenaz tu alma removí hasta el fondo...

Con la faz adusta, las manos vacías,
ya tornaba triste, sin lograr cogerlas,
cuando en tus pestañas, luengas y sombrías,
vi temblar dos gotas, irisadas perlas.

No las arrancaban crueles tormentos:
vinieron en ola de fugaz ternura.
No las enjugaron mis labios sedientos
temiendo á tu rostro robar hermosura.

—Estas sí que valen, murmuré á tu oido,
más que las preciadas de reflejos raros
que tu cuello adornan... Hoy perdón les pido...
Mujer, lo he sabido:
son falsas las perlas de tus ojos claros.

NÁUFRAGOS

—

¡Adelante!... Los vientos de la noche
levantan olas negras.
Clavado está el timón... ¡Oh, qué lejana
la luz que perseguimos centellea!...

Por la redonda espalda de las olas
nuestra barquilla rueda...
Ya brotan de las tablas desunidas
largos crujidos que parecen quejas...

Pronto naufragará...: ¿Pero, qué importa?
Esa luz nos espera
brillando allá en la línea en que se funden
el crespo mar y el cielo sin estrellas.

¡Adelante!... Olvidad ya para siempre
la abandonada tierra.
Quien la dejó por perseguir un sueño
sólo sin vida ó sin honor regresa.

Cada palpitación del hondo abismo,
cada sima entreabierta,
puede un sepulcro ser; pero es un paso
que á la luz codiciada nos acerca.

¡Locura!... Ya lo sé, vieja locura:
como el alma, de vieja.
En el dintel nació del paraíso
al mancharlo la lágrima primera.

Amor al ideal, fiebre incurable,
sed nunca satisfecha:
tú durarás lo que en el tiempo duren
abrazados espíritu y materia.

Sin ti la Humanidad borrarse mira
sus timbres de nobleza,
y adelgazarse el muro que separa
el santo hogar del antro de la fiera.

Sus alas das á la sentida estrofa,
su luz á la sentencia,
y palpitas oculto en el misterio
de la nota, del lienzo y de la piedra.

Mientras dure el dolor, mientras las almas
sangren en la pelea,
ojos habrá que en lágrimas bañados
hacia esa luz con ansiedad se vuelvan.

Dios la encendió en la línea en que se une
con el cielo la tierra...
Pocos logran llegar... Quien lo consigue
su nombre baña en claridad eterna.

¡Oh! ¡Cuántos restos en las aguas flotan
de barquillas deshechas!...
¡En sus alas, los vientos de la noche
cuántos suspiros de agonía llevan!...

Oscilando en el móvil oleaje,
con lividez intensa
y contraídas por adusto ceño,
las frentes de los náufragos blanquean.

Faltó á sus pies la tabla salvadora
y á sus brazos la fuerza,
y rígidos descienden al abismo
que nunca ya devolverá su presa.

De sus ojos, vidriados por la muerte,
la mirada postrera
aún parece buscar, allá á lo lejos,
esa luz que en las sombras centellea.

¡No llegaron!... Las aguas del olvido
tan amargas, tan yertas,
borrarán al cerrarse un nombre oscuro.
¿Quién de los pobres náufragos se acuerda?

Yo los miro pasar... las olas turbias
sus cuerpos balancean
como despojo inútil... yo los miro
hundirse, con respeto y con tristeza.

Lucharon el intento generoso
y la fortuna adversa.
Nadie los vió luchar, hora tras hora,
sin temor, sin estímulo, sin tregua.

Esperadme... Yo soy de los que sienten
vuestra angustia secreta,
y sin embargo luchan... Esperadme.
Yo soy también de aquellos que no llegan.

Yo soy también de aquellos que comparten
toda humana dolencia;
de los que, en batallar desconocido,
todo lo pierden y la fe conservan.

Esperadme... Quizá no tarde mucho
en blanquear mi frente con las vuestras,
por misterioso ceño contraídas
y amortajadas por las olas negras.

LA ESTÁTUA CAÍDA

A MI HERMANO ADOLFO

En la gruta del parque abandonado
lo vi, al pasar, caído
del pedestal que fué trono envidiado.
Era un dios; no sé cuál... ¡Tantos han sido
los que la Humanidad ha derribado!...

Por la arboleda, vaga salmodía
como un adiós eterno
sonaba opacamente. Anochecía.
Con besos sin calor se despedía
de la pálida estatua sol de invierno.

Inmóvil, mudo, en soledad medrosa,
el derribado bulto
brillaba con blancura misteriosa.
Yo lo creí cadáver insepulto
que me pedía la negada fosa.

No perdió en la caída su grandeza.
Pallium tejió severo
sobre sus desnudeces la maleza,
velando así la olímpica belleza
que palpita en los números de Homero.

Parecía esquivar, como indignada,
la divina escultura
vil contacto de tierra encenagada,
levantando en extática postura
su frente pensativa y coronada.

Aún la diestra de mármol arrogante
sujetaba con brío
el cálix de los dioses elegante:
cálix que rebosó néctar fragante,
ya para siempre inútil y vacío.

El dios que á los mortales amó tanto
guardó el cálix glorioso
esperando, tal vez, en su quebranto
que lo llenara el hombre generoso
con la ambrosía del dolor: el llanto.

¡Y se engañaba el dios! Mas un lamento
de prolongadas notas,
respondió al enojoso pensamiento...
De aquellas rocas húmedas, con lento
compás caían sollozantes gotas.

¡Oh, Suprema Piedad!... Aquel gemido
era tu voz doliente
llorando de los hombres el olvido.
Tú llenabas el cálix lentamente
con llanto de las rocas desprendido.

Por el son de las gotas arrullada,
en abstracción constante,
la pensativa estatua derribada
hundía en el espacio su mirada
como atraída por visión distante.

Interrogué, por ella fascinado,
su mirada tranquila,
y así como en las aguas reflejado
tiembla el sol, en sus ojos sin pupila
vi temblar el reflejo del pasado.

Y leí de sus ojos en lo oscuro:
—¿Qué tenebrosa idea
del artista aguzaba el hierro duro?...
¿Quién me hizo dios y luego el inseguro
pedestal derribó?... ¡Maldito sea!

¡Oh fugitiva luz!... Rastro sereno
de días ya remotos,
no te apagues aún, de encanto lleno
fulgura mientras van mis miembros rotos
confundiéndose informes con el cieno.

Estremecida la áspera montaña
por rudos cataclismos
me concibió; y en su profunda entraña
yo dormía ese sueño que acompaña
la imponente canción de los abismos...

¿Quién turbó mi reposo?... ¿Qué locura,
golpeando incesante,
deslizó por la piedra tosca y dura
esa línea que ondula palpitante
con el ritmo ideal de la hermosura?...

¿Quién cinceló mi pecho levantado
por inmortal anhelo
y en las esbeltas olas modelado?...
¿Quién á mi tersa frente dió, inspirado,
la misteriosa redondez del cielo?

¿Para qué la ciñó cerco divino,
que es de espinas ahora,
y el noble calix á mis manos vino
que de la vida el néctar atesora,
si era morder el polvo mi destino?

Del que ornó con diadema escarnecida
mis sienes altaneras,
sea la raza infame maldecida...—
—¡Calla, la interrumpí. Calla y olvida.
No maldigas al hombre... ¡Si supieras!

Pobre mármol, tan frágil como hermoso,
que en polvo te deshaces,
de la montaña al seno tenebroso
volando van tus átomos fugaces,
y allí de nuevo encontrarán reposo.

Pero el que te formó no halla sosiego.
Consigo mismo en guerra,
no conoce la paz y marcha ciego,
labrando dioses que derriba luego
y que marcan su paso por la tierra.

De la humana pasión cada latido,
tomando forma y nombre,
fué un dios ayer por otro dios vencido;
un ideal es hoy que olvida el hombre
por otros ideales seducido.

La sed de lo absoluto le devora
con ansiedad creciente,
y en esos vanos ídolos que adora
una chispa encerró deslumbradora
de la hermosura que al soñar presiente.

Sólo una chispa de fulgor escaso
que breve se desliza
cuando él en sueños ve sol sin ocaso...
¡Eterna sed al hombre martiriza,
y una gota no más encierra el vaso!...

Tú misma, estátua mutilada y vieja,
con tus contornos bellos,
la sed irritas que al mortal aqueja.
Tu hermosura fugaz sólo refleja
de un eterno ideal vagos destellos.

Piensa que él ama el ídolo elevado
en sus débiles hombros;
que lo mira caer desconsolado,
y antes de hollar su planta los escombros,
con llanto de dolor los ha regado.

¡Oh! Si tú conocieras el tormento
de la impotencia humana,
¿cómo podría maldecir tu acento?...
El hombre no reposa ni un momento...
Tú, pobre dios, descansarás mañana.

....

Me oyó la estátua; su expresión altiva
mi voz trocó en ternura,
y la vi, meditando compasiva,
levantar en extática postura
su frente coronada y pensativa.

Comenzaba la noche. En esa hora
que lo entristece todo,
me alejé de la gruta donde mora
el dios: en soledad aterradora
quedóse blanqueando sobre el lodo.

Por inquietud constante fustigado,
y por el vano ruido
de la ciudad, sin tregua, mareado
vivo, si esto es vivir, pero no olvido
aquel rincón del parque abandonado.

Y al ver huir del torbellino en alas,
rozando lodo inmundo,
las que fueron ayer preciosas galas,
pienso en ti, pobre dios, que así resbalas
hacia ese abismo lóbrego y profundo.

¡Oh, dios caído! En nuestra edad inquieta
nadie tu pena siente.
¿Quién tus despojos pálidos respeta,
y en el desierto parque tristemente
los saluda al pasar? Sólo el poeta.

El buscará en la gruta la sombría
estatua coronada todavía,
y en la tarde unirá su adiós eterno
al eco de remota salmodía
y al beso sin calor del sol de invierno.

BONDAD

No porque arranque mano despiadada
la rosa perfumada,
dejará de dar flores el rosal;
ni porque robe á laboriosa abeja
su dulce fruto la codicia, deja
de labrar el insecto su panal.

Aunque su linfa enturbien, no reposa
la fuente generosa
dando vida y encantos al verjel.
No niega sus tesoros de armonía
el ruiseñor, al despertar un dia
entre los hierros de prisión cruel.

De igual modo los seres superiores,
del dolor vencedores,
realizan en la tierra la virtud,
sin contar las heridas de su seno
ni las amargas gotas del veneno
que en su cáliz vertió la ingratitud.

. . . . . .

Oigo elogiar vuestra bondad que excede
á cuanto el labio puede
referir ni cantar el trovador,
y con placer mi pluma lo confiesa
recordando, Marquesa,
rosal, abeja, fuente y ruiseñor.

A ALEJANDRO

(CARTA ÍNTIMA)

Noche Buena de 1894.

Solemnes horas que volando vienen
y el júbilo traerán á los hogares,
hacen pensar en los que no lo tienen.

Y pienso en ti.
Los genios familiares
saltan entre los leños encendidos
preludiando el mejor de sus cantares.

Agrupándose van los que atraidos
por esa voz acuden, y la estancia
llena el rumor suave de los nidos.

Borra todo pesar, toda distancia
el amor: allí tiene para el viejo
risas la juventud, besos la infancia.

De vivas llamaradas al reflejo
se nombra con cariño á los ausentes,
derramando en su honor el vino añejo.

El esposo, miradas sonrientes
cambia con su dichosa compañera
y acaricia á sus hijos inocentes,

soñando, como sueña quien espera,
soñando que aún hay flores sin espinas;
que la vida, si es carga, es muy ligera,

y que para tocar playas divinas
basta cruzar, en bando numeroso,
el mar, como las sabias golondrinas:

unidas van; si alguna en caprichoso
giro se aparta, sola desfallece
sin rumbo, ni esperanza, ni reposo.

Las horas vuelan; el bullicio crece,
y cuando el gallo en los corrales canta
una visión espléndida aparece...

Es la leyenda, la leyenda santa
que envuelta en bruma de átomos dorados
con un niño en los brazos se adelanta.

Viene de esos paisajes encantados
donde nacen al rayo de la luna
los lirios de los sueños azulados

y aquellas mariposas, sin ninguna
mancha en sus alas de color de nieve,
que vemos revolar sobre la cuna.

Su plateada túnica se mueve
brillando. De sus ojos adormidos
la tibia luz de los recuerdos llueve.

Hay en su voz cadencias y sonidos
de templado laúd; vibran en ella
cantares en la tierra no aprendidos.

Sobre su frente cándida, la estrella
que vieron los tres reyes orientales,
como diamante colosal destella.

Sostiene con sus brazos inmortales
hermoso niño envuelto en linos rudos.
Suenan lejanos coros celestiales,

y vestidos de luz, de asombro mudos,
los ángeles descienden sonriendo
á besar de Jesús los pies desnudos...

¡Noche Buena! Tu nombre ya comprendo;
pero á la vez que del hogar asciende
la roja llama y el gozoso estruendo,

fuera de allí la oscuridad extiende
su crespón, y gemido prolongado
de las hondas tinieblas se desprende.

¡Noche sin horizontes! ¡Desgraciado
del que en ella su hogar busque rendido
y lo encuentre desierto y apagado!...

Y pienso en ti.
Quien nunca lo ha tenido
ni espera ya tenerlo, entonces piensa
en aquel que lo tuvo y lo ha perdido.

No haré á tu corazón la grave ofensa
de creer que el silencio sus heridas
cierre ni endulce su amargura inmensa.

¿Por qué ocultar memorias bendecidas?
El silencio la sangre no restaña.
¿De qué sirve callar si tú no olvidas?...

Como el hierro que llevas en la entraña
sentirás esta noche más profundo,
mi pensamiento vuela y te acompaña.

El huésped que á tu hogar, meditabundo,
llega y tu mano con lealtad oprime,
algo aprendió de lo que enseña el Mundo.

Háblame de ellos, Alejandro, dime
con qué nueva memoria en este instante
nuevo dardo el dolor contra tí esgrime.

Háblame de ellos: de la esposa amante
que, desahuciada, en postración sombría,
rezaba por el hijo ya espirante.

Di cómo, al separarlos, sonreía
la pobre madre al que llevó en su seno,
por no hacer más penosa su agonía

al hijo de tu amor, á tu ángel bueno,
al que heredó tu corazón, poeta,
de tantos nobles entusiasmos lleno.

Dime qué filtro, vigoroso atleta,
te dió fuerzas en lucha sobrehumana
tan desigual, tan larga y tan secreta:

tus inútiles ruegos á la vana
ciencia del hombre; tu profundo espanto
viendo siempre la muerte tan cercana;

viendo sufrir á los que amabas tanto,
á aquellos dos pedazos de ti mismo,
sin que á tus ojos asomara el llanto...

¡Ver la muerte venir!... ¡No hallar abismo
donde ocultarlos!... ¡Y mentir risueño!...
Cuéntame su tormento y tu heroismo.

¡Ay! ¡Cuán estéril tu tenaz empeño!...
El sueño hermoso del precoz artista
es ya cruel interminable sueño.

Regó tu llanto su primer conquista,
y el lienzo en que su espíritu fulgura
vela un crespón que el ánimo contrista.

El premio codiciado con locura
llegó tarde... lo adorna negro lazo...
¡Ya gozaba otro premio su alma pura!..

Sólo estás, Alejandro. Breve plazo
la mártir esperó: viva impaciencia
unió sus almas en eterno abrazo.

La tuya quedó sola. Tu existencia
en ese hogar desierto se consume
sin que al dolor opongas resistencia.

Del reducido espacio, que resume
para ti el universo, en el ambiente
conservan tus reliquias su perfume.

A todo lo demás indiferente,
sin pensar á qué playas te avecina,
te dejas arrastrar por la corriente.

Así avanzando vas. Así camina,
si alejada del bando bullicioso
se pierde solitaria golondrina:

llevada por el viento impetuoso,
gira al azar y entre la niebla flota
sin rumbo, ni esperanza, ni reposo...

Sin esperanza, no; que no se agota
jamás; la yedra, derribado el muro,
de los escombros polvorientos brota,

Tú crees, tú esperas; en el fondo oscuro
de toda adversidad halla el cristiano
rayo de luz inextinguible y puro.

No busques en los libros, será en vano,
la razón del dolor: ciencia ignorante
rompe al medirlo el corazón humano.

Oye la voz del tuyo que, incesante,
con la misma elocuencia de la pena
te hablará de un mañana no distante.

La duda lleva al alma que envenena
frío mortal: la tuya necesita
calor, dulce calor de fe serena;

calor que irradia de la Cruz bendita,
y hace arder el incienso y escondido
en la sencilla tradición palpita:

él inspira ese acento que á tu oído
llega esta noche y á tu puerta canta;
ábrele ya tu pecho entristecido...

Es la leyenda, la leyenda santa,
que envuelta en bruma de átomos dorados
á tu hogar solitario se adelanta...

Viene de unos países encantados
donde son realidad que siempre dura
los sueños en la tierra comenzados,

donde no se marchita la hermosura
ni la ilusión en humo se deshace,
donde en gloria el dolor se transfigura.

Sólo allí todo afán se satisface,
penetrando el por qué de la existencia
y de los hechos el oculto enlace.

Allí asombrada ve la inteligencia
arder el universo á los fulgores
de un amor que fecunda toda esencia;

en el que laten todos los amores
como todas las notas en la lira,
como en la llama todos los colores.

Amor que en vano á comprender aspira
el alma si rechaza el sufrimiento
y en egoista ceguedad delira,

sin ver que es el dolor merecimiento,
necesario crisol, alta enseñanza,
y que no cabe palma sin tormento.

Adherido á la tierra el hombre avanza:
sin el dolor, revelación gloriosa,
¿quién su destino á comprender alcanza?

Por eso allí bendicen de la rosa
las espinas, el llanto que se vierte,
y el hondo cáliz que de hiel rebosa,

las ciegas veleidades de la suerte
y el beso que nos dan labios de hielo
en la oscura antesala de la muerte.

Bendícelos también: pronto ese cielo
se rasgará que oculta á los que amas:
allí están: ellos ven tu desconsuelo

y te llaman también cuando los llamas:
ellos quieren también lo que tú quieres
y las lágrimas cuentan que derramas.

Corto es el plazo ya: si débil eres
en esa dura continuada guerra,
piensa que ellos te ven, no desesperes.

No pidas más, á la razón que yerra,
contra el dolor inútiles escudos:
oye á tu corazón, el libro cierra,

y de ese niño envuelto en linos rudos
besa los piés desnudos
que en busca del dolor cruzan la tierra.

ÚLTIMA SONATA

Oh corazón, quizás la postrer hoja
doblando estás del libro de tu vida;
pero canta, la estrofa interrumpida
en más alta región continuará.

(Del libro «*De los quince á los treinta*».)

El cilindro rueda torpe y soñoliento:
cada vez más lento,
las pausadas notas retardando va.
Ya la moribunda sonata semeja
rumor que se aleja
y se va perdiendo... y enmudece ya.

El cantar alado, como el ave al nido,
de volar rendido,
á la caja vuelve que le vió partir.
Ya su voz apaga sueño misterioso,
oscuro reposo
que el aplauso nunca llega á interrumpir.

Pero poco importa si logró un instante,
como brisa errante
que el aroma trajo de lejana flor,
traer en sus alas de limpios colores
lejanos fulgores
de esperanza noble... ¿Qué gloria mayor?...

Si las breves notas que en la caja duermen,
á su paso el gérmen
de aquella esperanza lograron sembrar,
flotará en las almas rastro melodioso
cuando silencioso
plegue ya sus alas humilde cantar.

Como inútil mueble torna ya al olvido
la sencilla caja; reposa en su nido
con tranquilo sueño la vieja canción.
Pero en el silencio, dulce canto suena...
Es la voz serena
conque la esperanza mece al corazón..

ÍNDICE

	Págs
Dedicatoria	5
Preludio	7
Aguafuerte	11
De paso	17
Tenacidad	21
El convidado de piedra	23
Tristitia rerum	29
¡Sueña!	33
El retrato	35
Memento	43
Esperanza	47
La rueca	49
Mariposas blancas	55
Mi único enemigo	59
Vidriera	61
Va de cuento	69
Silencio	75
Busqué del pobre niño sordo-mudo etc.	77
Al Maestro Balart	81
Consejo	89
Morfina	91
Besos perdidos	99
Duelo interrumpido	103

Págs.

Los juguetes de la abuela..... 105
Entierro..... 115
Prudencia..... 119
Ante la esfinge..... 121
Ultimo presente..... 123
Superstición..... 125
La canción de las llamas..... 127
Para una kermesse..... 131
Jurar en vano..... 135
La hoja de rosa..... 137
El secreto..... 141
Oración..... 145
El testamento de Friné..... 147
El adiós de la Leyenda..... 155
A Calderón (alabado por Pedancio.)..... 161
Sorpresa..... 163
Non est hic..... 165
El lirio blanco..... 169
Clemencia..... 171
Mi lazarillo..... 173
Para siempre..... 177
La parábola del sembrador..... 183
Perlas..... 191
Náufragos..... 193
La estatua caída..... 199
Bondad..... 209
A Alejandro (carta íntima)..... 211
Ultima sonata..... 223

R

CONSTANTINO GIL

CANTOS

DE

UN MUDO

Constantino Gil

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1882

Esta obra es propiedad de su Autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL LECTOR

AQUELLA antigua copla que comienza diciendo:

A la puerta de un sordo
Cantaba un mudo,

viene y encaja aquí como anillo al dedo; porque quiero que sepas, lector amabilísimo, si es que ya no lo sabes, que la mayor parte de estos volúmenes que se dan á la estampa, bajo del nombre y lema de poesías, vienen á ser como cantos de mudo, que no se oyen, y mucho menos, si el poeta ó mudo cantador los imprime con el objeto y presupuesto de que los oiga y compre ese caprichoso sordillo que se llama el público.

Y digo todo esto, porque es cosa sabida que en esta edad y era del progreso y la civilización, antes logran favor y beneplácito las obras prosaicas, es decir, las escritas en prosa, que las líricas y meramente poéticas.

Con todo yo quiero hacer una declaración, para que no se me tache y califique de injusto: y es que si las tales obras de poesía llevaren, como salvoconducto, el nombre de alguno, ó algunos, de los pocos y ciertos poetas que ahora se usan, en ese caso la indiferencia del público se trueca y convierte en admiración y aplauso; y bien pronto las obras de esos ingenios felicísimos andan en trato y comunicación con todo el mundo; de suerte que los príncipes y grandes señores las cobijan en sus bibliotecas; las damas las traen de continuo en sus preciosas manos; la turba estudiantil las recita en los claustros de las universidades y academias; el soldado divierte con ellas los ocios del campamento, y hasta los niños las deletrean y aprenden por ellas la hermosa lengua que se habla en esta tierra de España.

Pero yo, pecador de mí, que con ser tan

aficionado de las musas, que si ellas me visitaran con tanta frecuencia como yo las solícito, no echaría de menos fiesta ni diversión alguna, tengo que confesar, rendido por el abandono en que esas buenas damas me tienen, que no espero, ni jamás esperé para mis pobres coplas, el galardón y premio que las verdaderas poesías alcanzan.

Por eso, considerando que las que, reunidas en este libro, salen hoy á la calle, carecen de todas esas buenas partes con que yo hubiera querido poder dotarlas, me ha parecido oportuno poner al frente de ellas, el título de CANTOS DE UN MUDO, que, ó yo me equivoco mucho, ó es significativo de la poca alteza de mi voz, de su desapacible sonido y de tantas otras debilidades y resonancias, como advertirás, ¡oh lector benévolo!, si tienes valor para entrarte por estas páginas con todos los sentidos y potencias al descubierto.

Así, pues, yo me encomiendo de todo corazón á tu amabilidad y mansedumbre; rogándote perdones mis muchos desaciertos en gracia de la intención, que siempre pongo la mejor y más honrada, para no enfadar á

quienes me favorecen con su curiosidad y paciencia.

Y con esto, ya más aliviado del peso de ciertos temores y sobresaltos que siempre cargan mi conciencia, cuando doy algún libro á la estampa, adiós; que *Él* te guíe, y á mí no me abandone su misericordia.

Á MI PLUMA

—

Sin mí, que te hago escribir,
Olvidada vivirías;
Y sin ti, mis armonías
No podrían existir.

Por alcanzar un laurel
Que, allá lejos divisamos,
Hoy al mundo nos lanzamos
Unidos por un papel.

Puesta la esperanza en Dios,
Tras una sombra galana
Los dos corremos: mañana...
¿Qué quedará de los dos?...

DEBILIDADES

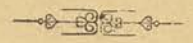
—

Yo confieso, Señor, que es gran pecado
Este de amar el fruto prohibido;
Pero tú sabes bien que no he cedido
Sino al caer sin fuerzas y hechizado.

Tú, que mi corazón habrás mirado,
Podrás haberlo visto arrepentido;
Yo no pequé, Señor; perdí el sentido,
Y al cobrar la razón me vi manchado.

Flaca es la pobre carne que me diste;
Torpe el alma también, pues no refrena
Al bruto que por cárcel le pusiste.

Débil lazo á las dos las encadena;
Todo es débil, Señor; si así lo hiciste,
¿Cómo vas á imponer fuerte la pena?



LOS DOS CIELOS

—

Cuando Dios creó el amor,
Qué alegre debió quedar,
Al ver que nada mejor
Se podía ya inventar.

Mas cuando el cielo labró
Sobre todo el firmamento,
También me figuro yo
Que quedaría contento.

Obras notables las dos.
Que cielo y amor son cosas
De todas las que hizo Dios,
Sin duda, las más hermosas.

Porque el amor, en rigor,
La clave del mundo encierra,

Viniendo á ser el amor
Como el cielo de la tierra.

Así como en el anhelo
De gozar vida mejor,
Imaginamos el cielo
Como una tierra de amor.

Sin tasa, pues, ni medida
Dios nos ha dado la suerte,
Con un cielo de por vida
Y otro cielo tras la muerte.

Hermosos cielos los dos,
Que hacen eterno el placer,
Si no nos dijera Dios
Que es necesario escoger.

Así, mujer seductora,
Que á tu dueño me prefieres,
Fuerza es que digas ahora
Cuál es el cielo que quieres.

Aquí es breve, pero cierto;
Allí eterno, mas dudoso;
En aquél me hallarás yerto;
En éste, ardiente y brioso.

Mi cuerpo y mi alma tendrás
Aquí, mas no tendrás calma;
Allí en calma gozarás,
Pero sólo de mi alma.

Así, mujer seductora,

Que á tu dueño me prefieres,
Fuerza es que digas ahora
Cuál es el cielo que quieres.

.....

Y ella, palpitante el seno,
Cayó en mis brazos, y dijo:
«¡Contigo, cualquiera es bueno;
El que tú elijas, elijo!»

LA CONFESIÓN

—

Por qué no te confiesas? dijo el cura.
Y el enfermo calló por vez tercera.
—Mira que Dios tu salvación espera,
Y como te confieses es segura.—

Hubo una breve pausa. La voz dura
Del sacerdote, se tornó ya fiera,
Y exclamó estremecido:—¡Considera
Qne el infierno va á ser tu sepultura!—

Se incorporó el enfermo poco á poco,
Y con acento entre iracundo y tierno,
Le dijo al capellán:—¡Padre, estoy loco!

Ella... murió en mis brazos este invierno.
No se pudo salvar... pues yo tampoco.
¡Quiero volver á verla en el infierno!

¡SIEMPRE!

—

No te aflijas, mi bien: si es imposible
Nuestra felicidad,
¡Todavía nos queda para amarnos
Toda una eternidad!

Un día, no lejano, moriremos;
Nuestros cuerpos caerán,
Y al volar nuestras almas por los mundos,
Las dos se buscarán.

Átomos de nosotros, de mil seres
Las formas tomarán:
Seremos mariposas y gusanos
Que se conocerán.

Y en lugar de decirme que me quieres
Con tu voz nada más,
Como tendrás entonces mil acentos,
Con mil me lo dirás.

Toda una eternidad, por esos mundos,
Nuestros cuerpos irán;
Pero aunque sean seres muy pequeños,
Todos se buscarán.

Compara un solo beso de tus labios
Con los que me darás,
Con esos labios mil, todos amantes,
Que para mí tendrás.

Por todas partes en donde haya vida,
Las nuestras correrán
Una en pos de otra, para darse abrazos
Que á la vez se darán.

Dondequiera que te halle, entre las nubes,
O en el fondo del mar,
Yo te diré en mi lengua:—¡Soy yo siempre.
Que te vengo á buscar!

ESFUERZOS VANOS

—

Tarde, muy tarde, por aciaga suerte,
Nos hallamos del mundo en la jornada;
Encadenado yo, tú encadenada,
Y entre ambos el deber, severo y fuerte.

Pretendo huir de ti para no verte,
Y por do quier te encuentra mi mirada;
Te alejas tú también amedrentada
Y tropiezas conmigo al esconderte.

¡Señor! Calma por fin nuestros antojos.
Tú que ves nuestro mutuo sufrimiento,
Inventa fortalezas y cerrojos.

Pero ¿quién va á poner impedimento
A estos continuos besos de los ojos,
Y al eterno pecar del pensamiento?

LA NIÑA Y EL POZO

Que está lleno de víboras! decías,
Aquel pozo tan fresco y cristalino,
Que mana, de tu pueblo en las umbrías,
Y al borde del camino.

Al ver su talle que gentil se mece,
Al admirar su rostro peregrino,
¡Quién dirá que la niña se parece
Al pozo del camino!

¡SOLEDAD!

—

Oh! ¡Qué hermoso es vivir! Corre la vida,
Y todo lo arrebata en su carrera;
Las mujeres se marchan con cualquiera,
Las verdades nos dejan en seguida.

De aquella santa madre no querida
Tanto como la pobre mereciera,
Corta el vital estambre parca fiera,
Y apenas causa llanto su partida.

Ya te hallas solo, corazón, conmigo.
Todos se fueron ya: ¡qué anchos estamos!
Pero aún tenemos pan, y luz, y abrigo.

¿Tú deseas más vida? Pues vivamos:
No temas que nos falte un buen amigo
Que nos olvide al punto que muramos.

Á UNA COQUETA

—

Dicen que los ojos son
Dos misteriosos balcones,
Donde nuestro corazón,
Al perder sus ilusiones,
Se asoma con aflicción.

Pronto los puedes cerrar;
Porque no debes tener,
Siendo tu oficio engañar,
Ni ilusiones que perder,
Ni corazón que asomar.

OLVIDO

—

Solo estoy; todos se han ido.
La mujer á quien amé,
El amigo más querido,
Y la esperanza y la fe.

La humanidad, á mi lado
Pasa alegre y sonriente.
¡Qué triste es vivir aislado
En medio de tanta gente!

Corre, vida, por mis venas,
Corre, pues es tu destino,
Que, empujada por mis penas,
Pronto andarás el camino.

Corre, corre hasta caer;
No tropezarán contigo
Ni el beso de una mujer,
Ni la mano de un amigo.

Todo es sombra, nada luz;
Así lo quiso la suerte;

Corre, corre con tu cruz,
Hasta que llegue la muerte.

Y entonces, ¡oh! con qué calma
Rodaremos á la fosa;
Y el alma, si existe un alma
Invisible y misteriosa,

También, ingrata, dejando
El cuerpo donde ha vivido,
Se irá á los cielos volando.
¡Olvido; siempre el olvido!

¡REZAD!

—

Dónde estás, alegría de mi alma?
Te busco por doquier en mi camino,
Como busca la sombra de la palma
En árido desierto el peregrino.

Mirando hacia delante nada veo.
Sigo la estrecha senda de la muerte,
Y cuanto más avanzo, menos creo
Que volveré otra vez á poseerte.

Miradas del amor; todas aquellas
Que en mi lozana juventud brillaron,
Lucen ya débilmente, como estrellas
Que entre sombrías nubes se ocultaron.

Cada paso que doy, atrás me dejo
Una hermosa ilusión, que se desprende
De mi cansado corazón ya viejo:
Asqueroso bazar que compra y vende.

Cerca el término está de la jornada;
Mas si todo concluye con la vida,

¿Por qué siento en la mente fatigada
Dulce rumor que alegra mi partida?

Voces amantes que escuché en el mundo
Parece que me llaman á su lado;
Y algo, del alma mía en lo profundo,
Que me habla del perdón y del pecado.

De invisible alborada los fulgores
Siento llegar hasta mi frente helada;
Y de otro mundo escucho los rumores
Que dicen que la muerte no es la nada.

La sencilla oración que oí en la cuna,
Dormida ha tiempo en mi cerebro loco,
Otra vez en mi mente, una por una,
Me traza sus palabras, poco á poco.

Y mi lengua, ya seca y pegajosa,
Por maravilla que á explicar no acierto,
Al volver á rezar, fresca y airosa,
Es carne viva de mi cuerpo muerto.

La muerte... ¿Qué es la muerte? Breve paso
Para soltar la carga de la vida;
Débil esfuerzo en que se rompe el vaso
Para que corra el agua detenida.

TÚ Y YO

—

Tú tienes flores y perlas,
Tú tienes galanes mil,
Que de tu amor girasoles,
Giran en torno de ti.

Yo vivo solo y sin gloria,
Me arrastro como el reptil,
Soy pobre, todos me pisan
Cuando marchan hacia ti.

Tú vives entre perfumes,
Yo vivo entre polvo vil.
Tú, para todos existes,
Yo, ¡tan sólo para ti!

MENTIRAS DULCES

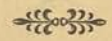
—

Con qué placer tan grande volvería
A engañarme otra vez, y dos, y ciento,
Escuchando el mentido juramento
Que de su falso amor ella me hacía!

Necia curiosidad llevóme un día
A destruir mi dicha en un momento.
¡Qué me importaba la verdad del cuento,
Si el oirlo contar me divertía!

Busque el sabio la ruta verdadera
Que sigue el hombre, cuando cae inerte
Bajo los golpes de la Parca fiera;

Yo no quiero pensar que eso es la muerte:
Y, mentira ó verdad, cuando me muera,
Aguardaré una voz que aún me despierte!



HABLANDO

—

Hablan las flores, El perfume suave
Que de sus frescos cálices se eleva,
Voz es que el hombre comprender no sabe,
Pero que el viento á su destino lleva.

La fuente se despide de la roca
Como de madre á quien debió la vida;
La burbuja al rodar abre la boca
Y pronuncia el ¡adiós! de la partida.

¡Al río voy! suspira el arroyuelo.
¡Voy á endulzar el mar! murmura el río.
Y el mar exclama, contemplando el cielo:
¡Este mundo que abrazo, todo es mío!

El planeta, al volar por la llanura
Donde viven lo eterno y lo infinito,
Sin saberlo la humana criatura,
Irá exhalando formidable grito.

Un Dios que está más alto todavía
Lanza, para mostrar su omnipotencia,

Voces que vienen por oculta vía
A resonar del hombre en la conciencia.

Que hablan las aves, nadie controvierte.
La dicha y el dolor son habladores:
Y hasta en el mismo seno de la muerte
Se levanta el gusano á hablar de amores.

Sólo tú, vida mía, estás callada.
Pero no; que tus labios encendidos,
Y el ardiente fulgor de tu mirada,
Hablan continuamente á mis sentidos!

EL PRIMER BESO

Aún vives como ayer en mi memoria,
Momento el más dichoso de mi vida.
Sonó como una nota desprendida
De los divinos cantos de la gloria.

¡Qué temblor al llegar! ¡qué vanagloria
Al ver aquella fresa enrojecida,
Por el vano placer de ser cogida,
Erguirse para darme la victoria!

Hoy no eres más que fugitiva idea,
Feliz momento que pagué con llanto,
Y al evocarte mi alma se recrea.

No, no tuvo el segundo tal encanto.
Por hermoso, Señor, que el cielo sea,
Después de verlo ya, no será tanto.

A... UNA DE TANTAS

Se quejas ¡oh mujer! de la fortuna,
Cuando eres tan feliz
Que puedes adorar al mismo tiempo
Á mi rival y á mí.

¡Ah! no seas ingrata. Si es que aún rezas,
Da mil gracias á Dios,
Porque te dió unos labios, en que hay besos
Siempre para los dos.

Si un amor es la gloria de una vida,
Y tú puedes querer
Á mi rival y á mí con igual fuerza,
¡Quién como tú, mujer!

Corazón que se llena como el mío
Con un amor no más,
Es pobre corazón. Dos guarda el tuyo:
¡Qué dichoso será!

¡Lástima que en tus brazos no haya sitio
Para él y para mí!
¿Verdad que, á ser posible, al mismo tiempo
Nos tendrías allí?

¡Y aún te calumnia el mundo! Poco sabe,
El que lo haga, de amor.
Si Dios manda querer á quien nos quiera,
¡Á cuantos más, mejor!

LA PRIMERA CANA

Hilo de plata que en mi frente brilla
Dando al negro cabello voz de alerta:
Tú eres como pendón de descubierta
Que mi galante fortaleza humilla.

Vienes á ser la letra bastardilla,
Con que una juventud marchita y yerta
Escribe su epitafio, ante la puerta
Donde el Amor, cansado, se arrodilla.

Mañana acaso llamará Cupido
En este corazón, ya condenado
Á vivir en la sombra y el olvido;

Y á todas horas lo hallará postrado.
¡Qué martirio más grande el del tullido,
Si nunca, allá en su mente, está parado!

MADRIGAL

Fe en la amistad y en el amor tenía.
¡Oh! ¡Qué dichoso fuí cuando creía!
Hoy beso el labio que me canta amores,
Cojo la mano del novel amigo,
Sintiendo de la duda los temores,
Pues sólo encuentro la verdad conmigo.
¡Mentira y vanidad es cuanto toco!
El sol no sube al horizonte nunca.
La tierra es la que baja poco á poco,
Y en ese juego la verdad se trunca.
Lo de arriba no es cielo; es el vacío:
El abajo no existe; todo es nada:
Y va en ese constante desvarío
La pobre humanidad, siempre engañada.
Flor que se coge, pronto se deshoja;
La ilusión del ayer el hoy la arranca;
Esa lumbre del sol que vemos roja,
La mira un sabio y la recoge blanca.
¡Todo es mentira y vanidad! Por eso
No pienses, alma mía, en tu destino;
Tú eres de la materia un pobre preso
Que sueña con tener algo divino.

Si es verdad ó mentira, ¿qué te importa?
La duda es breve, la prisión es corta.
Cantemos, pues, mientras el pecho aliente,
Como canta el jilguero en la espesura,
Siempre con voz que suene alegremente,
Aunque lleve en su seno la amargura.
Cuando puedas labrar como él un nido,
Cuélgalo pronto de cualquiera rama,
Y si pasa el Amor, aunque fingido,
Dale mil besos mientras diga que ama.

.....

—

QUÉ martirio más grande
Es no poder mirarnos,
Para que nadie sepa
Lo que los dos pensamos!
¡Qué suplicio no vernos!
¡Qué tortura no hablarnos!
Y en calles y en salones,
En parques y teatros,
Pasar indiferentes
Como estatuas de mármol.

¡Oh! ¡Si supiese el mundo
Que nos prohibe amarnos,
Esta callada lucha
En la que batallamos,
Tal vez se condoliera
Al vernos sufrir tanto!

Mas cuando algunas veces,
La vida despreciando,
Una mirada rápida

Entre los dos cruzamos,
¡Oh! ¡Si supiera el mundo
Qué de besos y abrazos,
Qué de locas caricias
En ella nos mandamos,
Qué envidia nos tendría,
Al vernos gozar tanto!

MISTERIOS

—

SALTA la sangre por la oculta vena,
Llevando al corazón y al pensamiento,
Lo mismo alegre nota de contento
Que sombrío mensaje de una pena.

Corre, si va dichosa, tan serena,
Que embriaga su dulce movimiento;
Mas si la empuja amargo sentimiento,
Todo por donde pasa lo envenena.

La misma gota que el amor enciende,
La duda apaga y el terror enfría;
Hielo y calor de que la dicha pende.

Y en tanto, allá en su trono, el alma mía,
Ó no puede evitarlo, ó no me entiende,
Ó desprecia mi llanto y mi alegría.

HOMBRES Y NIÑOS

—

Casi todos los niños
Que están durmiendo,
Parece que se ríen
Allá entre sueños.
Pero, se observa,
Que casi todos lloran
Cuando despiertan.

Sueños, las ilusiones
Son en la vida;
Y mientras las tenemos,
Tenemos risa.
Pero, al perderlas,
Lloramos como niños
Que se despiertan.

CADENA DE AMOR

—

Nos vimos una vez, y dulcemente
Tu mirada y la mía se juntaron:
Yo no sé quién estaba en el ambiente;
Más sé que las ataron.

Te fuiste; y al mirar cómo partías,
Sentí que de los ojos me llevaban.
Tú, volviendo los tuyos, me decías
Que también te tiraban.

El placer, ó el dolor, como alma en pena,
Me llevaron volando junto á ti.
Como ya no tiraba la cadena,
¡Qué alegría sentí!

Yo no sé si es ventura ó es desdicha
Llevar esta cadena del amor.
Somos dos presidiarios de la dicha.
¡No tires, por favor!

NOTAS ÍNTIMAS

—

Pude matarlos, pero no he querido.
Oí el rumor de sus caricias locas.
Vacilé, y no subí. Se hubieran ido
Juntos los dos, sin despegar sus bocas.
Así, cualquiera noche
De baile ó beneficio,
Ella le olvidará... por ir en coche.
¡Olvidar es su oficio!

Si se piensa después que uno se muere,
Y pienso como ahora
Que ella ya no me quiere,
¡Ay! ¡Qué horrible será la primer hora!
Pero si no se piensa,
Si todo acaba con la muerte fría,
¡Qué dicha tan inmensa
La que voy á gozar en aquel día!

Cuando todos te escupan, cuando llegue
El día en que el verdugo te reclame,
Ven, y no temas nunca que te entregue;
¡Ven, para que te ame!

Caerán las hojas; llegará el invierno:
Tendrás frío en el cuerpo y en el alma:
Buscarás un amor tranquilo y tierno
Que te ofrezca alegría y te dé calma...
Tal vez cruce tu mente
Este nombre que tanto has pronunciado;
Tal vez me llames, y... probablemente,
Ya me habrán enterrado.

LOS CELOS

—

Yo te adoro! Una noche
Dije dormido:
Y desperté celoso
De haberme oído.
¡Porque pensaba
Que alguno te decía
Que te adoraba!

SPES

—

ESPERANZA bendita,
Por pequeña que seas y remota,
Ven á mi corazón, y en él habita.
Tu acento peregrino
Es en la vida humana dulce nota
Que alegra las tristezas del camino.
Sin ti, al mirar el fondo
De este misterio donde mi alma escondo,
Sólo encuentro la nada del vacío:
Cansancio y soledad; y algo muy hondo
Por donde cae el pensamiento mío.
La duda es el invierno de las almas;
En cuanto llegas tú, todo se muda;
Todo florece, y mis dolores calmas,
Porque eres el deshielo de la duda.

A BHETY [1]

—

IGUAL que yo me moriré mañana,
Viejo, olvidado, débil y rendido,
Igual has muerto tú. La raza humana

Vino á rodar adonde tú has venido;
Y al dar el primer grito el primer día,
No fué mayor que el tuyo su gemido,

Ni mayor que la tuya su alegría.
El tiempo destruyó todo el misterio
Que ayer aún te animaba y te movía.

Ese impulso que lleva al hombre serio,
Lo mismo que al infante bullicioso,
Del maternal regazo al cementerio.

1 Magnífica perra de Terranova, de la propiedad de doña Josefa Palma de Romea.

Y allí, siempre enemigo del reposo,
Se mueve, y se trasforma, y se levanta
Con el gusano torpe y venenoso.

¿Qué fuerza es esa que en el ave canta,
Dentro del pecho de la virgen llora
Y en la tronante tempestad espanta;

Esa que de mi amada me enamora;
Esa que un día te lanzó á la tierra
Y con su polvo te confunde ahora?

¡Nadie lo sabe! La ignorancia aterra
Conque el necio y el sabio van llevando
Ese misterio que la vida encierra.

Pero, no sé á qué estoy filosofando:
Ya dejaste de ser; lo hemos sentido,
Y no hemos de vivir siempre llorando.

Yo también cuando muera iré al olvido:
Allí me dejarán llenos de luto
Todos aquellos seres que he querido.

Alguno, acaso, pagará tributo
De suspiros y lágrimas; y luego....
Luego ya nada; nada, como al bruto.

Pero tú, más feliz, hallas sosiego;
Dicen que al fin descansas; mas yo, triste,
A nuevos arrebatos aún me entrego.

La carne vil al ocio se resiste,
Y el espíritu surca lo infinito,
En busca del dolor, que siempre existe.

¿A dónde? ¿En quién levantará su grito?
¿Qué nuevo ser se agitará mañana
Con este mismo impulso que me agito?

¿Caerá en la fosa la materia vana,
Y oiré al mismo tiempo de mi aldea
Doblar por mí la funeral campana?

¿Será posible que mi tumba vea,
Sintiendo que aún en mí, más no sé dónde,
Arde constante el fuego de la idea?

¿Sabré el problema que la vida esconde?
¿Contemplaré por fin y frente á frente
Ese sér que á mi sér llama y responde?

La hermosa imagen que grabó en mi mente
Débil rayo de sol del mes de Enero,
¿La veré todavía claramente?

¿Querré también lo mismo que ahora quiero?
¿O rodará mi amor, ante la fría
Paleta del feroz sepulturero?

Lejos, muy lejos va mi fantasía;
Pero no sé qué voz me grita fuerte,
Que aún iré yo más lejos todavía.

Tú en cambio, Bhety, al desplomarte inerte
Dejando atrás tus dichas y aflicciones,
Hallas la dulce calma de la muerte.

La razón no te daba sus razones;
Y por eso más libre latiría
Tú corazón, que nuestros corazones.

Menos triste habrá sido tu agonía;
Más necio tu dolor, y, por lo tanto,
Más tranquila tu muerte que la mía.

Mañana... ¿Quién lo sabe?... Yo me espanto..
¿Quién sabe si mi sueño más querido
Vendrá á turbar tu melodioso canto?

¡Tal vez vaya tu aliento en el gemido
De tortolilla amante y pudorosa!
Tal vez seas capullo enrojecido!

¡Tal vez, pequeña y blanca mariposa!
Y yo... ¡Dios mío! ¿Qué seré mañana?
¡Ah! ¡Mañana!... lo que hoy; cualquiera cosa;
Átomo de una eterna caravana.

¡SIN PENSAMIENTO!

—

Un pensamiento tenía,
Que en aquel tiempo dichoso
En que tu amor poseía,
Sobre mi pecho ardoroso
Colocaste cierto día.

Hoy me arrebatas la flor;
Y es tan grande tu rigor,
Que, sin oir mi lamento,
Al dejarme sin amor,
Me dejas sin pensamiento.

Á UNA ENLUTADA

—

Te vi una tarde cuando el sol moría.
A mi lado pasaste;
Y sin querer, acaso, con la mía
Tu mirada enlazaste.
¡Por qué nos encontramos aquel día!
Ibas triste: también en mi cabeza
Lloraba el pensamiento:
Pero al mirar la tuya, mi tristeza
Se sonrió un momento,
Para verte pasar sin aspereza.
Yo no sé qué sentí: tú habrás oído
Que, cuando Amor nos llama,
Tiene ya el corazón otro latido.
¡Que aquel con que se ama,
No es aquel con que siempre se ha vivido!
No sé, luz de mis ojos,
Lo que tú sentirías;
Pero sé que al mirarme sin enojos,
No rechazaste las miradas mías,
Preñadas de ilusiones y de antojos.
No pude más, hablé: me parecía
Que al escuchar tu voz, que adivinaba,
La reconocería:

Porque hace muchos años esperaba
Verte pasar, y al cabo te veía.
¡Tú habrás pensado en eso!...
Todos llevan, el necio como el sabio,
Un ideal amado hasta el exceso,
Al que el alma ó el labio
Le dan continuo, interminable beso.
Yo también he tenido
Mis sueños de oro; y al mirar tu cara,
Miréla estremecido,
Con el placer de aquel que se encontrara
Lo que adoró en el sueño más querido.
Pero tú, muda y fría,
Nada respondes á mi afán inmenso:
Y no llegará el día
Que, entre las nubes de amoroso incienso,
Se confunda tu alma con la mía.
Tal vez alguna tarde, cuando mires
Cómo se marcha el sol, acaso llores,
Al ver el ideal por que delires
Entre sus resplandores.
Y se irá como el sol, aunque suspires.
La vida es un misterio: despeñados
Corremos á la muerte.
¿Por qué hemos de pasar precipitados
Sin detenerme tú; sin detenerte;
Sin saber si venimos enviados?
¡Espérame! Mañana
Rodaremos en polvo por la tierra;
Y si es tu alma de la mía hermana,
¿Dónde hallarán la Gloria que aún encierra
Para nosotros la existencia humana?

DOS SEMILLAS

—

Dos semillas, agitadas
Por un céfiro suave,
Vagaban por el espacio
En una apacible tarde.

Cayó en un campo la una,
Y hoy es palmera gigante;
Otra cayó sobre un risco,
Y allí murió, y allí yace.

Mi corazón es el campo
En donde nació tu imagen;
Tu corazón es el risco
En donde la mía yace.

A UNA INGRATA

—

Te amo! me dijiste un día;
Y al oir tu dulce acento,
¡Ay de mí! me parecía
Que mi corazón quería
Hablar en aquel momento.

Tú me llegaste á olvidar;
Y hoy, cuando pretendo hacer
A mi corazón hablar,
¡Ni él acierta á responder,
Ni yo acierto á preguntar!

LAS ALMAS COJAS

—

Así como los cuerpos en el mundo
Se caen y se destrozan,
Y se ve juventud, aunque lozana,
Ya con las piernas rotas;

También en el camino de la vida,
Las almas más briosas
Caen, y se quiebran, como el pobre cuerpo
Donde calladas lloran.

Tristezas que se ven en muchos ojos,
Siempre llenos de sombra,
¿Qué son sino los ayes y dolores
De muchas almas cojas?

A PARTIR UN PIÑÓN

—

Con tus labios inocentes
Medio piñón sujetabas,
Y el otro medio tratabas
De ponerlo entre mis dientes.

Yo, con ademán travieso,
El medio piñón corté;
Pero, en cambio, te dejé
Entre los labios un beso.

No te vayas á reir
De lo que á decirte voy;
Pero, di: ¿No tienes hoy
Otro piñón que partir?

EL AGUA Y EL CAÑO

—

Agua, que oculta en la tierra
Vivirías ignorada;
Yo te recibo en mi seno,
Y por mí, fuente te llaman;
Yo te doy nombre; yo hago
Que cuando al mundo te lanzas,
Lances al mundo ese arrullo
Que sólo entienden las plantas.
Y tú que de mí recibes
Nombre, vida, voz y fama,
Apenas sales de mí,
De mí te alejas, ¡ingrata!

¡Ay! ¡Cuántas madres dirán
Lo que dijo el caño al agua!

EN TU ÁLBUM

—

Cómo serán los ángeles? Un día
Ocurrióme decir;
Te vi después, y desde aquel instante
Cesé de discurrir!

¡ELLA!...

—

MELODÍA PARA RECITARLA AL PIANO

Pajarillo que vas por el aire
Cantando una trova;
Ve á la reja de aquella muchacha
Que vi en la verbena, tan sola, tan sola!...

¡Cefirillo que vas por la vega
Buscando perfumes;
Ve á la reja de aquella muchacha
Que tiene los ojos azules, azules!...

¡Nubecilla que subes al cielo
Cargada de perlas;
Ve á la reja de aquella muchacha,
Que tiene la boca pequeña, pequeña!...

¡Suspirillo que vas por el mundo
En busca de otro;
Ve á la reja de aquella muchacha
Que tiene los labios tan rojos, tan rojos!...

¡Id á verla callando, callando,
Que nadie lo sepa;
Y decidle á la vez y al oído,
Que voy á morirme por ella, por ella!

COPLAS LLORONAS

—

Por qué te marchas, placer
Cuando acabas de llegar?
¡Oh! vida: ¿por qué has de ser
Tan corta para querer?
¡Tan larga para llorar!

Boca hermosa y sonriente
Que haces en la mía presa,
¿Por qué juntas igualmente
Labio con labio que besa,
Labio con labio que miente?

Junto á la espina la flor;
La tempestad junto al cielo;
Y en un espacio menor,
La fe que es toda calor,
Y la duda toda hielo.

¡Qué alegre brota la fuente!
¡Qué contenta se derrumba
A morir en el torrente!
¡Y el hombre, qué alegremente
Va corriendo hasta la tumba!

NO

—

Cual la verde enredadera
Que tienes en tu balcón,
Vivir en tu corazón
Eternamente quisiera.

¡Cuán dichoso viviría
Allá en tu pecho escondido,
Contando cada latido
Con frenética alegría!

Pero no: que si latiera
Una vez sola por mí;
De felicidad allí,
Allí mismo me muriera.

AYER Y HOY

—

AYER, de tu garganta nacarada
Verde corona suspendí, de flores:
Y ayer, tu dulce, tu primer mirada,
Abrió en mi pecho manantial de amores.

Hoy, del vicio en los brazos tentadores,
Vágas errante, sola y despreciada;
Lanzando á la virtud y sus cantores
Lasciva y estridente carcajada.

Ayer, no tuvo precio tu hermosura;
Y hoy de mercado vil flor asquerosa,
Quieres vender postiza galanura:

Ayer era tu amor joya preciosa;
Y hoy es tan sólo mercancía impura:
¡Ayer eras mujer, hoy eres cosa!

Á UN LUNAR

—

TIENES un hoyo en la barba,
Tan sonrosado y tan lindo,
Que puede hacerme feliz
O puede quitarme el juicio.

Cuando tus labios se agitan,
Se aumenta el hoyo maldito,
Y á veces ¡ay! me parece
Que parece un precipicio.

Dicen que el abismo atrae,
Y es mucha verdad el dicho;
Porque me atrae hacia ti
Ese delicioso abismo.

¡Deja que apoye mis labios
Sobre sus bordes divinos;
O toma mi corazón,
Y entiérralo en ese nicho!

LA FLOR Y EL ROCÍO

—

SOBRE una flor, sonrosada
Como tus labios, bien mío,
Una noche embalsamada,
Fué á posarse fatigada
Una gota de rocío.

Tembló la flor, admirando
Su brillante compañera;
Y de placer suspirando,
Plegó sus hojas, dejando
A la gota prisionera.

La noche, son mis temores;
Mi alma, la gota sencilla
Que pena por tus amores;
Y tú eres la florecilla
Que me brinda sus olores.

¡Ay! si en noche silenciosa
Me acerco, pidiendo calma
Para mi afán, niña hermosa;
Y me cautivas el alma
Como al rocío la rosa!

LA VUELTA DEL SOLDADO

—

Un tiestecito de albahaca
Te dió, en prueba de cariño,
Para que en su amor pensases
Al regar el tiestecico.

Partió una noche del pueblo
A servir al rey invicto,
Y cuando ¡adiós! te decía,
Regabas el tiestecico.

Seis años al rey sirvió,
Seis años, tan maldecidos,
Que contó todos sus días
Por lágrimas y suspiros.

Una mañanica hermosa
Del mes de Mayo florido,
Volvía al pueblo, cantando
Romances de amor, el quinto.

Mas ¡ay! miró á tu ventana,
Y suspiró el pobrecillo;
Que en ella tan sólo había
¡Pedazos del tiestecico!

LA CHISPA Y EL VIENTO

—

Cayó una chispa en la casa;
Viento del Norte sopló,
La chispa tornóse brasa,
Y la casa se quemó.

Mal hizo la chispa, á fe,
En sentarse á descansar
Sobre la casa, porque
Con fuego no hay que jugar.

Pero también debió el viento
Ver dónde la chispa estaba,
Y no soplar violento,
O mirar dónde soplaba:

Que la chíspa, en el tejado,
Sola, aburrida y cansada,
Al fin se hubiera apagado
Y reducido á la nada.

Por eso el viento, á mi ver,
Fué delincuente al soplar,
Como, á veces, la mujer,
Es delincuente al mirar.

Así, no me eches á mí
La culpa de todo; pues
Si yo te he mirado á ti
Tú me miraste después.

Que, si me das al olvido,
En vez de haberme mirado,
Nada habría sucedido
De todo lo que ha pasado.

LOS TESOROS

—

Lo pienso á veces, y mi sangre irrita
Esta casualidad, siempre ocupada
En ponernos tan cerca y tan callada
Tanta felicidad que se marchita.

Al pie de cada pobre que tirita,
¡Cuánto tesoro oculto á la mirada!
¡Cuánta pobre mujer enamorada,
Sin saberlo el galán por quien palpita!

Ese será tal vez nuestro destino;
Caminar con tan loca diligencia,
Que pisamos las flores del camino.

¡Correr continuamente, en la creencia
De hallar la dicha en el hogar vecino,
Y tenerla en la paz de la conciencia!

HISTORIA DE MUCHOS

—

Pobre Juan! Iba á la escuela
Como todos, cuando niño;
Y una mañana, jugando,
Le saltó un ojo *un amigo.*
Creció Juan, se enamoró
De una chica como un lirio,
Y ya, cuando iba á casarse,
El pobre Juan cayó quinto.
Se fué á la guerra, y volvió
En busca de aquel cachito
De gloria, que le escribía
Que le quería muchísimo.
Pero el pobre la encontró
Casada con *un amigo.*
¡Cómo ha de ser! dijo Juan;
Y buscando algún alivio
Para sus penas, se puso
A estudiar en muchos libros
Esas cosas que hacen sabios,
Y se hizo sabio Juanito.

Ya con su almacén de ciencia,
Se fué á la corte tranquilo,
Y en unas oposiciones
Hizo brillante ejercicio.
En la terna le pusieron
Los jueces el primer sitio;
Pero, ¡cosas de esta vida!
Dejaron al pobrecillo
Sin cátedra, porque tuvo
Más influencia *un amigo.*
¡Cómo ha de ser! dijo Juan;
Ese será mi destino.
Pasaron algunos meses,
Y una mañana de estío
Se enamoró de una niña
Que tenía buen palmito;
Y, como ella aseguraba,
Que le quería muchísimo,
Se casó con ella al cabo
De algún tiempo en amoríos.
Y vivieron muy felices
Unos dos años y pico,
Hasta que, al volver de un viaje
Que hizo á la corte Juanito
Para otras oposiciones,
Halló que se había ido
Una noche de su casa
Su mujer, con *un amigo.*
¡Cómo ha de ser! dijo Juan,
Que era su eterno estribillo,
Pero se puso muy triste,
Luego perdió el apetito,
Luego tuvo calentura,
Y después tuvo delirio.

Vino el médico del pueblo,
Que es hombre muy entendido,
Y á los tres ó cuatro días
De drogas y sinapismos,
El pobre Juan se quedó
Lo mismo que un pajarito.
Dicen que murió de pena;
Pero el que desee oirlo,
Sabrá por el boticario,
Que es un hombre sapientísimo,
Que murió, por recetarle
El arsénico sin tino,
El médico de la casa:
¡Amigo, también *amigo!*

FLORES MARCHITAS

—

Te di una flor, la besaste;
Luego estuvimos hablando,
Y eterno amor me juraste:
Y tú, sin querer, jugando
Con la flor, la deshojaste

Tal vez, al jurarme amor
Con tus labios seductores,
Harías en tu interior
Lo que con aquella flor,
Con la flor de mis amores.

LOS CHICOS DEL BARRIO

—

Cuando sale de casa
Mi dulce dueño,
Los chiquillos del barrio
La van siguiendo.
Y ella se vuelve,
Y á los más pequeñitos
Besa en la frente.

Las mujeres exclaman:
—¡Bendita seas!—
Y los ancianos dicen:
—¡Dios te proteja!—
Yo, suspirando,
Digo:—¡Quién se volviese
Chico del barrio!

LEY ETERNA

—

No suspires, mujer, que eso es bobada.
Amaste y te olvidaron; ten paciencia.
Pasamos muchos hombres la existencia
En amar y olvidar muy ocupada.

Ahora piensas que estás desesperada
Porque aspiras, tal vez, amarga esencia
Que despide la flor de tu inocencia,
Marchita allá en tu pecho, y sepultada.

¡Bah! No llores; de todo cuerpo muerto
Un nuevo ser se desarrolla y nace,
Según la gente docta ha descubierto.

Si hoy en tu corazón el Amor yace,
Espera sin llorar, porque es lo cierto
Que donde muere amor, amor renace.

EN UN ÁLBUM

—

La mujer es un ángel, ¡cuántas veces
Mi madre me decía:
Ámala cuanto puedas, hijo mío;
Y yo la obedecía.

Crecí, murió mi madre, y un fantasma
Mis sueños adormía.
Era puro, inocente, y de mi madre
Los besos me traía.

Latió mi corazón, hombre fué el niño,
Te vi, y el alma mía
Se estremeció al notar que aquel fantasma
Á ti se parecía!

LOS DOS

—

Los encontré y los quise:
¡Y los dos me engañaban!
Ella, la infiel, tenía
Todo el amor de mi alma.
Él, el ingrato, toda,
Toda mi confianza.
Yo, á los dos los quería,
Á los dos los amaba,
Porque, á querer se viene
Á este valle de lágrimas.
Yo no tenía padres
Casi desde la infancia;
Solo reía, y solo,
Solo también lloraba.
Los encontré y los quise:
¡Y los dos me engañaban!
¿Por qué?... Cuando me muera
Tal vez sepa la causa:
Si fué la falta mía,
Ó fué suya la falta.

Pero si entonces nadie
El misterio me aclara;
Si al deshacerse el hombre
El pensamiento acaba,
Y todo muere, y cae
Dentro de la mortaja...
¡Qué cosa más horrible
Es esta vida humana!

EL CÉFIRO

—

ESTABAS lejos, muy lejos;
Pero yo te divisaba,
Porque el sol te iluminaba
Con sus últimos reflejos.

Á un céfiro, que pasó
Volando, sobre mi frente,
Lo que sentía mi mente
Mi lengua le confió.

Poco después te miré,
Y tu boca sonreía:
¿Si el céfiro te diría
Lo que yo le revelé?

¡DIOS SABE!

—

Ave que dejas el nido
Y principias á volar,
Bajel que dejas el puerto
Y sobre las ondas vas,
Nube que surcas el aire
Al soplo del huracán,
Soldado que por la patria
Te marchas á pelear,
Corazón que me robaron,
¡Dios sabe si volverán!...

IDEAS SUELTAS

—

A la flor que me diste
Le di mil besos:
¡La marchité en un día
Sin conocerlo!

—

Al encender un fósforo
Pensé en la dicha:
¡Me distraje, y queméme
Con la cerilla!

—

El sol está en el aire,
También la tierra;
Si está en el aire todo,
¿Dónde hay firmeza?

—

¡Pobre flor del olvido,
Qué sola naces!
Cuanto menos te cuidan,
Más grandes te haces.

—

Nunca se van del pecho
Las esperanzas,
Que siempre hay rinconcitos
Para guardarlas.

—

Entre cuatro angelitos
Llevan al muerto.
¡Qué buena compañía
Para ir al cielo!

FATALIDAD

—

Se nace sin saber por qué se nace;
Se quiere sin saber por qué se quiere;
Se muere sin saber por qué se muere,
Y sin saber á dónde se renace.

Todo se hace no más porque se hace;
Y si alguna verdad el hombre adquiere,
Otra nueva verdad llega, y la hiere,
Y por absurda en el olvido yace.

Lanza la piedra horrendo cataclismo,
Y cae buscando de la tierra el centro;
Hoy lo mismo que ayer, siempre lo mismo.

Inútil es que impidan nuestro encuentro,
Porque á los dos nos llama hacia el abismo
Algo invisible que llevamos dentro.

A CELIA

—

Era una tarde de Mayo
Embalsamada y tranquila,
Y de tu pupila el rayo
Reflejaba en mi pupila.

—¿Qué es amor? me preguntaste
Con voz dulce y cariñosa;
Y tu mano deslizaste
En mi mano temblorosa.

Quise hablar; pero sentí
De tu mirada el ardor,
Y sólo dije... ¡ay de mí!
¿Amor?... ¡Tú eres el amor!

TRES NIÑAS

—

Tres niñas he visto ayer,
Y á las tres niñas adoro,
Y de las tres el amor
Al mismo tiempo ambiciono.

Una, contesta á mis ruegos
Con el silencio tan sólo;
Y las otras dos me miran,
Y nada dicen tampoco.

Una eres tú, y son las otras
¡Las dos niñas de tus ojos!

COPLAS

—

Que quieres unas coplas, me dijiste
Hace dos ó tres noches. ¿No te acuerdas?
Y en el terrible caso me pusiste
De manosear las cuerdas
De una lira estropeada,
Que tengo en un desván arrinconada.
Mas como tú lo quieres, la he buscado,
Y otra vez de sus cuerdas he tirado,
Pensando en ti; pensando, niña hermosa,
En aquella mañana
Süave y deleitosa,
En que te vi tan bella y tan galana.
Era en el mes de Mayo:
Dejaba el sol llegar á tus pupilas,
Para encenderlo más, su ardiente rayo:
De la menuda arena
Eran alfombra perfumadas lilas;
Lloraba el ruiseñor amante pena,
Entre el alegre bando
De tanto pajarillo
Como iba por los árboles saltando;
Y oculto en misterioso bosquecillo,

Yo veía á las aves y las flores,
Suspirando de envidia, hablar de amores.
¡Y estaba triste! Por la mente mía
Pasaban aquél día,
Rebozadas en nítidos cendales,
Mujeres celestiales;
Suelto el largo cabello por la espalda,
Mal recogida la flotante falda,
Y cuyos labios, frescos como rosas,
Aún iban encendidos por el roce
De palabras hermosas,
Que me hicieron soñar eterno goce
Al prometerme tantas, tantas cosas!...
¡Pero todas pasaban! Todas ellas
Iban en pos de nuevas aventuras.
¡Las mujeres aquellas,
Que yo adoré tan niñas y tan puras!
Al fin pasaste: de doncel gracioso
Te sostenía el brazo vigoroso;
Tú le mirabas, él se sonreía,
Tu seno palpitante levantaba
El pintado percal que le oprimía;
¡Y yo que te miraba,
De celos y de amor desfallecía!...
Hoy somos muy amigos, según dices,
Y á veces me figuro
Que podríamos ser los dos felices
Jurándonos amor... no: yo no juro.
¿Sabes por qué? Porque jamás olvido
Aquel mes encantado,
En que cuelgan los pájaros su nido,
En el que Febo aviva sus colores,
Y vierte sobre el prado
Una lluvia de perlas y de flores.

¿Sabes por qué? Porque, en mi pobre mente,
Te veo contemplando
Apasionadamente,
Aquel bello doncel que ibas mirando
Por las umbrosas calles del Retiro;
Á quien le diste tu primer suspiro;
Á quien nada decías
Cuando yo te miraba;
Pero te estremecías
Cuando su brazo sin querer rozaba
Aquel percal pintado,
Que tu pecho ardoroso levantaba
Con su fuerte golpear precipitado.
¡Ay, vida de mi vida!
Tú no puedes saber lo que yo siento
Haberte hallado para mí perdida.
Yo quisiera habitar tu pensamiento,
Brillar en tu mirada,
Ser la palabra que tu labio agita,
Encender tu mejilla nacarada,
Y ser ese misterio que palpita
En tu pecho de nieve,
Y que otro nombre que mi nombre mueve.
Adiós: ¿Querías versos? Poco valen;
Pero ahí te los mando según salen.

FUERZA Y MATERIA

Qué culpa tengo yo si no he sentido
Fuego en el corazón hasta mirarla!
¿Por qué no he de poder verla y amarla,
Aunque sea callado y escondido?

Pero si ella mi amor ha conocido
Y la casualidad me hace encontrarla,
Y ella me lo pregunta, ¿he de engañarla,
Y mentir, cuando á nadie le he mentido?

¡Yo no la buscaré; mas si la encuentro,
Siendo imposible ya que no delaten
Nuestros ojos el fuego que hay adentro,

Aunque Dios y los hombres nos maltraten,
Si buscamos los dos un mismo centro,
Nos juntaremos como no nos aten!

A MI ALMA

—

Soplo que mi mente inflamas,
Ser que en mi seno te agitas
Y que cual nadie me amas;
Dime, por Dios, dónde habitas,
O al menos, cómo te llamas.

Alma el vulgo te apellida;
En todo mi ser te siento
Palpitar, estremecida;
Y estremecido presiento
Que no es mi vida tu vida.

Tú mis pasiones enciendes,
Tú mis deseos comprendes,
Y tú juzgas mis acciones,
Y meces mis ilusiones,
Y mis caprichos defiendes.

Yo no veo más allá
De donde mi vista ve;
Mientras que la tuya va

Desde otro mundo que fué,
A otro mundo que será.

Yo, cuando descanso inerte,
Sin voz y sin movimiento,
Imagen soy de la muerte;
Y sin embargo, te siento
En mi cerebro moverte.

Dios para mí te creó,
Alma, que aliento me das,
Y en mi cuerpo te encerró;
¡Ay!; pero tú vivirás
Muchos más años que yo!

EN EL REVERSO DE UNA FOTOGRAFÍA

Quisiera que mi amor, niña del alma,
Fundiese el hielo que tu pecho encierra;
Y al lado mío, en ignorada tierra,
Gozases del amor la dulce calma.

Mas en mi loco afán, no he calculado
Que es imposible lo que tanto ansío;
¡Cómo has de estar, mi bien, al lado mío,
Cuando ahora mismo estás al otro lado!

¡ESPERANDO!

Nubecilla de polvo se levanta
En medio del camino;
Y la niña que espera, ríe y canta.

Sube hasta el cielo el polvo, luego gira,
Y luego desparece:
¡No viene! dice; y la infeliz suspira.

Otras nubes invaden el espacio,
Y la niña murmura
Llorando de impaciencia: ¡Ay, qué despacio!

El polvo se disipa; nadie avanza:
Está solo el camino.
¡Pobre niña! ¡Fué polvo su esperanza!

LOS TRES ELEMENTOS

—

Se vi tan bella, que mi pecho amante
Un suspiro exhaló:
Veloz despareciste, y al instante
Mi pecho suspiró.
Al ver tu faz de rosa, otra mañana,
Un suspiro lancé;
Mas no premiaste mi pasión, tirana,
Y otra vez suspiré.
Mis suspiros, aún más que tu desaire,
Vienen á demostrar que amor es aire.

Pasaron muchos meses, y abrasado
De amor me consumía:
Mi pecho, por tus ojos inflamado,
Cual tu mirada ardía.
Otra vez, tu figura seductora
Apareció ante mí;
Y una llama girar, devoradora,
En mi pecho sentí.
Entonces exclamé, de amores ciego:
Ya no debo dudar; amor es fuego.

Lágrimas de dolor, al ver mi suerte,
Empiezo á derramar;
Y soñando contigo y con la muerte,
No ceso de llorar.
Una noche, que el llanto no corría
Por mi mejilla ardiente,
Pasaste con tu novio, y me vió el día
Llorando amargamente.
Puesto que el llanto la pasión lo fragua,
¿Quién me podrá negar que amor es agua?

Y pues, según el cuento,
Es fuego, y agua, y viento,
Tiene el amor á la mujer querida,
Tres de los elementos de la vida.
Lógica consecuencia:
Sin amor, ¿es posible la existencia?

¡POBRE NIÑA!

—

DUERME! Su alma está enferma,
Y no cesa de gemir.
¡Por Dios, dejadla que duerma!
¡Por Dios, dejadla dormir!

Callad, callad. ¡Pobrecita!
¡Tan joven y tan sensible,
Y ya su pecho palpita
Por un amor imposible!...

Callad: sus labios de rosa
Acaba de desplegar:
¡Silencio, que ahora es dichosa!
¡Silencio, que va á soñar!

Luna, que desde el espacio
Melancólica luz viertes,
Ve despacio, muy despacio,
Para que no la despiertes.

Aves, que surcáis el viento
Cantando vuestros amores,

Enmudeced un momento
Y dormid sobre las flores.

Arroyos, que murmurando
Vais por la floresta umbría,
Id acallando, acallando,
Vuestra dulce canturía.

Callad: sus labios de rosa
Acaba de desplegar:
¡Silencio, que ahora es dichosa!
¡Por Dios, dejadla soñar!

EN EL CAMPO

—

Huertos embalsamados de la Rioja,
En vuestra verde grama yo me reclino;
En cada flor que se abre, y en cada hoja
Alza el Amor un canto que yo adivino;
Al quebrarse en la nube perlas arroja
El sol, que por los cielos va peregrino,
Mientras de sus cabellos la trenza floja,
Arrastra de la tierra por el camino.

La espiga se levanta cargada de oro;
La florecilla se abre vertiendo aroma;
Mirlos y ruiseñores cantan á coro,
Y destilando azúcar cuelga la poma.
Olvidado castillo, que fué del moro,
Alza su vieja torre sobre la loma,
Donde al dulce reclamo de amante lloro,
Como copo de nieve, cae la paloma.

Sierpecillas de plata van á la aldea,
A confiar sus penas ó sus cantares
A la ninfa del Ebro, que juguetea
Entre dorada malla de cañamares:

Lanza penachos de humo la chimenea;
Nublan el cielo tordos á centenares,
Y embalsaman el aire que el sol flamea,
Verdes, como esmeraldas, los olivares.

Aquí tuvieron cuna nuestros amores;
Aquí, junto á las tapias del cementerio,
Me diste el primer ramo de aquellas flores
Que crecen en la sombra y en el misterio.
Yo te canté mis dichas y mis dolores
Al compás de los ayes de mi salterio,
Mientras tú me llorabas no sé qué horrores.
Al son de la campana del presbiterio.

Tortolilla en su nido ya abandonada:
Flor solitaria y triste que se mecía
Tras de la fronda espesa de la enramada,
Donde no llega nunca la luz del día:
Semilla por los aires arrebatada
Que halla siempre por lecho la roca fría,
Tú, soñándolo todo, no hallabas nada,
Y al divisar el puerto, la mar te hundía.

Nos vimos una tarde, como se vieron
Los mundos y los soles por vez primera;
Y al punto nuestras almas se comprendieron,
Como la luz y el germen, allá en la esfera,
Tal vez aquellos mundos se estremecieron
Al mirar los fulgores de tanta hoguera;
Acaso amaron, y aman, cuando siguieron
Y siguen á los soles en su carrera.

Así nos contemplamos estremecidos.
Algo vi yo en tus ojos de las estrellas:

Millares de esos rayos tan encendidos
Que en las noches de Mayo nos mandan ellas.
¡Ay! Y si van los astros, de amor henchidos,
Siguiendo de otros astros las rojas huellas,
No extrañes, vida mía, que hasta dormidos
Nos busquemos nosotros como centellas.

¡Amor es ley eterna de toda vida!
Cuanto se mueve, siente, desea y ama:
Cuanto nace, se enciende, y al cabo anida:
Se nace, porque hay algo que aquí nos llama.
Tú vienes á mis brazos como impelida,
Como al sol va la tierra, porque la inflama,
Y yo caigo en los tuyos, con la caída
De la mariposilla sobre la llama.

No temas, ángel mío; cuanto se agita,
Lo mismo en los abismos que hay en los mares,
Que en la entraña del mundo, todo palpita;
Y por do quier hay seres á centenares.
Aunque no lo entendemos, ¡Amor! se grita,
Y van en esos ruidos tan singulares,
Desde la hora y el sitio de amante cita
Hasta los juramentos en mil altares.

Esas ondas rizadas que el mar coronan,
Son millones de seres que van nadando,
Como esas nubes blancas que se eslabonan,
Y allá, por las alturas, van meditando.
Más tarde, nuestros pechos los aprisionan;
Luego, por nuestras venas siguen flotando,
Y es el himno de amores que ellos entonan
La ardiente calentura que va matando.

Nacen, como nacemos, por ley divina,
Para todos nosotros siempre ignorada;
Cuyo punto de origen, sólo domina
El Creador de todo, con su mirada.
Atomos invisibles que arremolina
Tromba de vida y muerte por Dios lanzada,
Somos flor, ave, fuego, y hombre, y neblina,
Y al fin lo somos todo... ¡No siendo nada!

Todos llevamos algo que ya ha vivido,
Y que de amor ó penas ha suspirado:
Por eso nuestras almas se han conocido
Y á contarse sus cuitas se han acercado.
Que algo vive imposible para el olvido;
Y aunque el tiempo y la fuerza lo han separado,
Es golondrina eterna que vuelve al nido,
A cantar otras veces donde ha cantado.

No vaciles, si sientes lo que yo siento:
Si hay algo allá en tu pecho que en él no cabe,
Mezcla de risa y llanto, pena y contento,
Y que de toda tu alma tiene la llave,
Es que buscas á tientas mi pensamiento,
Que, por ley misteriosa que ni él la sabe,
Cae abrazado al tuyo por un momento
Con la fuerza invencible que cae lo grave.

Así caen por el aire las mariposas;
Esas flores con alas que arroja el cielo
Sobre esas otras flores menos dichosas
Conque para esperarlas se adorna el suelo.

Y así, por las llanuras maravillosas,
Que del azul espacio circunda el velo,
Caerán en lluvia eterna las nebulosas
Engendrando esos mundos que alzan el vuelo.

Lo mismo los pigmeos que los colosos,
Todos abren sus almas y abren sus manos,
Y van por esos mundos vertiginosos
Buscando compañeros y no tiranos.
Y todos van durmiendo sueños hermosos
Hasta que se despiertan fríos y ancianos;
¡Ay! porque todos saben que son esposos,
Y si no son esposos, que son hermanos.

Ven á mis brazos, alma del alma mía,
Que para ti tan sólo los tengo abiertos;
Y canta, mientras llega la noche fría
En que tus rojos labios se queden yertos.
Que si van nuestras almas por una vía,
Y jamás los espacios están desiertos,
Dios nos dará el impulso para que un día
Volvamos á abrazarnos después de muertos.

A ROMEA

—

Hoja que el viento arrebata
De la frondosa arboleda;
Rayo que ruge y que rueda
Como hirviente catarata;
Cometa engarzado en plata
Que, acaso, no ha de volver
En el cielo á aparecer,
Dios sólo puede decir
A dónde van á morir,
O á dónde van á nacer

La vida, ¡insondable arcano!
Ayer nada, y hoy un mundo;
De cuyo suelo fecundo
Es polvo el género humano.
Que como débil gusano
Sobre su corteza va,
Sin saber de ella quizá
Más que le lleva y mantiene,
Pero no de dónde viene,
Ni menos á dónde va.

¡Llanto al nacer y al morir!
Por cada rayo de luz,
Una espina y una cruz,
Y un sepulcro en que dormir.
Ánsia necia de vivir
En este mundo pequeño,
¿A qué muestras tal empeño?
¿A qué luchas y atesoras?
¡Si son tan breves tus horas,
Y vas de un sueño á otro sueño!

Vuelan á mundos mejores
Phidias, Apeles y Homero,
Y aún los mira el mundo entero
En mármoles y en colores.
De sus dichas y dolores,
Sus obras cual mil espejos
Multiplican los reflejos;
Que el genio, cual las estrellas,
Despide luces más bellas
Cuando brilla más de lejos.

El actor, el pobre actor,
Cae, y se pierde en la fosa,
Sin dejar aquí otra cosa
Que un recuerdo y un rumor.
El aplauso atronador
Con que un pueblo se estremece,
Con él se apaga y perece:
¡Sólo el *coloso* ha caído
En la tumba, con tal ruido,
Que aún se oye, palpita y crece!

Aquí, donde ya no suena

Aquel prodigioso acento,
Que era alma, vida y aliento,
Y pasmo de nuestra escena;
Aún la ilumina y la llena
Con su luz divina y clara:
Como si el sol se apagara;
Que una vez extinto y yerto,
Mucho después de haber muerto
Nos quemaría la cara.

Ayer, la luz en sus ojos;
Ayer, la llama en su frente;
Ayer en su sangre hirviente
Globos cual púrpura rojos.
Hoy, hediondos despojos
Banquete de turba inquieta,
Porque el hambre no respeta,
En su lógica asquerosa,
Ni aquella frente espaciosa
Tras la que soñó un poeta.

El alma, siempre volando:
El cuerpo, siempre cayendo:
Algo, hacia arriba subiendo:
Mucho, hacia abajo rodando:
¡Siempre temiendo y dudando!
¿Qué es el hombre? Débil ser
Qué no sabe comprender,
Y nunca podrá decir,
A dónde se va á morir
O á dónde se va á nacer!

MUERTE Y VIDA

—

Las hojas de los álamos cayeron;
Las brisas otoñales las volaron:
¡Qué contentas se fueron!
Los árboles, ¡qué tristes se quedaron!
Naturaleza herida y casi muerta
Mira caer la nieve,
Y con su blanca túnica cubierta
Hasta la primavera no se mueve.
En su cárcel de hielo
Aprisionado duerme el arroyuelo;
Pero aun allá en el fondo corre un hilo
Apacible y tranquilo,
Con esa dulce misteriosa calma
Con que dentro del cuerpo corre el alma...
Perfumes que la vega embalsamaron,
Esmaltados colores
Con que todas las flores se adornaron

En la hermosa estación de los amores,
¿Dónde estáis que no os miro?
Y por doquiera que mi vista giro,
Todo reposa inerte.
¡Oh! ¡Qué triste es vivir para la muerte!
.....
.....
....

Armonías que vienen del Oriente,
Dejan caer sus notas fatigadas
Sobre la blanca linfa de la fuente
Y del bosque en las secas enramadas.
Destoca el sol su purpurina frente,
Apartando crespones del invierno,
Negros como fantasmas del Averno.
Verde botón corona una mañana
El débil ramo que la brisa orea;
Vienen á picotear en mi ventana
Los vilanos que empuja la marea.
Se alfombran poco á poco los collados;
Sube la madreselva por las lomas;
Y como inmensos copos abrazados,
Van cogidas del pico las palomas.
Naturaleza herida y casi muerta
Rompe la venda que cubrió su herida,
Y más gallarda que antes se despierta.
Todo al amor convida.
¡Oh! ¡Qué hermoso es morir para la vida!
.....
....

¿Por qué llorar? La muerte es transitoria.
El hoy es breve y el mañana eterno.

La fe sabe el camino de la gloria;
El amor, aunque ciego, el del infierno.
No te aflijas, mi bien, por nuestra suerte.
El alma libre donde quiere anida.
Y si es triste vivir para la muerte,
¡Es hermoso morir para la vida!

Á UN PÁJARO

CANTA, pajarillo, canta;
Para ti, sin duda alguna,
Alegre el sol se levanta,
Y se ríe la fortuna,
Y cuanto miras te encanta.

Desde el valle hasta el otero
Vuelas feliz y ligero,
Con la risa en la garganta
Y el corazón placentero.
Canta, pajarillo, canta.

Naciste para reir,
Como yo para sufrir:
Si mi dolor no te espanta,
Canta, pues, hasta morir.
Canta, pajarillo, canta.

¡Ay! Yo también cantaría
Si tuviera tu alegría.
Pero aunque mi pena es tanta,

No te calles todavía.
Canta, pajarillo, canta.

Tú eres inferior á mí,
Según en el mundo oí;
Pero el dolor me quebranta,
Y nunca lo veo en ti.
Canta, pajarillo, canta.

Yo pienso, y este pensar
Hace mi llanto brotar:
¡Con cuánta razón, con cuánta
Te puedes de mí burlar!
Canta, pajarillo, canta.
¡Que es muy hermoso cantar!

EL CIEGO

SOÑABA un pobre ciego que veía
Y loco de entusiasmo se agitaba.
¡Con qué delirio á su mujer miraba,
Y qué divino ser le parecía!

—¡Oh; qué don es la vista!—le decía;
Cuando en la luz del sueño que gozaba
Vió, de repente, á la mujer que amaba
En brazos de un amigo que tenía.

Dió un rugido feroz, y despertando,
—¡Abre pronto esa reja; te lo ruego!
Le dijo á su mujer, casi llorando.

Y al ver que no veía, exclamó luego
Que se fué poco á poco serenando.
—¡Oh, qué dicha, Señor, es el ser ciego!

A UN SUSPIRO

Sal de mi pecho amoroso,
Suspirillo enamorado,
Y camina presuroso,
Hasta que llegues al lado
De aquel ángel candoroso.

Y con el aura gentil
Que aspire, con ansia loca,
En las mañanas de Abril,
Entra ligero y sutil
Por su diminuta boca.

Si encuentras su corazón,
Quédate en él escondido
Como si fueras ladrón;
Y cuéntale mi pasión,
Aunque lo veas dormido.

¿DE DÓNDE VIENEN?

Las sombras que se acercan poco á poco,
Cubren el cielo, y bajan lentamente;
Descansan en las copas de los árboles,
Y al irse el sol sobre la tierra, tienden
Vago crespón que flota silencioso:
¿De dónde vienen?

Las hojas que en las puntas de las ramas
Al morir los inviernos aparecen:
Las flores que cargadas de perfumes
Salen entre las rocas más agrestes;
El gusano que asoma entre las tumbas:
¿De dónde vienen?

La blanca gota que en la negra nube
Cruza la inmensidad y al fin desciende,
Como alma hermosa que de cuerpo feo
Aparta el frío soplo de la muerte;
El cometa que surca lo infinito:
¿De dónde vienen?

Esa luz que se inflama en mi cabeza,
Y á cuyo brillo el pensamiento hierve;
Ese soplo divino que en el hombre
Ninguno ha visto entrar y todos sienten;
Esas almas que dicen que tenemos:
¿De dónde vienen?

Y esa llama que al verte, vida mía,
Al tocar con la tuya mi epidermis,
Corre volteando por la oculta vena,
Quema mi pecho, mi palabra enciende,
Y aunque me abrasa, de placer me inunda:
¿De dónde viene?

NOTAS

—

Oh! ¡Qué placer más inmenso
Es el placer de ignorar!
Pues casi siempre que pienso,
Acabo al fin por llorar.

Amistad que á veces saco
Del oprobio, ella me deja;
Como el humo del tabaco,
Que yo lo hago, y él se aleja.

Amor, eterno inconstante;
Cuando llegas, ya te vas.
Sol, todo luz por delante,
Todo sombra por detrás.

Alma, huésped misterioso
De una casa hecha de barro;
Globo invisible y dudoso
Adonde al morir me agarro.

Á PURA

—

El amor que te tengo, vida mía,
No es á modo de incendio que devora:
Tu celestial mirada me enamora,
Pero aunque fueses ciega te querría.

Yo no sé lo que al verte me extasía,
Ni lo que estando lejos te avalora;
Conozco que te quise antes de ahora,
Y que muerta he de amarte todavía.

No se inflama mi sangre, y te deseo;
No eres hermosa, y lograrás la palma
Del Amor que negué y en que ahora creo.

Divino amor, que con sublime calma
Domina al cuerpo miserable y feo,
Y hace que te ame sólo con el alma.

¡POBRE FLOR!

—

Pobre flor, en el valle abandonada,
Que ve pasar la nube de agua henchida,
Sin que vierta la gota deseada
Que ha de darle color, y aliento, y vida!

La nube vuela caprichosa y vana,
Y allá muy lejos, donde el musgo nace,
Quebrada por el sol de la mañana
En cristalinas perlas se deshace.

¡Otra nube vendrá!—la flor murmura:—
Dios que me hizo brotar, tendrá cuidado
De que no se marchite mi hermosura,
Ni se doble mi tallo delicado.

Allá en el horizonte, un punto leve
Aparece de pronto: es otra nube:
Con suave balanceo y paso breve,
Creciendo poco á poco, al cielo sube.

Encima de la flor, pero muy alta,
Se detiene orgullosa al mediodía.

—¡Allí está todo lo que me hace falta!—
Dice la flor;—¡el cielo me la envía!

Pero la nube entonces se dilata;
Como partido tul se descompone,
Y en breves globos de brillante plata
Se va siguiendo al sol, que ya se pone.

¡Cuántas nubes pasaron por el valle!
Ni una sola besó la flor galana,
¡Ay! como tú, que pasas por mi calle
Sin mirar una vez á mi ventana.

LA DESPEDIDA

—

Adiós, hermosa juventud dorada;
De mí te alejas esparciendo flores,
Llevándote mis últimos amores
Y dejándome solo en mi morada.

Ya de la vida la primer jornada
Se llevó de mis años los mejores:
Sueños de amor, más ricos en colores
Que los que trae por Mayo la alborada.

Hoy, por volver atrás, pugna el deseo
Con este impulso que mi cuerpo arroja
Hacia la tumba que cercana veo.

La vida es como flor que se deshoja:
Cuando el perfume llega á su apogeo,
Se quiebra de placer hoja por hoja.

AL PIE DE UNA TUMBA

—

¡AY! [1]

Triste y funeral quejido,
Eco de un cuerpo que fué;
Tu misterioso sonido
A mi pesar siento que
Vaga en mi mente perdido.

¿Quién eres? ¿A dónde vas?
¿Quién te hace llorar así,
Cuerpo, que polvo serás?
¡Ay! ¿Quién suspira por ti?
¡Ay! ¿Por quién suspirarás?

No sé por qué, la primera
Vez que mi vista fijé
En la tumba lastimera,
Bajé los ojos, y oré,
¡Oré con el alma entera!

1 En el cementerio de Zaragoza hay una lápida negra que no tiene más que esa misteriosa inscripción.

La luna, triste y borrosa,
Entre nubes de jacinto
Se mecía perezosa;
Y el aura, con voz llorosa,
Gemía en aquel recinto.

Mis ojos ¡ay! se fijaron
En la sombría inscripción,
Y dos lágrimas brillaron
En mis ojos, y bajaron
Rodando á mi corazón.

Sentí que mi frente ardía;
Vagó por el alma mía
Triste memoria de amor;
¡Ay! que también cierto día
Lancé un ¡ay! desgarrador.
.....
.....
.....

Adiós, tumba misteriosa;
Adiós, recinto sagrado,
En cuyo seno reposa,
Tal vez, el cuerpo adorado
De alguna mujer hermosa.

Acaso ese ¡ay! lastimero
Sea el suspiro postrero
De una madre, ó de un hermano.
Tal vez misterioso arcano,
¡Tal vez un poema entero!

RIMA

—

DULCE mirada de mujer hermosa
Que respondiste amante á mi mirada;
Sonrisa breve que por vez primera
Fuiste como eco tierno de mis ansias;
Juramento de amor aún no exigido
Y encadenado al punto á mi palabra;
Felicidad primera de la vida,
¡Cuán pronto se te halla!

Sueños de amor, palacios encantados,
En donde todo besa y todo abraza;
Donde la luz parece que se ríe,
Y el silencio y la sombra se entrelazan;
En que el aroma es lengua de las flores
Y la carne satélite del alma;
Felicidad primera de la vida,
¡Cuán pronto que te marchas!

EL ALMA Y EL CUERPO

—

DUESTO que nos puso Dios
El alma y el cuerpo unidos,
Es natural que los dos
No vivan siempre reñidos.

Los dos componen un todo;
Y lo componen tan bien,
Que, hasta el presente, no hay modo
De saber quién manda en quién.

Desde la cuna, ó desde antes,
Para decir la verdad,
Marchan los dos muy *campantes*
Formando la humanidad.

Si tiene un antojo el alma,
El cuerpo, ¿qué le va á hacer?
Decirle con mucha calma:
¡Haz lo que quieras, mujer!

Y si tiene un compromiso
El cuerpo, y pide licencia,

El alma le da permiso
En justa correspondencia.

Hay quien sostiene y afirma
Que el alma es reina y señora:
Mas la experiencia confirma
Que, á veces, es servidora.

Allá, cuando el cuerpo es viejo,
No se suele rebelar;
Y sigue siempre el consejo
Que el alma le quiere dar.

Mas, cuando el cuerpo es robusto,
Y atrevido como un vándalo,
No sé si por darle gusto
O por no dar un escándalo,

El alma, allá en su rincón,
Aunque manda como un rey,
Sufre con resignación
Que se rían de la ley.

Yo he llevado el alma mía,
Sin que me dijera nada,
Donde no penetraría
Ninguna persona honrada.

Ni un suspiro, ni un reproche,
Me lanzó la pobrecilla:
Y eso que fuimos de noche,
Y á jugar, á una buhardilla.

Y allí, tras un calepino

Que acababa de empeñar,
Me jugué... medio sobrino
Del cura de mi lugar.

Es decir; que para el chico,
En el pueblo me entregaron
Unos mil reales y pico;
¡Y los quinientos... volaron!

Pues nada; mi alma, tan fresca;
Ni siquiera rechistó;
Y hasta tomaba en la gresca,
Mucha más parte que yo.

Yo la he tenido en la calle
Más de dos horas parada,
Sólo por mirar el talle
Redondo, de una criada.

Ha estado, con mi persona,
Siendo puntal de una esquina,
Esperando á una jamona
De esas que ya son cecina.

Ha sufrido, con valor,
El frío más espantoso,
Sin decir nunca: ¡Señor,
Que estamos haciendo el oso!

Se ha ocultado, placentera,
Sin ponerme inconvenientes,
Ya en obscura carbonera,
Ya en sitios... menos decentes.

Y todo, por ir conmigo
sin demostrar descontento,
Para ser, al fin, testigo
De algún falso juramento.

Jamás se mostraba esquiva,
Y jamás se incomodaba;
Cuando yo era joven, iba
A donde yo la llevaba.

Y, si he de decir verdad,
Creo que, cuando sentía
Mi cuerpo felicidad,
Se alegraba el alma mía.

Y es que en los días amenos
De la juventud, quizás,
—¡O las almas saben menos,
O los cuerpos pueden más!—

Después, cuando ya la cuenta
De mis venturosos años
Fué creciendo, violenta,
En cifras y en desengaños,

No sé qué pudo pasar;
Pero, llegué á comprender,
Que mi alma empezó á mandar
Y mi cuerpo á obedecer.

Y aquí me tienen ustedes,
Que, aunque perdida la calma,
Me tiro por las paredes,
Soy el esclavo de mi alma.

Yo no sé dónde aprendió
Que el cuerpo es un mal sujeto,
Y, como el cuerpo soy yo,
Ya no me tiene respeto.

No se ocupa más que en darme
Desazones á porrillo:
Y en cuanto me oye quejarme,
Se ríe como un chiquillo.

A veces, estoy cansado,
Y quisiera descansar;
Pues me tiene arrodillado
Porque es preciso rezar.

Ponen en la iglesia sillas
Para el que quiera sentarse:
Mas yo he de estar de rodillas,
Porque hay que mortificarse.

El rosario, es ya diario;
Y aunque de sueño me muera,
He de rezar el rosario
Quiera rezarlo ó no quiera.

De los años con el peso,
Me voy haciendo glotón;
Y soy *comilón*, confieso,
Pues soy algo comilón.

Pues cuando tengo más gana,
Mi alma me manda ayunar;
Porque es San Pedro ó Santa Ana,
O la Virgen del Pilar.

Me ha dicho cierto doctor,
Y además lo ha demostrado,
Que el alimento peor
Para el cuerpo es el pescado.

Pues aunque mi alma no ignora
Que me pinchan las espinas,
En cuaresma, la traidora
Sólo me compra sardinas.

De mujeres, no hay que hablar:
Si pasa alguna á mi lado
Y yo la voy á mirar,
¡Claro!, porque me ha gustado,

Mi alma se pone furiosa;
Y me amenaza en seguida
Con una vida espantosa,
Cuando vaya á la otra vida.

En fin, para concluir;
Yo, ya no puedo comer,
Yo, ya no puedo reir,
Yo, ya no puedo querer.

Son inmorales las artes;
Es inmoral la lectura;
Y el diablo está en todas partes,
Según mi alma me asegura.

¿Será verdad? No lo sé.
¿Será que, al irme á morir,
Tendré miedo, y cederé
Por lo que pueda ocurrir?

Lo cierto es, que voy andando
Mucho más despacio, y viendo
A mi alma, que va mandando,
Y á mi cuerpo obedeciendo;

Pero humilde, no arrogante;
Y hasta casi convencido
De que el pobre es un tunante,
Y le está bien merecido.

¡Quién lo había de creer!...
Que aquel cuerpo bravucón
Se había de someter
A su alma, y por convicción!

Y es que en los días serenos
De la senectud, quizás,
—¡O los cuerpos pueden menos,
O las almas saben más!—

¡TODO VIVE!

—

Porque no vino Fabio ayer á verte
Y á platicar de amor en tu ventana,
Ya piensas en morirte, pobre Juana,
Creyendo que la paz está en la muerte.

Y ¿qué vas á lograr con deshacerte
Por breve olvido ó por flaqueza vana,
Si en cuanto dejes la envoltura humana
Volverás á vivir, mas de otra suerte?

Todo vive: tal vez hasta el planeta.
Que ese flujo del mar, nunca dormido,
Sólo Dios que lo impulsa y lo sujeta

Sabe, si es el magnífico latido,
Que acusa el golpe de la entraña inquieta
De gigantesco ser desconocido.

ANTES Y AHORA

—

Antes, cuando yo era chico,
No tenía una peseta,
Y ellas me llamaban ¡rico!
Y perdían la chaveta.

Hoy, que tengo algún dinero,
Aunque casi todo es cobre,
Cuando las digo ¡Te quiero!
Ellas me contestan: ¡Pobre!

A...

—

Solos estamos ya; luz temblorosa
Ilumina, con vagos resplandores,
Los bordados tapices de colores
De esta apartada estancia misteriosa.

Suelta la rubia cabellera undosa,
Entrelazada de olorosas flores,
Y déjame gozar de tus amores
Hasta que brille el alba vaporosa.

Junta tu boca con la boca mía,
Y con mi faz tu imagen hechicera,
Hasta que nazca el venidero día.

¡Dame todo tu amor, tu vida entera,
Hasta exhalar el ¡ay! de la agonía,
Hasta que tú te mueras ó me muera!

LA GOLONDRINA

—

Otro año! Y á tu hogar vuelves cantando,
Cantando tus amores:
Dichosa tú que vuelas, recordando,
Sombras y luces, árboles y flores.

¿Te acuerdas, golondrina,
De una boca divina,
Que te ofreció una tarde el alimento
Que devoraste loca de contento?

¡Era la suya, y de su amor me hablaba!
Y cuando tú subías
A tu nido, que el aura perfumaba,
¿Te acuerdas? nuestros cánticos oías.

Partiste, y otra vez vuelves al nido
En que tu amor vivía.
Ella partió también; mas no ha venido:
¡Y me dijo la ingrata que vendría!

INCÓGNITA

—

Una vez sola, por fortuna mía,
Vi tu faz hechicera tras el manto,
Y desde entonces su amoroso canto
Mi pobre guzla, sin cesar te envía.

Si sales, es en coche y no de día;
Tu casa está cerrada por encanto,
Y no puedo admirar lo que amo tanto
Aunque ya de tu casa soy vigía.

Loco de amor, en vano he pretendido
Un retrato adquirir, de la hermosura
Que á sus divinas plantas me ha rendido.

Extraña es por demás mi desventura;
Pues tengo el corazón de amor henchido,
¡Y no te puedo ver ni aun en pintura!

¿QUÉ SERA?

—

Hay días que en el ambiente
Hallamos algo suave,
Que acaricia nuestra frente
Como aleteo de un ave.
Sin saber por qué razón,
Se agita dentro del pecho
Nuestro pobre corazón,
Como alegre y satisfecho.
Impresión dulce y extraña
Sentimos de cuando en cuando,
De algo que nos acompaña,
Y como que va jugando.
Ya besa nuestro cabello,
Ya los labios ardorosos,
Y sin saber qué es aquello,
Nos sentimos muy dichosos.
¿Qué será? Nada: soñamos;
La imaginación que es loca,
Y lo mismo que pensamos
Nos parece que nos toca.
Pero, aunque vago é incierto,
Pensé una vez si sería,

Algo que, sin duda, ha muerto
Y nos ama todavía.

Otras veces, sin razón
Para sentirse apenado,
Nos palpita el corazón
Como triste y angustiado.
Pesa el aire de manera,
Que al caer en nuestra cara,
La envuelve, como si fuera
Látigo que la azotara.
Algo parece vagar
Enemigo en el ambiente,
Que nos obliga á pasar
La mano por nuestra frente.
Impresión dura y extraña
Se advierte de cuando en cuando,
De algo que nos acompaña,
Y nos va mortificando.
Ya enreda nuestro cabello;
Ya nuestro aliento envenena,
Y sin saber qué es aquello,
Sentimos amarga pena.
¿Qué será? Nada: soñamos;
La imaginación que es loca,
Y lo mismo que pensamos
Nos parece que nos toca.
Pero, aunque vago é incierto,
Pensé una vez si sería
Algo que, sin duda, ha muerto
Y nos odia todavía.

¡HAY DIOS!

—

Hay Dios! Lo dice el singular concierto
De esta terrestre máquina que rueda,
Sin que jamás entorpecerse pueda
Su paso siempre regular y cierto.

Lo dice ese resorte nunca incierto
Que hace abrirse la flor en la arboleda;
Lo dice el gusanillo que remeda
Al mismo Dios, resucitando al muerto.

Subiendo hasta esa bóveda encendida
De la que el vidrio ya rasgó el arcano,
El alma lo contempla estremecida.

Cayendo dentro del cerebro humano
En las últimas horas de una vida,
Casi se le tropieza con la mano.

A MI HIJO (*).

—

Por si acaso mañana mismo me muero,
Déjame que te diga cuánto te quiero,
Antes de que abandone tu compañía:
¡Pobrecito inocente del alma mía!
Y para que lo sepas, voy á dejarte
Cuatro coplas, escritas en cualquier parte.
¡Para ti solamente! Para que veas
Lo que yo te quería, cuando las leas.
Porque mira: no creo que eres ingrato;
Y que, aunque sea breve, tendrás un rato
En que dejando amigos y diversiones,
Pondrás tu vista en estos cuatro renglones.
Después... aunque los eches en el olvido,
Ya sabrás que hubo *alguno* que te ha querido;
Y si acaso más tarde no eres dichoso,
Volverás á leerme con más reposo,

(*) Aquí empieza la serie de composiciones coleccionadas por primera vez en esta edición.

Pensando que hubo *alguno* que te quería,
A ti... ¡pobre inocente del alma mía!

—

Mira, nadie lo sabe: yo te lo digo
A ti, porque tú eres mi solo amigo;
Y es que tengo una pena que me devora
Cada vez que del día pasa una hora,
Porque se van con ella muchas delicias
Que tú me proporcionas con tus caricias.
Tú no sabes los besos que yo te he dado
En ese cuerpecito tan sonrosado,
¡En todo!... porque, á veces, en mi locura,
Te beso... donde nadie se lo figura.
Tus ojos me parecen los más bonitos,
Y tus pies y tus manos los más chiquitos;
No hay rosas más hermosas que tus mejillas,
Ni pantorrillas como tus pantorrillas.
Si eres feo... ¡imposible que seas feo!
Lo serás... pero, vamos, yo no lo creo.
Cada vez que me coges entre tus brazos
Yo no sé qué me pasa con tus abrazos.
Que, cuanto más me aprietas, ¡quién lo diría!
Me da más gusto. . ¡un gusto, que te comía!
Siempre, al irme de casa, te doy un beso.
Sin comer pasaría... pero, ¡sin eso!...
Y al volver se me olvida que te he besado,
Y te doy otro beso más apretado.
Aunque no tenga ganas, contigo juego;
Como tú me lo mandes, nunca me niego,
Y hago siempre de toro, mal comparado,
Pues no debiera hacerlo siendo casado.
Yo he sido tu caballo, yo, tu borrico,

Y todo, con un gusto, que... me lo explico,
Al pensar que cualquiera cosa sería
Por ti... ¡pobre inocente del alma mía!

—

Mira, nadie lo sabe; porque es misterio
El saber cuándo vamos al cementerio;
Pero, sería horrible, que Dios quisiera
Que fueses antes... ¡antes que yo me fuera!
Porque, tú no lo sabes. Si estás enfermo,
Yo no vivo, ni como, ni casi duermo;
Las noches me parece que no se acaban,
Tus ayes, me parece que se me clavan;
Y hasta que tú no vuelves á estar contento
El corazón apenas si me lo siento.

.....

Al fin, cuando te sientas sobre la cama,
Y la luz de tus ojos se desparrama
Buscando los juguetes, que yo te llevo,
Y para que te alegres, siempre uno nuevo,
Mi corazón se ensancha poco á poquito;
Se me figura entonces que resucito,
Tus besos me parece que son más suaves,
Y sintiendo algo dentro que tú no sabes,
Me sube hasta los ojos, precipitada,
Como si fuera gente que va indultada,
Y se marcha cantando, de sus prisiones,
Interminable serie de lagrimones...
Pero no son amargos, son de alegría,
¡Pobrecito inocente del alma mía!

—

Mira: cuando me busques por esas calles
Que hay en los Camposantos, y al fin me halles,

Detrás de alguna losa, dentro de un nicho,
Acuérdate de todo lo que te he dicho.
Piensa que el pobre polvo que allí está en calma,
Te quiso mucho tiempo, con toda su alma;
Y si el alma está lejos, si la tenía,
También ¡hijo de mi alma! te adoraría.
Pero, no llores: luego... ya nos veremos;
¡Ay! pero si es mentira... si no nos vemos...
Si todo se concluye cuando uno muere,
Y por siempre se aparta de los que quiere;
Si esta vida es materia que se corrompe,
Maquinilla imperfecta que al fin se rompe;
Si al cabo he de dejarte para no verte,
Porque todo es mentira menos la muerte...
¡Ven!... entra en mi despacho, fuera el pestillo,
Ya jugaras más tarde por el pasillo;
Pero aprovecha el tiempo para besarme,
Y tirarme del pelo, y *apretujarme;*
Porque yo necesito que me repita
Que me quiere, y me quiere, tu vocecita.
¡Ven!... Estate á mi lado; juega conmigo.
No te vayas: ¡que tú eres mi solo amigo!
¡Ven!... Que te abrace un poco... ¡más todavía!...
¡Pobrecito inocente del alma mía!

Mayo 1887.

MOCEDADES

—

Era pequeñita
Pero muy graciosa:
Con una carita
Igual que una rosa.
Se llamaba Pepa,
Pero el apellido
No sé quién le sepa,
Ni lo haya sabido.
La infeliz vivía
Por entonces, sola,
Sin más compañía
Que un gato de Angola.
El que se portaba
Como no debía
Porque se marchaba
Cuando le ocurría.
Yo la visitaba,
Pero pocas veces,
Y hasta le llevaba
Castañas y nueces,

Que ella recibía
Con mucho recato,
Y se las comía
En unión del gato.
¡Qué boquita aquélla!
La de ella, digo,
Al decirme ella:
—Mil gracias amigo.—
Mientras le pasaba
Al señor de Angola
La mano, y alzaba
El señor la cola.
Yo sufría mucho
En estas sesiones,
Porque no soy ducho
En declaraciones.
De manera y modo
Que me consumía,
Y hablaba de todo
Lo que no quería.
Más de cuatro veces
Quise requebrarla:
Sólo de mis nueces
Acertaba á hablarla.
Gracias que el minino
Solía arañarme,
Y abría camino
por dónde quejarme.
Ella se reía
De mi aturdimiento
Y yo me sentía
Con un movimiento...
Temblaba de frío
Estando caliente,

Diciendo:—¡Dios mío,
Si fuera valiente!—
Sudaba por dentro,
Por fuera me helaba,
Y estaba en mi centro...
Cuando me marchaba.
Esto sucedía
El año pasado:
Y cuando creía
Haberla olvidado,
Le hice una visita
Por puro capricho,
Una tardecita
Que no estaba el micho.
Al abrir la puerta
La encontré llorando;
Con color de muerta
me lo fué contando.
Dos días hacía
Que se hallaba ausente,
Y no... no volvía,
Desgraciadamente.
Yo, para calmarla,
La ofrecí mi vida;
Para consolarla,
Y cerrar su herida:
—No tenga V. miedo,
Ni llore, por ese.
Ya veré si puedo
Hacer que regrese.—
Pero no atendía
Mis exhortaciones,
Y se retorcía
Todos los tendones.

Yo, para aliviarla
De aquellos excesos,
¡Zás! sin avisarla,
Le aticé tres besos.
En lugar de un grito
Y una bofetada,
Me miró un poquito,
Sin decirme nada.
Y después de todo,
Lo que más me choca,
Que con mucho modo
Me acercó su boca.
Inmediatamente
Le acerqué la mía;
Sucesivamente
Ella repetía...
Y después de un rato
En que anduve loco,
No volví... ni el gato
Ha vuelto tampoco.

LA BELLEZA

—

En cuestión de belleza,
Discute el corazón con la cabeza.
Pero saben los dos
Que es la mujer la prueba de que hay Dios.

—

¿Y en qué consiste? No sé;
Pero á todas se la encuentro.
La belleza es... no sé qué.
Lo de fuera, lo de dentro,
Lo que se ve y no se ve.

—

La más bella y la mejor
Es la que el alma desea;
Porque, por arte mayor,
Dios ha inventado el Amor
Para que no haya una fea.

SUCEDIDO

—

Vive en el piso primero
De la casa que yo habito,
Un tal don Pedro Tercero,
natural de Don Benito.
El cual, aunque está casado,
Y ya por la vez tercera,
Es lo más enamorado...
Según dice la portera.
El jura que es comedido
Y con nadie se propasa,
Aunque á veces le han cogido
Con las manos en la masa.
El otro día, así que
Se concluyó la nevada,
Cogió el sombrero, y se fué
Sin despedirse, ni nada.
Corrió su mujer, al verle
Que bajaba la escalera,
Y, queriendo detenerle,
Le dijo de esta manera:

—¿Y con el día de hoy
Te marchas?... ¡Cosa más rara!
Pero él contestó:—Me voy
A aprovechar esta clara.
Y apretándose el sombrero,
Y andando muy despacito,
Se fué don Pedro Tercero,
Natural de Don Benito.
Su mujer, que es muy celosa,
En un credo se vistió,
Y como un rayo, furiosa,
Así que él salió, salió.
Y sin perderlo de vista,
Pero jurando y gruñendo,
Hasta la calle de Lista,
Le fué siguiendo... siguiendo.
Iba don Pedro muy grave,
Andando con mucha calma;
Su mujer... *sólo Dios sabe*
Cómo tendría su alma.
De pronto, sacó un cigarro
El marido..., lo encendió,
Y luego, entre nieve y barro,
Siguió adelante... siguió.
Y sin hablar al portero,
En un portal muy bonito,
Entró don Pedro Tercero,
Natural de Don Benito.
—¿Dónde irá?—dijo la esposa;
Pero en vez de vacilar,
Pasó como una raposa
Por donde le vió pasar.
Y desde la portería,
En la que corrió á esconderse,

Vió que don Pedro subía...,
Subía... sin detenerse.
Se abrió en el piso primero
Una puerta, muy quedito,
Y entró don Pedro Tercero,
Natural de Don Benito.
Entonces ella sacó
Un duro, muy reluciente,
Que al portero le soltó
La lengua inmediatamente.
—¿A dónde vá de visita
Ese señor que ha subido?
—A ver á doña Clarita,
La viuda de Relamido.
—¿Doña Clarita?—Está claro.
—¿Y viene á menudo?—Sí.
—¡Se necesita descaro
Para anunciármelo así!
Y por la escalera arriba
Se lanzó como una jara,
Gritando:—¡Bien dijo que iba
A aprovechar una Clara!

PENSAMIENTILLOS

——

No me digas, mujer, que son excesos
Darte en lugar de un beso siempre dos.
Por el sitio que queda entre dos besos,
Por allí pasa Dios.

—

A la media noche,
Cuando te despiertes,
Piensa que yo pienso
En lo que tú pienses.

—

La tristeza más grande de la vida
Es la que da la falta de comida.

—

No he visto cosa más grande
Que el corazón de Dolores:

Doce estuvimos á un tiempo,
Y cabían otros doce.

—

¿Qué es la dicha? Nada:
Una tontería.
Aquellos dos besos
Que me dió María.

—

Para vivir sin penas,
No distingáis de rubias ni morenas.
La mujer, para el hombre es lo primero,
Lo que más le deleita y entretiene;
Pero se debe usar como el dinero:
Sólo hasta que se gasta se le tiene.

—

¡Qué bien está el cura
De Villacebona!
¡Cuántos sobrinitos,
Y qué ama tan gorda!

—

Siempre que sale Isabel,
Va con la sombrilla enhiesta
No porque el sol la molesta:
Por no molestarlo á él.

—

No me pidas dinero
Ni aun por descuido:

Eso se hace tan sólo
Con el marido.

—

Afirma la moral que está probado
Ser la dicha mayor el ser honrado.
¿Y en qué consistirá que las mujeres
Gozan tanto faltando á sus deberes?

—

¿Me quieres? ¡Te quiero!
Cuatro palabritas,
Siempre iguales... siempre...
¡Y tan nuevecitas!

—

¡Oh, qué horrible el dolor fuera
Y qué atroz nuestra desdicha,
Si el dolor no se durmiera
Como se duerme la dicha!

—

Para vivir en calma,
Y morir más dichoso si se quiere,
El hombre inventó el alma,
Para creer que aún vive, cuando muere.

—

Esperando á una mujer
Que ha dicho que va á venir,
¿Cuál es más dulce placer,
El pensar lo que ha de ser,
Ó el llegarlo á conseguir?

EL PÁJARO MUERTO

—

(CON MOTIVO DE LA MUERTE DE GAYARRE)

Por árbol el bastidor,
Y por jaula el escenario;
Mudo el orbe en derredor,
Cantó mejor que el canario
Y mejor que el ruiseñor.

¡Qué timbre más singular!
Era su canto un encanto
Imposible de imitar.
Pero cantó tanto... tanto...
Que ya no pudo cantar.

¡De crudo invierno, al rigor,
Cayó entre la nieve... yerto...
Falto de luz y calor!
¡Ay!, pobre pájaro: ¡muerto
Cuando cantaba mejor!

EL COLMO DE LA LIMPIEZA

—

Vive en el el cuarto tercero
De la casa que yo habito
Un joven guapo y soltero,
Que se llama don Pepito.
Y es tan pulcro y atildado,
Que se puede asegurar
Que en su vida se ha manchado,
Ni se ha dejado manchar.
Mil veces suelo encontrarle
Cuando baja la escalera,
Y me da gusto mirarle
Sin una mancha siquiera.
Desde la bota al sombrero,
Desde el sombrero á la bota,
No tiene falta ni pero:
Ni una hilacha, ni una mota.
Pero lo que no resuelve
Mi *cacumen* todavía,
Es que cuando vuelve, vuelve
Mejor que cuando salía.
Si fuera en coche, comprendo
Que no se manchase nada;

Pero yendo á pie, no entiendo
Limpieza tan continuada.
Extraño prodigio es
Que no me puedo explicar;
Porque siquiera los pies
Se debía de manchar.
Hace tiempo que heredó
Dos millones de una tía;
Una tía que murió
En Londres cuando vivía.
Y cosa extraña también,
Y que tampoco me explico,
Sabiendo que él no está bien;
Quiero decir, que no es rico.
Porque otro, al verse con una
Fortuna tan importante,
Iría por su fortuna
Sin detenerse un instante.
Pues él nada; no ha salido
De Madrid ni un solo día:
Así es que no ha recogido
Los millones de su tía.
La otra tarde le encontré
Tan limpio cual de costumbre;
Y de intento le paré
Para que me diera lumbre.
Me dió el cigarro, encendí
El mío pausadamente;
Luego se lo devolví,
Y le dije lo siguiente:
«Usted me dispensará
Si le pregunto una cosa,
Porque hace tiempo que ya
La curiosidad me acosa.

¿Cómo es que habiendo heredado
Una fortuna que aterra
—Según lo que me han contado,—
No se va usted á Inglaterra?
En un mes, ó cosa así,
Puede usted ir y volver,
Coger sus millones, y
Se acabó todo el que hacer.»
Entonces él, extrayendo
El puro de la boquilla,
Me contestó sonriendo:
—La razón es muy sencilla.
Ya sabe usted cómo soy;
Yo vivo... para limpiarme;
Y á ninguna parte voy,
En donde pueda mancharme.
Al ver lo que he de heredar,
El corazón se me ensancha.
Pero... ¡me asusta pasar
Por el Canal de la Mancha!

ESE

—

Yo no sé si es amigo ó enemigo
Ese, que dentro del cerebro anda.
Unas veces suplica y otras manda:
Ora parece un bien, ora un castigo.

Por él, nunca estoy solo yo conmigo;
Quiero hablar, y contesta á mi demanda;
Cuando tengo ilusiones, las agranda;
Cuando llega el dolor, ¡él es mi amigo!

¿Soy yo, ó es él quien vive en mi cabeza?
Vecinos somos, y aunque no nos vemos,
De una antigua amistad hay la certeza.

Pero pronto, tal vez, nos separemos,
Cuando pierda mi cuerpo su firmeza.
Y entonces... ¿cuál se va?... Ya lo veremos.

LA MUJER Y EL VINO

Qué causa mayor placer?
Yo, francamente, no atino
Si me dieran á escoger,
Entre la mujer y el vino,
O entre el vino y la mujer.
¡El vino es hermosa cosa!
Y luego, sienta tan bien
Cuando se bebe y reposa...
¡Pero la mujer hermosa
Es cosa hermosa también!
Con vino pasan las penas,
De todo nos olvidamos,
Son más alegres las cenas,
Pero las mujeres... vamos,
¡Que son buenas, pero buenas!
No hay nada como poner
La boca de una botella
En la boca, y ¡á beber!
Pero ¿y la de la mujer?...
¡Cuánto almíbar hay en ella!
El vino es algo divino
Que nos ha dado el Señor;

Pero no sé á qué me inclino,
Si á estar borracho de vino.
O á estar borracho de amor.
¡Cosas las dos superiores!
Por eso, sabios doctores
Dicen que no hay más placeres
Que las mejores mujeres
Y que los vinos mejores.
Yo, á tu lado, vida mía,
De las dos cosas gozaba,
Y así mil veces creía
Cuando amaba, que bebía;
Cuando bebía, que amaba.
Vengan las dos borracheras,
Que de esos dulces excesos
Prefiero el que tú prefieras.
Si no salimos por besos,
Saldremos por peteneras.
No dejes, pues, de beber,
Ni me dejes de querer,
Porque aquí todo es dañino:
Menos la mujer y el vino,
Y el vino con la mujer.

CUENTO

—

Un padre tenía un hijo.
El chiquillo se murió:
Y abrazado á un cruifijo,
Decía el padre:—¡De fijo;
Mañana me muero yo!
Pero el pobre lo decía
Contento; porque esperaba
Que pronto se moriría,
Y que en el cielo hallaría
Lo que el cielo le quitaba.
Murió; y al cielo en un vuelo.
Y en cuanto al cielo llegó,
Preguntó por su chicuelo.
—No está.—Le dijeron.
—¿No?...
Pues me voy. No es este el cielo.

LA CITA

—

Dientras tu madre y tu tía,
Lejos del calor del día
Duermen tranquilas la siesta,
Sal á la reja, Lucía.
¿Qué te cuesta?

La tarde está bochornosa;
Todo en silencio reposa:
Duerme el aire; el sol no brilla;
Tu calle es la más umbrosa
De Sevilla.

Un jardín, lleno de flores
Y pájaros de colores,
Hay enfrente de tu casa.
A no ser los ruiseñores
Nadie pasa.

Las nubes van junto al suelo,
Colgando su negro velo
De la vega en los rastrojos.
No hay luz. Si no brilla el cielo
De tus ojos.

Descorre la celosía,
Y abre la reja, alma mía.
Todo está mudo é inerme.
Como tu madre y tu tía,
¡Todo duerme!

Abajo el Guadalquivir
También parece dormir,
Tendido en su lecho blando.
¡Abre!... ¿No quieres abrir?
¡Mira que estoy esperando!
.....
.....
.....

¡Gracias á Dios que has salido!
Tórtola oculta en su nido,
Canta para mí un instante.
Con tu pico en el oído
De tu amante.

¡Qué hermosa estás, vida mía!
Como á la Virgen María
Te llevo en el alma puesta.
Dame tu mano, Lucía.
¿Qué te cuesta?

¡Acércate más!... Así.
¿Me quieres? Dime que sí.
Otra vez, y dos y ciento.
No me canso. ¡Estoy aquí
Tan contento!

¿Ves?... No se oye ni el rumor

Del céfiro volador
Que otras veces te acaricia.
Todo es silencio y amor.
¡Qué delicia!

Tu voz despide el aroma
Que para sus nidos toma
La paloma en la floresta.
¡Acércate más, paloma!
¿Qué te cuesta?

Habla: no te estés callada.
Y aunque no me digas nada
Deja que pasen las horas
Leyendo yo en tu mirada
¡Que me adoras!

A tu lado, dueño amado,
Estoy yo como encantado;
Y no me desencantara
Jamás, con tu cara al lado
De mi cara.

¡Tonta! ¿Te enfadas por eso?
¿Llamas á mi amor exceso,
Y mi antojo te molesta?
¿Si no pido más que un beso?...
¿Qué te cuesta?

Anda: no tardes, Lucía,
Y trae tu boca, alma mía.
¡No temas! ¡Sí no han de verme!
¡Como tu madre y tu tía,
Todo duerme... todo duerme!

SISTEMA DE HACER COMEDIAS

Para escribir comedias, yo necesito
Una pluma, un tintero y un papelito.
Los pongo en una mesa, me siento al lado,
Y ya me siento un poco preocupado.
Cuando no tengo asunto, que es lo corriente,
Me rasco las narices tranquilamente;
Y cuando tengo asunto, no me las rasco,
Pero... pasa lo mismo, también me atasco.
De pronto, hago versitos á cualquier cosa:
A una dama que sufre de la mucosa,
A una niñera guapa, ó á un viejo verde,
Hasta que ¡plum! me acuerdo de la Valverde.
Y entonces la bautizo, le pongo un traje,
Unas veces de lana, y otras de encaje,
Y en seguida la caso con cualquier chico,
Que no la quiere, cosa que no me explico.
La Valverde lo sabe, pero es honrada,
Aunque está aquella noche muy constipada,
Y para darle celos, en un armario
Encierro á un tío suyo que es herbolario.
En fin, de esta manera voy discurriendo
Para que los actores vayan saliendo.

Una vez ya salidos, respiro un poco,
Aunque no sé á qué salen, ni ellos tampoco.
Después, les armo varias complicaciones,
Mientras que yo trabajo con los talones,
Porque eso sí, en la estera donde me apoyo,
Cada dos ó tres días practico un hoyo.
Yo no sé qué me pasa cuando trabajo:
Debo sacar los versos de muy abajo.
Porque si no me agito no sale nada,
Y cada verso es obra de una patada.
Mi mujer ya lo sabe: con ver la estera
Casi, casi conoce la pieza entera,
Y cuando esta ya rota, va y me la quita,
Porque ya he terminado la piececita:
Entonces me levanto, cojo el sombrero,
Y... ¿al teatro? No: á casa del esterero.

LOS DOS CATARROS

—

En la calle de Alcalá,
Junto á la esquina del Prado,
Al empezar un invierno
Se encontraron dos catarros.
—¿A dónde vas?—dijo el uno
Al otro, que era paisano.
—Pues voy á meterme dentro
Del cuerpo de un magistrado;
Hombre de edad, solterón,
Y que tiene muchos cuartos.
¿Y tú?—Dentro de un cochero
De punto, que es un borracho.
Pero, en fin, allá me mandan,
Y allí me voy resignado,
—¡Adiós! Que te vaya bien.
—¡Abur! Que sigas tan guapo.

—

Al cabo de mucho tiempo,
Otra noche se encontraron;
El uno que iba hacia arriba,
Y el otro, que iba hacia abajo,

Por una acera los dos
De la calle de Pelayo.
—¿Qué tal te va?—dijo el que
Se metió en el magistrado,
Al otro que se metió
En el cochero borracho.
—¡Muy mal! ¡Pero muy remal!
¡Si vieras lo que he pasado!
El maldito del cochero
Apenas me hacía caso.
No me dió la flor de malva
A que estoy acostumbrado;
Ni me puso más abrigo
Que un carrik, hecho pedazos,
Por el que me entraba el aire
Completamente colado.
De día, siempre corriendo;
De noche, siempre trotando;
Con un viento, con un frío,
Y en medio de unos chubascos....
Sin darme una pastillita
Siquiera de cuando en cuando.
Ni un solo día en la cama
Me hizo pasar aquel ganso;
Siempre en el pescante, siempre
Bebiendo vino y fumando;
¡Pero qué vino y qué puros,
Todo negro y todo amargo!
¡No se podía vivir
Allí! ¡Qué sitio tan malo!
Así es que á los cuatro días,
¡Zas! me salí de aquel bárbaro;
Y yo me quedé tan fresco
Y él se quedó sin catarro.

—Pues yo—contestóle el que
Se metió en el magiatrado—
Estoy en la gloria ¡chico!
A las diez nos acostamos.
Me ponen un edredón
De plumas de papagayo,
Todo cubierto de seda;
Tan suavecito, tan blando,
Que da gusto estarse allí
Quietito y acurrucado.
Tazas de leche, y de flor
De malva con *curasao*,
Pero muy azucaradas,
Me da dos al acostarnos.
Si le hago toser, de noche,
Y casi siempre le hago,
Vengan pastillas de goma,
De las que nunca me canso;
Y luego, r la mañana,
¡Qué ta .os levantamos!
¡Qué chocolate tan rico,
Qué bizcochos tan tostados!
¡Y qué gabinete aquel
Por donde nos paseamos!
Siempre encendida la estufa,
Los cortinones echados,
Y él metidito en su bata
Y con su gorro calado,
Que me dan un calorcito
Tan dulce, ¡qué es un encanto!
La comida es un deleite,
La cena, de lo más sano,
Y si alguna vez salimos,
Siempre en coche, muy despacio,

Con mi mantita á los pies
Y los cristales cerrados.
En fin, que estoy en la gloria
Y casi voy engordando.

—

—¡Qué suerte tenéis algunos!—
Le dijo el otro catarro.—
Siempre donde yo me meto
Es cuerpo de pobre: y ¡claro!
Al ver que allí no me cuidan,
Naturalmente, no paro.
Pues yo—contestóle el otro—
Ya sabes cómo lo paso;
Así es que el pobre señor
Ya tiene tos para rato;
Pues como siga cuidándome
Tan bién, de allí no me salgo.
Y adiós, chico, que hace frío.
Me vuelvo á mi magistrado.

PESIMISMO

—

Canto afán... ¿para qué? Para ser viejo.
Vivimos empujando á la existencia
Para llenar de sombras la conciencia,
Y de arrugas y canas el espejo.

Marcha la Fe con pasos de cangrejo
Perdiendo cada día una creencia,
Y el Amor, que vestía la inocencia,
Lo desnudan Archena y Marmolejo.

Anda el hijo, y se va... ¡Tal vez no vuelve!
La amistad, que corrió como agua mansa,
O se seca, ó en lodo nos envuelve.

La esposa fiel de la virtud se cansa.
El hogar se profana y se disuelve.
Morir es descansar... ¡Si se descansa!

CANTARES

—

Asómate á la ventana
Antes de que salga el sol,
Porque si sales después,
¿Quién va á parar de calor?

Por quererte, me dicen
Que me condeno.
Anda, que me condene:
¡Pues si es tan bueno!

La mujer y la alcachofa
Son una comparación.
Con hojas, ¿qué bien están?
Sin hojas... ¡qué ricas son!

A la puerta de tu casa
Voy á poner un letrero,
Con letras gordas que digan:
«Adelante, caballero.»

El día que tú te mueras
Y te lleven á enterrar,
Si no me entierran contigo...
Con otra me enterrarán.

Eres como el eco
De la encrucijada.
Que responde *¡Te quiero!* á un *¡Te quiero!*
Y no quiere nada.

¡Caramba! dijo un chico
De Paracuellos.
¿Qué será que me gustan
más ellas que ellos?

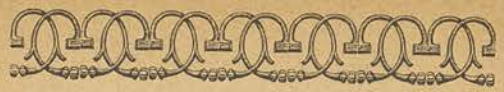
Suspiros que de ti vienen,
Suspiros que de mí van,
Ganas de perder el tiempo,
Y ganas de suspirar.

¡Ay! ¡Quién fuera la pila del agua,
Del agua bendita!
Donde metes los días de fiesta
Tu hermosa manita.

Si vas á coger moras,
¿Por qué lo dices?
Luego traigo moradas
Yo las narices.

La primera cita,
¡Qué dulce que fué!
Y no hablamos nada.
¡Pues ahí verá usté!

El cura me lo pregunta
Y no lo quiero decir.
Si ya se lo has dicho tú,
¿A qué tanto repetir?



¡QUÉ SITUACIÓN!

—

Ayer tarde, un caballero
Que viajaba en el tranvía
A mi lado, me decía
Con acento lastimero.
—¡Qué situación! ¡Vea usté
La situación en que estamos!
¡Nadie sabe á dónde vamos!
—Yo al barrio.—Le contesté.—
—No es eso. Quiero decir
—Me respondió incomodado—
Que se presenta nublado,
Muy nublado el porvenir.
La Hacienda está por el suelo;
El capital... retraído;
Y el comercio, tan perdido
Que no se vende un pañuelo.
No ha llovido este verano.
Continúa sin llover;
Y si no llueve, va á ser
Atroz el precio del grano.
Este tiempo desespera.
Los dias claros, serenos...

Igual las noches... si al menos
Alguna noche lloviera.
Entonces, se ablandaría
La tierra, y con la sazón
Tendríamos ocasión
De sembrar. Se sembraría.
Pero ¡nada! Todas ellas
Frías, secas, estrelladas...
Continuamente empeñadas
En hacer ver las estrellas.
Pues ¿y la salud? ¡Ya... ya!
¡Se está muriendo la gente,
Tan atropelladamente
Que hasta sin la unción se va!
Me lo ha dicho un ortopédico
Ayer noche en el teatro,
Que se mueren más de cuatro,
Sin necesidad de médico.
Créame usté ó no me crea,
Como esto llegue á seguir
¡Verá usté el pan!... es decir,
No va á quedar quien lo vea.
El tranvía se paró,
A la vez nos levantamos,
Uno tras otro bajamos,
Y entonces le dije yo.
—Dispense usté caballero;
Usté será labrador,
Por lo visto.
—No, señor,
Me dijo: Soy paragüero.

PROSA

—

Te vi una tarde, y no vi,
Morena, que te pisé.
Tú exclamaste.—No hay de qué.
Y yo murmuré.—¡Ay de mí!
La burla no conocí,
Y ahora, de veras lo siento,
Pues al mirar el portento
Que me depara la suerte,
Creo que, hasta conocerte,
Perderé el conocimiento.

Por eso, en pos de tu huella,
Marcho de día y de noche;
Ya vayas á pie, ó en coche,
O con tu madre ó sin ella.
Si es tu mirada la estrella
Que al paraíso me guía...
Si es tu acento la armonía
Que hace mi lira vibrar...
¿Cómo no he de suspirar
Por ti, de noche y de día?

No te diré, adulador,
Que es de nieve tu garganta,
Ni que detrás de tu planta
Brota al instante una flor:
Frases son estas de amor
Que se oyen todos los días,
Son... discretas tonterías
Que jamás aprenderé,
Y que nunca te diré,
Y que tu no escucharías.

Basta de finos modales,
Y de cumplimientos finos.
Tienes dos ojos divinos,
Y dos manos celestiales;
Tus dientes están cabales,
Y pareces campechana,
Eres guapetona y sana,
Nadie murmura de ti,
Y te quiero... porque sí,
Y porque me da la gana.

Allá, cuando en el Enero
Sople el huracán bravío,
Nos reiremos del frío
Junto al calor del brasero;
Tú, con lenguaje sincero,
Me pintarás tu pasión,
Y mientras el aquilón
Desencadene sus sañas,
Oiré, asando castañas,
Tu sencilla relación.

Cuando la pálida nieve

De las nubes se desprenda,
Y nuestra pobre vivienda
Esmalte su carga leve,
Para que el frío no lleve
Hasta mi amor sus heladas,
Mientras sus hebras plateadas
Se enredan en nuestro techo,
Yo, calentaré mi pecho,
Al calor de tus miradas.

Y cuando llegue el verano,
Cuando la vega frondosa,
Y la gruta misteriosa,
Y la montaña y el llano,
Con el amarillo grano
Coronen sus blancas sienes,
En vez de partir en trenes
De placer ó... desgraciados,
Vagaremos enlazados
De nuestro amor en rehenes.

¡Verás... verás que dichosos
Pasamos los dos la vida!
Tú, entre mis brazos dormida;
Yo, entre los tuyos hermosos!
Ningunos más venturosos
Podrá el mundo imaginar...
Como tú me quieras dar
Una cita, en cualquier parte,
Y yo... me atreva á robarte,
Y tú... te dejes robar.

Á CORINA

No suspires, Corina encantadora,
Porque marchite Amor en tus mejillas,
Aquellas sonrosadas florecillas
Que fueron como espejo de la aurora.

Magdalena también fué pecadora,
Y hoy se postran ante ella de rodillas.
Ese hermoso rubor con que te humillas
Es luz que te ilumina y te avalora.

¡Caiste... y todo cae! Dios lo predijo.
El mismo sol que sube por un lado,
Cae por el otro, y en momento fijo.

Así, no te avergüence tu pecado;
Porque también Dios Padre tuvo un hijo,
Y no se sabe aún si fué casado.

LO DE SIEMPRE

—

Mientras que fueron novios,
¡Cuánto se amaban!
Aunque no estaban juntos
Siempre se hallaban.
Y ahora, casados,
¡Siempre juntos, y siempre
tan separados!...

HISTÓRICO

—

Yo no sé de donde saca
El vulgo esta afirmación.
Dicen *que la carne es flaca;*
Y es una contradicción.
Yo conozco una señora
Mujer de un guardia civil,
Que está destinado ahora
De guarnición en Motril.
Doña Francisca se llama;
Y pesa tantas arrobas,
Que para instalar su cama
Necesita tres alcobas.
Sin poderlo remediar,
Tanto la pobre ha engordado,
Que hasta se la ve engordar
Mirándola con cuidado.
Me han dicho que el otro día
Quiso en el tranvía ir,
Y se metió en el tranvía;
Pero no pudo salir.
Por eso no se compone,
Ni va jamás elegante,

Pues todo lo que se pone
Se le descose al instante.
  Así es que va por su casa
En otoño y primavera,
Con una bata de gasa
Que parece una alambrera.
  Y en cuanto aprieta el calor,
Usa no más que un vestido
Pintado en la carne, por
Un primo de su marido.
  En vista de estas razones,
Yo me río, y no hago caso
De esas frases, que á millones
Se escuchan á cada paso.
  Pues no sé de dónde saca
El vulgo esta afirmación:
Dicen *que la carne es flaca;*
Y es una contradicción.
  Porque si eso verdad fuera,
En tal caso, doña Paca,
Cuanto más gorda estuviera
Debería estar más flaca.

A UNA RUBIA

—

Quién pudiera enredarse en tus cabellos,
Y con el rubio humor que los colora,
Entrar como ladrón por uno de ellos
Sin que tú lo sintieses y á deshora.

Y ya bajo tu frente encantadora
Cogerse al rayo de tus ojos bellos,
Cuando vuelves adentro, soñadora,
La lumbre de sus mágicos destellos.

Bajar callando por tu cuerpo hermoso;
Ver si tu corazón es nieve pura
Como tu seno blanco y voluptuoso:

Y si es toda de mármol tu hermosura,
Buscar allí mi tumba y mi reposo,
Muriéndome de frío... ó calentura.

PUES, SEÑOR...

—

Pues, señor, que me dijo
Doña Tomasa:
«Si quieres colocarte,
Sé de una casa.
Un caballero solo.
De *Castrurdiales*,
Persona muy decente;
De treinta reales.
Se retira temprano,
Cena judías,
Y le gusta la carne
Con chirivías.
No es muy *escropuloso*
Para el planchado,
Y tiene un mono verde
Domesticado,
Que le enciende con yesca
Los cigarrillos,
Y le ata y le desata
Los calzoncillos.
—Y *¿fuistes?*—No señora.
Yo,.. bien quería;

Pero dijo mi madre
Que ella sabía
De otra casa, en la calle
De Cañizares.
Una señora, viuda
De militares,
Pues se casa á menudo
y enviuda al poco,
Y lleva... no sé cuántos,
Ni ella tampoco.
Persona muy decente,
Se llama Lola,
Y tiene su pianito
De media cola.
Como que da sus bailes
Con gran *frescuencia*,
Y *azmite* caballeros
Con asistencia.
—Y *¿fuistes?*—No, señora.
Porque aquel día
Me dolía una muela,
Que me dolía
Desde que estuve en casa
De doña Nieves,
Aquella que me hacía
Todos los jueves
Ponerla sinapismos
En las rodillas,
Para que la engordasen
Las pantorrillas.
—¿Pero al cabo no has ido?...
—Yo... no señora.
—¿Y estás demás... tan fresca?
—¿Quién me acalora?

¡Pues apenas que sobran
Colocaciones!
Ya me han dicho de uno
Que anda en jamones;
Sobrino del tío Rico,
Muy buen sujeto,
Y que trata á las chicas
Con gran respeto.
Y las viste y las calza,
Si á mano viene,
Y hasta tiene doncella,
Cuando la tiene.
Pero no tengo prisa,
Señá Sotera,
Porque con esta cara...
¡Cuando yo quiera!

EN EL VIADUCTO

—

Ya no hay remedio, Juliana.
—Ya no hay remedio, Damián
—Mañana, por la mañana,
Abajo nos hallarán.
—¡Tú te aburres á mi láo!
—¡No me tengo de aburrir!
—¡Ay! ¿Y pa que te has casáo?
—No te lo quiero decir.
—Pues ná; pa golverme loca.
—¡Tú sí que me güelves!
—¿Yo?
—¡Como que ya andas en boca
De todos!
—De todos, no.
—Bueno; ¡pues no puedo más
Aguantarte!
—¡Ni yo á ti!
—Ayer te vi con el Blas.
—Bueno: ¿y yo con quién te vi?
—Con la Blasa. Me paró,
Y me habló.
—Yo me paré

Con el Blas, porque me habló.
—Y ella me paró, y le hablé.
—Yo soy así; no te asombres.
—Así me hizo Dios; qué quieres.
—¡Malditos sean los hombres!
—¡Y malditas las mujeres!
—¡En fin, que ya no cabemos
Aquí!
—¡Pus á la otra banda!
—¿Y estás... en que nos matemos?
—Juntitos, como Dios manda.
—¡Pus anda tú!
—Tú primero.
—¡No; tú!
—Mujer, soy galante.
Y como buen cabayero...
Las señoras por delante.
—¿Y el pudor?
—Pus si me tiro
Primero que tú, es peor;
Porque *dende* abajo, miro,
Y padece tu pudor.
—Mas si el golpe te revienta
Y te matas, como espero,
Me tiro ya más contenta;
Conque tírate primero.
—Yo... quisiera darte gusto
Y desnucarme en seguida,
Pero *miacongoja* el susto
Que te dará mi caída.
—Pus no te aflojes por eso,
Y tírate sin temor;
Que, si te quitas un peso,
Yo... me quito otro mayor.

—¡Luego... no me quieres ya!
—Ni tú tampoco, con que
Divertirse por allá.
—Lo mismo le digo á usté.

(Pausa breve.)

—Yo en la frábica trabajo
Y no te falta un cocido.
—Yo hago botas á destajo
Y no te falta un vestido.
—Pero, en varias ocasiones
No me ha sobrao la ropa.
—Y yo *mencontrao* botones
Y espolines, en la sopa.
—¡Causalidáz!
—Y el letrero
De un botón, que he conservao,
Dice entre bombas:—«Tercero,
De artillería, montáo.»
—¡Causalidáz!
—Ya lo sé.
—Acaso entre el pan vendría.
—Pero no me lo tragué,
Ni lo trago todavía.
—¿Dudas de mí?
—No por cierto.
Pero el botón está aquí.
—Cuando nos hayamos muerto
¡Ya t'acordarás de mí!
—Pus vamos pronto hacia allá,
Y no seas rencorosa.
—¡Anda, arriba!
—¡Arriba!... ¡Ah!
Se me olvidaba una cosa.

—¿El qué?
—Como hemos salío
Ciegos, de la habitación,
Hemos dejao encendío
En la cocina el velón.
—¡Es verdáz!
—Puede haber fuego.
—¡Y puede la casa arder!
—¡Y el barrio!
—¡Y Madriz'
—¡Y luego
Nos vendrían á prender!
—¿Y si ya entonces estamos
Los dos en la eternidáz?...
—¿Ya ves, cómo contestamos
Desde allí á la autoridáz?...
—Vamos á casa corriendo.
—En un *istante* llegamos.
Y si el velón está ardiendo...
—Subimos...
—¡Bú!.. Y lo soplamos.
—¡Y en cuanto apagao esté
Nos quitamos la *esistencia!*
—¡Con más decoro!
—¡Y sin que
Nos remuerda la *concencia!*

—

Llegaron en un abrir
Y cerrar de ojos, y... ¡plón!
Apagaron el velón
Y... se echaron á dormir.

LAS HORMIGAS.

—

De un hormiguero que hay en aquel prado
Que está junto al camino reclinado,
Salieron una tarde mil hormigas.
Allí había de todo:
Padres, madres, hermanas, y *aun* amigas.
Y torciendo á la vez por un recodo,
Entraron lentamente
Por el blanco camino,
Que cruza el valle hasta el lugar vecino.
Iban todas andando alegremente;
Ya en busca de alimento,
Ya tomando el calor que el sol envía;
Y con pausado, suave movimiento,
La cinta negra siempre se movía,
Ondulando... ondulando...
¡Quién sabe si de amores platicando!
De pronto, un cochecillo,
Se asomó por un verde montecillo,
Y entró en la carretera
Un momento después, y á la carrera.
Era el correo: el conductor cantaba;
Y entre el polvo y la grava,

Aplastaron las ruedas y el caballo
Al pasar con empuje violento,
Cuarenta hormigas, cuyos nombres callo
Porque nunca los supe, aunque lo siento.
Las demás... se pararon un instante,
Y luego... continuaron adelante,
En busca de la paja ó del granillo,
Como antes de pasar el cochecillo.
¡Y allí quedaron solas y olvidadas
Las pobres que murieron aplastadas!

—

Es el mundo también un hormiguero.
Hormiguitas los hombres, que buscamos
Cada cual por distinto derrotero,
Ya la gloria, ya el pan que deseamos.
Pasa la Muerte, pálida y escueta,
Cantando en su carreta,
Y aplasta dos ó tres que coje al paso,
Grandes ó chicos ¡ay! no importa al caso.
Los demás... nos paramos un instante,
Resuena algún lamento,
Y luego... continuamos adelante,
Porque aquí, ¡nunca cesa el movimiento!...
Al que cae, se le deja y se le olvida;
Hay que seguir *buscándose la vida*
Sin perder un momento;
Pues nos causa la caza del sustento,
Como la de la gloria,
Tantas humillaciones y fatigas,
Que no nos queda tiempo ni memoria
Para llorar, y recordar los nombres
De los hombres que mueren como hormigas,
Ni los de hormigas muertas por los hombres.

LA CONSULTA

—

Ay! Tengo un dolor, doctor,
Que no me deja vivir.
—¿Dóndes tienes el dolor?
—Pues, no lo puedo decir.
—Pero, algo te dolerá.
—Sí; me duele todo, y nada.
Es una cosa que ya
Me tiene desesperada.
—¿Hay malestar?
—¡Sin cesar!
—¿Y el apetito?
—Excelente.
—¿A pesar del malestar?
—Pues como divinamente.
—¿Y duermes bien?
—Sí, señor.
—¿Con sueño no interrumpido?
—Sí, señor.
—Pues, ¿y el dolor?
—Tal vez se quede dormido.
—Si has tenido algún disgusto

Con tu novio, ya es un hecho...
—¡Cá! Si en todo me da gusto.
Y yo también.
—¡Buen provecho!
—Y como no acierto con
La causa de esto, quisiera,
O darme una explicación,
O bien que usté me la diera.
—Bien; pero algo observarás
Para yo poder guiarme.
¿En dónde te duele más?
—Si no sé cómo explicarme...
Unos días, me parece
Que el corazón se me achica;
Otros días, que me escuece,
Y otros días, que me pica.
Y otros días, sin saber
La causa ni la razón,
¡Plum! pues me empieza á crecer,
De repente, el corazón.
—¿Así, de pronto?
—De pronto.
Y de pronto se me pasa.
—¡Pues, hija, me dejas tonto!
—Eso me dicen en casa.
Hoy, cuando me levanté,
Tan buena que me sentía;
Y al poco rato, noté
Que el corazón me crecía.
—¿Y aún te crece?
—Sí, señor
Y me crece sin parar.
—Entonces—dijo el doctor—
Te lo tengo que mirar.

—¡Me da vergüenza!
—¿Por qué?
Si eso le pasa á cualquiera.
Y yo te lo miraré
Como si no te lo viera.
—¿Y he de quitarme el vestido?
—Un poco, sólo no más
Para aplicarte el oído;
Conque, no te enfriarás...
—¡Ay! ¡Me da mucho rubor
Ponerme así, en su presencia!...
—Anda, no tengas temor;
Si, quien te mira, es la ciencia.
—Así... ¿es bastante?
—Pero, hija,
Así no puedo auscultar:
Porque eso es una rendija,
Y no me puedo acercar.
—¡Ay! Entonces... yo no sé,
¡Si está el corsé por delante! ..
—Pues, aflójate el corsé.
—Así, ¿es bastante?
—Bastante.
—Y... ahora, ¿qué va usted á hacer?
—Pues, colocar el oído
Sobre el pecho, para ver
Si lo tienes muy crecido.
—¡Ay! ¿el pecho? demasiado.
—Ya... ya lo veo, hija mía.
Pero, ¿no me has indicado
Que el corazón te crecía?
—Sí, señor; y ahora también
Me está creciendo, el maldito.
—¡Quieta!... No te muevas, en

Lo menos un minutito.
—¿Puedo hablar?
—Si quieres, habla.
—¿Qué observa usté?
—Poca cosa.
—¿Qué?
—¡Qué tienes una tabla
De pecho, maravillosa!
—¿Y el corazón?
—Ya lo siento.
—¿Lo tengo sano?
—¡Muy sano!
Pero, ¡ten calma un momento,
Y no me apartes la mano!
—¿Me lo siente usté crecer?
—¡Espera un poquito... espera!...
—¿Aún no me puedo mover?
—¡No! ¡De ninguna manera!
—¿Me crece?
—Creo que sí...
¡Ay!...
—¿Qué le sucede á usté?
—Pues, ¡que ahora me crece á mí!
—¡Adiós! ¡Ya le contagié!

VERSITOS

—

Qué bonita es la mujer,
Y qué bonita es la flor!
Y ambas se pueden tener,
Porque se compran, ó por
Que las podemos coger.
Mas como el placer de verlas
No basta, y para gozarlas
Es necesario tenerlas,
Aunque es cómodo el comprarlas,
¡Qué encanto tiene el cogerlas!

—

¡Si pudiera ponerse en una lista
Todo lo que pecamos con la vista!

—

Nacer para trabajar,
Y morir para volver
De nuevo á resucitar,

O no lo puedo entender,
O es ganas de fastidiar.

—

Yo no sé lo que pasa,
Que estando á oscuras
Gustan más que de día
Las apreturas.
Y dijo Rosa:
¡Pues á mí me sucede
La misma cosa!

—

¿Adán y Eva se besaron?
Se me figura que sí.
Si tan solitos se hallaron
Y desnudos los dejaron,
¿Qué habían de hacer allí?
¿Se besaron con permiso,
O cometiendo un exceso?
¿Lo quiso Dios?... Sí lo quiso:
Que un paraíso sin beso
No sería paraíso.

—

Nos mandó tu madre
A coger melones.
¡Qué tarde pasamos,
Coge que te coge!

—

Como á través de los cristales pasa
El sol todos los días,
Que entra como en su casa

Llevando resplandores y alegrías,
Y luego se retira poco á poco,
Y allí no deja nada,
Que el sol, como el Amor, es algo loco
Y cambia á cada instante de morada,
Así pasa el Amor, ¡oh niña hermosa!
Por ese cuerpo de jazmín y rosa:
Llega, pasa, lo enciende breve instante,
Y después se retira tan campante.

—

Por besarte me diste
Cuatro cachetes.
¡Ay, qué ganitas tengo
De que me pegues!

—

La mujer, cuando es bruta,
Es más bruta que el hombre, sin disputa.

—

No es cierto que entré al corral,
Ni que hablamos muy bajito,
Ni que le dijiste al gallo:
¡No cantes en un ratito!

—

Te he visto cuando entrabas en el baño:
Ya tengo calentura para un año.

—

Asoma la carica
Por la gatera,
Y yo seré el gatico
Que esté por fuera.

—

Y dijo el Padre Eterno,
Al crear la mujer, tranquilamente:
«Ahí os va! Solamente
Para probar que hay gloria y que hay infierno.»

LA ARAGONESA

—

Aún me parece verla por el mercado
Vendiendo los rojizos melocotones,
Mientras sus pobres hijos duermen al lado,
Enseñando la carne por los calzones.
Ancha, cual los olivos que hay en Torrero;
Como la Torre Nueva, morena clara,
Lleva en sus ojos chispas de algún lucero
Que bajó á oir la Jota junto á su cara.
Con el negro cabello mal recogido;
Como grana los labios y las mejillas,
Blancas las alpargatas, corto el vestido,
Y redondas y duras las pantorrillas.
Al pasar por el Coso, que se estremece
Al sentir de su planta la violencia,
Ella, si no es hermana, pues lo parece
De aquellos dos gigantes que hay en la Audiencia.
Junto á la dulce nota del sentimiento
Lleva en su alma chasquidos como de rayo,
Y tiene igual perfume su casto aliento
Que aquel *chordón* tan rico que hay en Moncayo.
Libre y pura lo mismo que las palomas
Que bañan en el Ebro sus blancos picos,

Corre ya por la huerta, ya por las lomas,
Llevando de la mano sus *pequeñicos*.
No teme á las heladas ni á los ciclones,
Ni al sol aquél, que araña más bien que pica,
Porque cura sus males con oraciones
Teniendo en Zaragoza su Pilarica.
Y no quiero deciros lo que es la Jota,
Ni cuando ella la baila, lo que se siente,
Porque al pensarlo sólo se me alborota
Todo eso que tenemos tras de la frente.
Guitarrillos que ríen, quejidos suaves,
Algo así como aromas que caen del cielo,
Murmullos de la selva, trinos de aves,
Y una mujer que nunca para en el suelo.
Vinieron los franceses á conquistarla,
Arrojando sobre ella sus batallones,
Y se quedaron tontos al contemplarla
Cantando entre las ruedas de los cañones.
Ya les dijo la Virgen que no quería
Ni rendirse ante nadie, ni ser francesa,
Y si otra vez volvieran... se lo diría,
Abrazada á su Virgen, la Aragonesa.

HABLADURÍAS

—

La chica que vive
En el sotabanco
Tiene relaciones
Con un chico manco.
Y desde que saben
Esas relaciones,
Andan las vecinas
En murmuraciones.
Pues dicen algunas
Que la chica esa
No saben qué tiene
Que se pone obesa.
Mas la chica dice,
Sin ruborizarse,
Que no es cosa mala
Eso de engordarse.
Que ella come mucho,
Que se encuentra sana,
Y si engorda, engorda
De muy buena gana.
Pero las vecinas
Son tan maliciosas,
Que cuando ella pasa

¡Dicen unas cosas!...
Y le echan la culpa
Al pobre manquito
De que tenga ella
Tan buen apetito.
Yo no afirmo nada,
Ni en nada me meto,
Y miro esas cosas
Con mucho respeto.
Pero el otro día
Me dijo un vecino,
Que se llama creo
Que don Secundino:
—¿Sabe usté que aquella
Chica tan bonita
Que estaba redonda
Como una bolita,
Hace ya algún tiempo
Que está tan delgada
Que parece como
Desencuadernada?
Y lo que es más grave,
Siempre que pasamos
Cerca de su puerta,
Gritos escuchamos.
Pero, cosa rara,
Todos esos gritos
Suenan como voces
De tres angelitos.
—¡Caramba!—le dije.—
¿De tres nada menos?
—¡Y por lo que chillan
Deben de ser buenos!
—Pero ¿quién la puso

Ese sotabanco?
No sé quién sería,
¡Pero no era manco!
—Vea usté—le dije
A don Secundino.—
¡Cómo se murmura
De cualquier vecino!
El manco dijeron
Que la cortejaba,
Si entraba y salía,
O si se quedaba.
Y claro, que, viendo
Lo que ha sucedido,
Pues si no era manco...
El manco no ha sido.

SONETOS

—

I

Perdido y arruinado por completo
Por cierta sevillana muy famosa,
Me decía un Tenorio en Panticosa,
Hecho ya el pobrecito un esqueleto:

—Mira, voy á contártelo en secreto.
La Pepa no es mujer, es cualquier cosa.
Mientras tuve dinero, ¡qué amorosa!
Pero ¡ay! no tuve, y me faltó al respeto.

¿Ves el grano de trigo, que da vida
Dándole blanco pan al que lo entierra?
Eso fuí yo, para esa maldecida.

La mujer, casi siempre es una perra:
Que, por lo menos, saca la comida
Del tonto á quien sepulta bajo tierra.

II

Era al obscurecer. Ella temblaba,
Y entre largos sollozos refería
Una historia de amor, que enardecía
Al viejo confesor que la escuchaba.

Todo en silencio en la capilla estaba:
Sólo á intervalos el rumor se oía
Del mundo que en la calle se reía
Y del llanto que dentro contestaba.

—¡No! ¡no puedo absolverte! rugió el cura,
Y sacando una mano, toda hueso,
—¡Vete—le dijo—pobre criatura!

Pero ella la estrechó; sintióse él preso,
Vió acercarse los labios de la impura,
Y... la absolvió, porque le diera el beso.

III

Dos jóvenes amantes, en Florencia,
Por no sé que razones, se mataron,
Y en vez de condenarse, se salvaron,
Porque Dios es así, todo clemencia.

Una vez en el cielo, por prudencia,
A diferentes coros los llevaron;

A ella, entre las monjitas la dejaron,
Y á el, entre los doctores de la ciencia.

Un día, un querubín, de alas brillantes,
Les preguntó:—¿Qué tal? Y á voz en cuello
Contestaron al par los dos amantes:

—¡Ay! Mejor que en el mundo. ¡Esto es tan bello!
Pero aquí nos han puesto tan distantes
Que, la verdad, nos gusta más aquello.

MI PERFIL

—

Señor don Miguel Moya.
Muy Señor mío:
Me pide usté un retrato, y ahí va volando,
Me pide usté mi historia, pues se la envío:
Pídame usté la vida. Pues se la mando.

. . . . . .

Soy procedente—dicen—de Zaragoza,
Donde vi, desnudito, la luz del día,
Y desde aquel instante ya me retoza
Por el cuerpo y el alma la poesía.
Porque, eso sí, los vates somos precoces
Y cazamos los ripios con chichonera.
Hay trovador de pecho, que empieza á coces
Y acaba en seguidillas con la niñera.
Yo no apunté los meses de mi lactancia,
Por lo cual no recuerdo lo que he mamado,
Pero juro, señores, aunque es jactancia,
Que he sido, y continúo, muy bien criado.
Creo que eché los dientes; aunque me choca
Eso de *echar los dientes;* porque yo encuentro

Que llevando los dientes siempre en la boca,
No los echamos nunca, si quedan dentro.
Amé, como aman todos... ¡á los seis años!
Siempre hay alguna prima con quien se juega;
Causa de mil placeres y desengaños,
Porque al fin le pegamos, ó ella nos pega.
Crecí, sin yo notarlo, tal vez dormido.
En cerrando los ojos, ya me estiraba;
Así es que, francamente, nunca he podido
Saber en qué momentos me prolongaba.
Estudié, como todos... entre boleas,
Y puntapiés, y gritos de mi maestro:
Y aprendí, como todos, cosas muy feas
A la par que la Salve y el Padre Nuestro.
Al fin, vine á la corte, con pocos cuartos
Y la cabeza llena de redondillas,
Y he tenido en la corte bastantes partos,
O sean zarzuelejas y piececillas.
Pero no las recuerdo por alabarme:
Es que ellas me recuerdan á todas horas,
El gusto que me causa poder codearme
Con las tiples y el coro de las señoras.
También compongo coplas, cuando me pongo,
Y hasta me dan por ellas para unas botas,
Pero aunque dejo dicho que las compongo
Debo advertir, señores, que no están rotas.
De mi físico... nada, no digo nada;
No quiero que me tachen de vanidoso:
Ahí está mi cabeza, muy bien *tirada*
Por un procedimiento maravilloso.
No soy guapo ni feo; soy como muchos;
Y tengo mis lunares como cualquiera.
En fin, soy uno de esos mil avechuchos
Que van por esas calles con su chistera.

Ahora... dentro del alma, ya es otra cosa.
Allí, en un rinconcito... y en lo más hondo,
Tengo una losa negra: ¡pero qué losa!
Con un peso tan grande, que rompe el fondo.
¡Eramos tres en casa, que nos amábamos!
Paraíso con puertas y con pasillos,
En él, á cada instante nos encontrábamos,
Y reíamos todos como chiquillos.
Las noches del invierno, las del verano,
¡Qué alegres las pasaba!... Siempre tenía
Cuatro manos amigas junto á mi mano;
Y una boca, ó dos bocas, sobre la mía.
De pronto, una mañana, ¡porque Dios quiso!
Alzó el ángel las alas poquito á poco,
Y se quedó sin ángel mi paraíso,
Y yo creí aquel día volverme loco.
¡Aún me parece verlo! no dijo nada.
Voló su miradita, tras de los rayos
Del sol, que fué á cogerle sobre la almohada,
Porque además de amigos... eran tocayos.
Dos soles alegraban mi vida entera
Que hoy se extingue en cenizas como la brasa.
El sol que es para todos, y aún brilla fuera,
Y el sol que yo tenía dentro de casa.
Y, ahora, solos y tristes los pobres viejos,
Contemplando en silencio la chimenea,
Pensamos *en el nuestro*, que está tan lejos,
Tan lejos... ¡que no hay nadie que ya lo vea!
Y así paso la vida, como otros muchos,
Con el alma en la rueda de horrible potro,
Porque soy uno de esos mil avechuchos
Que van por este mundo... por no irse al otro.

¡ILUSIONES!

—

Todo va bien, muy bien! La gloria es viento,
Miseria son las pompas mundanales,
Y hasta en los graves cantos funerales
La duda y el terror tienen asiento.

Ciega la Fama, polvo el monumento,
Pasamos por el mundo los mortales
Como rayos de sol por los cristales;
Todo ilusión y todo fingimiento.

Se cree el amor que con teñido labio
Pinta la cortesana, y luego cobra.
Llega siempre el audaz antes que el sabio.

Sobra el honor, y hasta el trabajo sobra
Desde que su mujer mantiene á Fabio.
Si esta es la obra de Dios... ¡vaya una obra!

A MIS PAISANOS

—

Como no puedo asistir
al banquete colosal
En que os vais á reunir,
Lo que pensaba decir
Lo dirá por mí, Vital.
Y ya que yo no concurro,
Le he dicho:—Pues anda tú,
Aunque no seas baturro.—
¡Yo había de hacer el bú!...
(Abreviatura de burro.)
Vital va á hacerme el favor
De servirme de lector;
Y aunque yo lo diga mal,
Puesto en boca de Vital
Os parecerá major.
.....
.....
¡Oh, Zaragoza sin par,
Nunca te podré olvidar!
A todas horas te veo
Con tu torre de la Seo,
Y tu Virgen del Pilar.
De aquella ciudad querida

Llevo siempre en la memoria
La dulce sombra dormida;
Que su gloria es nuestra gloria,
La gloria de nuestra vida.
Aquí el Coso, allá Torrero,
Abajo el Ebro bramando
Y el arrabal bullanguero;
Y aquella jota, cantando,
Que aquello es el mundo entero.
¿Pues y las aragonesas?
Tan hermosas, tan sencillas,
Más dulces que las camuesas.
¿Dónde hay mujeres como esas
Y con esas pantorrillas?
¡Qué ternura, y qué valor!
La patria en sus ojos late
Con increíble vigor.
Leonas para el combate,
Palomas para el amor.
Todo es grande y singular
En aquella tierra hermosa:
La Aljafería, el Pilar
Y el Ebro, que va á Tortosa
Para darle miedo al mar.
Dulces recuerdos de ayer,
Silueta de aquella casa
Donde me tocó nacer:
¿Por qué no habéis de volver,
Como música que pasa?
¡Padre mío y madre mía!
¡Cuánta poesía había
De vuestro hogar en la calma!
¡Con qué placer os vería,
Pobrecitos de mi alma!...

Mi juventud, mis amores,
Todos pasaron allí.
Mis cantares, los mejores,
Todos te los debo á ti,
Que los llenaste de flores.
Allí, en el santo Pilar,
Me enseñaron á rezar;
Allí vi la luz del día.
¡Ay, Zaragozica mía,
Nunca te podré olvidar!
Y allí quisiera morir,
Porque en esa tierra sola
Puedo tranquilo dormir;
Que esa es la tierra española
Que nunca se ha de rendir.
Por eso sois mis paisanos,
Más que amigos, mis hermanos;
Y dondequiera que estemos,
Allí nos abrazaremos
Todos los zaragozanos.
Ahí os va mi corazón,
Y basta ya de canción;
Pero dejadme acabar
Gritando:—¡Viva Aragón
Y la Virgen del Pilar!

POMPAS DE JABÓN

—

ELLA por una acera,
Yo en la de enfrente;
Nos miramos un poco
Rápidamente,
Por vez primera.
Pues bien; ella fué mía...
Desde la acera.

—

¿En qué consiste que tenías miedo
Cuando era novio y te apretaba el dedo?
¡Y ahora, cuando te aprieto como un loco,
Siempre me dices que te aprieto poco!

—

No me has dicho que me quieres,
Pero me miras del modo
Con que sabéis las mujeres
Decir... ¡nada! y decir ¡todo!

—

Es cosa que me choca
El que tu madre me haya prohibido
Poner mi boca encima de tu boca.
¡Pues si no hacemos ruido!

—

Hablando ayer del verano,
Y teniendo Gedeón
Un mapamundi en la mano,
Me hacía esta reflexión:
«Aquí, casi todo es mar.
Tierra poca; el mar la encierra:
Pues no debería estar
Nunca caliente la tierra.»

—

Tengo yo la manía
De que después de muerto has de quererme,
Por lo menos un día:
Tan sólo por el gusto de no verme.

—

Ella joven, y él también;
La habitación tiene reja;
La madre es sorda y muy vieja.
Requiescat in pace. Amén.

—

Lo que yo te dije
Después de abrazarte:
¡Verás qué morradas
Que nos da tu padre!

—

La conciencia. ¿Qué es eso?
Un tirano, vencido por un beso.

—

Cuando Dios hizo el llanto
No tuvo prisa;
Y luego, en un segundo,
Creó la risa.
Por eso el llanto,
Como hay tanto en el mundo...
nos dura tanto.

—

El sol brillando en el cielo,
En el aire el pajarito,
Y el arroyo por el suelo.
¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

—

Hay en tu carita
No sé cuantas cuerdas
Que, al mirarte, las tiran por dentro
Con gran ligereza,
Y te bailan los ojos, la boca...
¡Todo lo de afuera!
Pero si, bailando
Contigo, tropiezo
Y te doy un pellizco en el talle,
O dos, cuando puedo,
Tú me dices:—¡Por Dios, no me toques,
Porque me mareo!

Y me bailan la sangre y el alma...
¡Todo lo de adentro!

—

Tengo yo una lista
Que es lo que hay que ver.
¡Con cada conquista!...
Que he debido hacer.

—

En la cabeza de cualquier casado,
Por honrado que sea,
Siempre danza la idea del pecado.
Y pocos se contentan con la idea.

—

La mujer de Paco
No tiene vergüenza.
¡Y cuánto me alegro
De que no la tenga!

—

Si durara el amor lo que el deseo,
Pues no te digo nada, ¡oh Timoteo!

—

Cuando veas un hombre que se eleva
De un modo desmedido,
Y no halles la razón, hay una Eva
Que engaña al protector ó al protegido.

CUENTO DE VERANO

—

Vivía en una buhardilla
De la calle de la Ruda,
Un zapatero de viejo
Natural de Miguelturra.
Cuando llegaba el verano
Y hablaban de que se suda,
Y que Madrid es un horno
Que fríe las criaturas,
Como quien fríe buñuelos,
Decía en tono de burla:
—Ustedes se freirán
Porque viven en zahurdas;
Pero hay casitas muy monas,
Con buena temperatura,
Donde se pasa el verano
Como entre horchata de chufas.
Yo tengo una casa... ¡ay!
Qué casa más pistonuda.
Allí, el calor no se siente,
Vivimos con mucha holgura.
—¿En dónde?
—En una buhardilla;
Pero tan mona y tan cuca,

Tan bien acondicionada,
Que á mediodía, y no es chunga,
Hay que arroparse mil veces
Por no coger un reüma.
—¡Hombre! Y cerca del tejado,
Con este calor que asusta,
Tiene usté fresco, á las doce
Del día, junto á la luna?
—Sí, señor,—decía él.—
Y mi mujer, la Canuta,
Les dirá á ustedes, que digo
La verdad, igual que al cura.
Si ustedes quieren probarlo
Vengan mañana, á la una.
Yo como siempre á las doce;
Y en cuanto masco la última
Rodajilla del pepino,
Porque el pepino es mi fruta,
Pues le digo á mi mujer:
—«Sácate el colchón, Canuta.»
¿A dónde?
—Pues al tejado.
—¿Con este calor que abruma?
—Sí, señor; espere usté
Que acabe, y no me interrumpa.
Bueno; me saca el colchón
Al tejado, y con la punta
Del pitillo entre los dientes
Tomo carrera, y... ¡aúpa!
Al tejado yo también;
Y me estoy fuma que fuma,
Tumbado en mi colchoncito
Hasta que llega la una.
Y algunas tardes, me duermo

Como en un baño de azúcar.
—¿Y no se derrite usté?
—Sí, señor; porque á esa altura,
Sin sombrero, sin paraguas,
Y sin nada que me cubra,
Se me hacen agua los sesos,
Y caldo las coyunturas.
Mi mujer me grita, á veces,
Convertida en una furia:
—«¡Por Dios, hombre, no te duermas,
Que ya huele á carne cruda
Puesta á la parrilla, y vas
A tostarte la asadura!»
—¿Y usté sigue al sol?
—¡Pues claro!
Yo sigo chupa que chupa
Fumando mi cigarrito,
Y por dentro... hecho una estufa.
Pero, en cuanto empiezo á hervir,
Y la piel de las babuchas
Principia ¡pif! ¡paf! á echar
Chispas en forma de lluvia
De fuegos artificiales,
Que las medias me chamuscan,
Me incorporo—cuando puedo—
Y le grito á la Canuta:
—«¡Tira del colchón, á escape!»
Y entonces, con gran premura,
Entramos colchón y yo;
Ponemos la casa á obscuras,
Y digo lleno de gozo,
Abrazando á la Canuta:
—«¡Uy! ¡Qué buhardilla tan fresca!
¡Si parece una lechuga!»

JUGUETILLOS

—

NUNCA me olvidaré de aquella tarde
Que estuvimos los dos junto á la fuente.
Yo al principio cobarde, y tú, valiente:
Yo, valiente después, y tú, cobarde.

—

En verano me gustan
Más las mujeres,
Por que llevan las sayas
Con alfileres.

—

Me dijo que me amaba, tan bajito
Que casi lo entendí.
Han pasado veinte años, y aún escucho
Lo que apenas oí.

—

¡Oh, qué dulce sería la existencia
Sin canas, y sin tos, y sin conciencia!

—

Nunca lo he sabido,
Ni nadie lo sabe,
Si canta ó si llora
Cuando canta el ave.
Pero como siempre
Su canto me encanta,
Que averigüe el nuncio
Si llora ó si canta.

—

Parece la vejez un maleficio;
Porque no hay quien entienda
Que ahora, que soy maestro en el oficio,
No vienen parroquianas á mi tienda.
Y cuando era aprendiz y no sabía,
¡Cómo estaba la tienda, madre mía!

—

¿Qué más podemos pedir,
Si Dios nos permite amarle
Cuando vamos á morir,
Y Dios nos deja faltarle
Cuando se empieza á vivir?

—

De todos los amores, el mejor
Es el amor gozado sin amor.

—

No sé qué decirle á ese
Cuando me quiere besar:

Que me bese ó no me bese...
Y el pobre se va á cansar.
No sé qué hacer, ¡ay de mí!
Pues la suerte les llegó
Á unas por decir que sí,
Y á otras por decir que no.

—

No te aflijas, Inés; si yo me ausento
Otros te contarán el mismo cuento.

—

Las dos penas que he tenido
Que más me han atormentado:
Una, es haberte querido;
Otra, es no haberte olvidado.

—

Nacemos casi todos
Mirando al suelo,
Y á todos nos entierran
Mirando al cielo.
Es el destino,
Que nos indica siempre
Nuestro camino.

—

Ya te lo dije, Pepa,
Lo menos peligroso es que se sepa.

—

¿Qué tendrá el beso, Dios mío,
De nuestro primer amor,

Que si hace calor, da frío,
Y si hace frío, calor?

—

De todas las mujeres que he querido,
De la que más me acuerdo es de la Olvido.

AMOS Y CRIADOS

—

El teniente Cañizares,
De guarnición en Motrico,
Tenía como asistente
Destinado á su servicio,
A un soldado de Jeréz
Que se llamaba Cirilo.
Era guapo, decidor,
Y listo, pero muy listo.
Cuando lo sacó el teniente
Del cuartel, decía el chico:
—Mi tiniente, osté me zarva
Yo pa las armaz no zirvo.
Eso de haser sentinela,
Y de andar en ijirsisios,
Y dormir zobre un camastro
Con dos ó tres beduinos,
Que no ze lavan la cara
Porque tienen miedo al frío,
No es pa mí. Pongamusté

A que le barra el cuartico,
A que le lustre las botas,
A que le fría un cabrito
O un par de güevos, ó á que
Le zaque á la ropa briyo
A fuersa de sepillasos,
Y verá osté zi le cuido
Como zi fuera mi padre;
Porque zoy agradesío.—
—Bueno. Le dijo el teniente.
Si cumples lo prometido,
Te tendré en mi compañía
Como si fueras un hijo.—
El primer mes trabajó
Como una fiera el Cirilo;
Y el segundo mes también:
Llevaba al teniente limpio;
Guisaba regularmente,
Y sacaba su cocido
Con los garbanzos muy tiernos;
Porque, si acaso al servirlos,
Veía que estaban duros,
Los machacaba un poquito
Con los propios dientes, ó
Con el puño, ó el martillo.
En la compra no sisaba
Más que algunos centimillos,
Y hacía bien los recados
Y más ligero que un tiro.
En fin, que estaba el teniente
Muy contento con Cirilo.
¡Ay! Pero sólo duró
Dos meses aquel idilio.
Al empezar el tercero

Empezaron los descuidos.
El uniforme no estaba
Ni doblado ni en su sitio
Cuando andaba de paisano
El teniente. Los pitillos
No duraban casi nada:
Se los fumaba el Cirilo
Por distracción; en la sopa,
Si eran fideos, de fijo
Salían con los fideos
Cintas de los calzoncillos
Bailando el bolero. Un día,
Sacaba los huevos fritos
Con un sabor á petróleo,
Que á Dios encendía vivo:
Y otro día los sacaba
Más duros que un marmolillo.
En fin, que se hartó el teniente,
Y empezó á decirle á gritos:
—¡Vete al cuartel, so granuja!
¡Aquí yo no quiero pillos!—
Cirilo se echó á llorar,
Y exclamó muy conmovido:
—Mi tiniente, osté me pierde.
¡Zi güervo al cuartel, espicho!—
Pero el teniente, inflexible,
Lo echó con cuatro bufidos.
Salió el teniente al balcón
Cuando salía Cirilo
A la calle, y sin mirarle,
Así, como distraído,
Empezó á decir á voces:
—¡Perico! ¡Sube, Perico!—
—No zerá á mí (dijo el otro).

Porque ya estoy despedío,
Y no es mi nombre.—Y siguió
Andando muy afligido.
Pero de nuevo, el teniente
Continuó su vocerío,
Diciendo más fuerte aún:
—¡Perico! ¡Sube, Perico!
Volvióse Cirilo entonces,
Y vió que le hacía signos
Para que subiera, á tiempo
Que gritaba con más brío,
Y dirigiéndose á él:
—¡Perico! ¡Sube, Perico!—
—Vamos, ¿zabrá güelto loco?—
(Dijo para sí Cirilo.)
—Pero ya que me hase zeñas
Voy á zubir en dos brincos
Pa desirle, cuando menos,
Que mequivoca el bautismo.—
Subió; y el teniente estaba
En la puerta muy tranquilo.
Ál verle, le dijo:—¡Entra;
Entra cuanto antes, Perico!—
—¡Pero zi yo no me yamo!...
(Dijo el soldado.)
—¡Chitito!
Respondió el teniente.
—Tú,
Te llamas desde hoy Perico.
Pediría otro asistente
Y vendrían veinticinco;
Pero serán como tú.
Tan sisones, tan gorrinos,
Tan holgazanes, y tan...

Sólo con nombre distinto.
Con que te varío el nombre,
Pues de nada más varío.

—

Amos que tenéis criados
ó criadas, os lo aviso.
No mudéis más que de nombres,
Porque todos son lo mismo

A PEPE ESTREMERA

—

PERO, querido José,
¿Por qué de nuevo me incitas,
Dándome ocasión á que
Vuelva á componer coplitas?
Hombre, ¡eso es mucho rencor!
¡Mira que he estado de parto
Desde el domingo anterior,
Á las ocho menos cuarto!
¡Qué torturas y qué aprieto!
¡Qué instante más angustioso!
¡Y qué doctor, Vélez Prieto,
Tan sabio y tan cariñoso!
Cuando *salimos* del paso,
Le di un abrazo tremendo;
Si te hallas en este caso,
Chico, te lo recomiendo.
Calle de Santa Isabel,
Diez y seis, cuarto segundo.
Corre, y pregunta por él,
No le hay mejor en el mundo.

Pero al fin, gracias á Dios,
Vino el huésped esperado.
Un chiquillo, como nos
Le habíamos figurado.
Yo te quisiera decir,
Si al verle al cabo llegar,
Me puse al punto á reir,
Ó si comenzé á llorar.
Pero no acierto ni atino
Á contarte la impresión
Que aquel momento divino
Produjo en mi corazón.
De lo que entonces sentí,
Sólo tengo en la memoria
Una cosa, como si
Me subieran á la gloria!
.....
Miraba al pobre chiquillo
Su madre con embeleso;
En la calle, un organillo
Preludiaba el *Vals del beso;*
El doctor, rápidamente,
Se ocupaba en arreglar
El cuerpo del inocente
Que ya empezaba á gritar,
Y yo, aturdido, veloz,
Con una brocha de armiño
Me daba polvos de arroz,
Por dárselos á mi niño.
Después... ¡qué dicha más loca!
¡Cuántas horas ocupadas
En ver sus ojos, su boca,
Y sus manitas rosadas!
¡Qué sorpresa al ver que tiene

Una oreja á cada lado,
Y al ver que ya se sostiene
Solo, pero acompañado!
¡Qué asombro al ver el cabello
Caer por delante y detrás!
Ver que tiene... ¡todo aquello
Que tenemos los demás!
Y por caso extraordinario,
Cinco pies en cada dedo.
Quiero decir lo contrario;
Pero, de gozo, no puedo.
Porque la verdad, José,
Desde que ha llegado á casa
El monigote, no sé
Decirte lo que me pasa.
Yo que era tan comodón
Y por nada me movía,
En continua agitación
Paso la noche y el día.
Yo lo paseo, lo fajo,
Le doy jarabe, y lo tomo,
Porque con tanto trabajo
Me distraigo no se cómo.
Nada me sale derecho
Desde que me veo padre.
Ayer, me lo puse al pecho
Por ponérselo á su madre.
Y yo no sé si encontró
Algo de lo que buscaba;
Pero, en fin, si no mamó,
Hizo como que mamaba.
Con tanto jaleo, ¡claro!
Ya no me puedo mover,
Porque, la verdad, no paro,

Como puedes suponer.
Así, querido Estremera,
Perdona si no te doy
Las gracias, como debiera...
¡El chico llora!... ¡Me voy!

Mayo, 1883.

CONSEJILLOS

—

PARA un pariente colateral
Que quiere mi co... laboración,
Porque dirige, bastante mal,
Un *Semanario de educación,*
En breves máximas voy á trazar
El *caminito* de la virtud,
Para que en ellas, al deletrear,
Vaya empapándose la juventud.
Dos cosas buenas debes saber
¡Oh! joven párvulo, sin vacilar.
Nunca es temprano para comer,
Y siempre es pronto para pagar.
El día en horas se ha de partir
Y sabiamente clasificar.
Todas son buenas para dormir:
Pocas. . muy pocas... para estudiar.
Si algún amigo tiene mujer,
No se la debe *de* requebrar.
Unicamente, si puede ser,
Cuando esté triste, *la* consolar.
Usa del agua con precaución;
Siempre á distancia la debes ver.

Vino, aguardiente, jerez y ron,
Para uso interno debes tener.
No compres nunca tabaco, ¡oh!
Porque eso es una barbaridad.
Teniendo amigos que fumen, no
Creo que haya necesidad.
No des propinas en el café,
Aunque te tomen por catalán,
Porque los mozos se ríen de
los majaderos que se las dan.
A nadie prestes sin interés.
Mejor harías en no prestar,
Porque el que pide dinero, es
Porque no tiene con qué pagar.
Si estás de huésped, procura ser
Con la patrona siempre galán;
De esta manera podrás comer
Algo de carne y algo de pan.
A la gramática no me la dés
Muy malos ratos, que ya anda mal.
Aprende, en cambio, mucho francés,
Para que escribas original.
A las criadas trátalas bien,
Y si son guapas con más razón.
Sírvete de ellas, pero también
Gasta con ellas... educación.
No juegues, hijo, ni al *bacarrat,*
Porque los jueces andan tras *éll,*
Y te podrían dar un mal *rat,*
Como diría Ramón Rosell.
Si tienes novia, que la tendrás,
Y si te casas, aquí, *inter nos,*
Haz como hacía Santo Tomás:
Duda de todo... ¡menos de Dios!

¡NO FIARSE!

—

A la entrada del invierno,
Que empezó bastante frío
Decidí comprarme un terno
Como el de un amigo mío.
El cual es muy elegante,
Y de la alta sociedad;
Como que va tan flamante
Que es una preciosidad.
Así, pues, me decidí
Según ya queda expresado,
Y una mañana salí
En mi capita embozado.
Llegué á casa de Moreno,
Que me enseñó un paño verde,
Y me dijo:—Este es muy bueno;
Y de un color que no pierde.
Me dejé tomar medida,
Luego, me dejé probar,
Me lo hicieron en seguida,
Y hasta lo llegué á pagar.
Pero ¡ay! conmigo se junta,

Y está por el monte ciego,
Un cazador. ¡Cómo apunta...
En cierta casa de juego!
Y es cazador, sí, señor;
Pero á nadie le conviene
Que sea tan cazador...
De los amigos que tiene.
Casualmente le encontré
El día que yo estrenaba
Mi traje verde, y entré
Con él, en donde él entraba.
Buena casa, varios memos;
Mucha luz, mucha alegría;
De esas que todos sabemos,
Menos los de policía.
Por distraerme, me dijo,
Que subíamos allí.
—¡Te divertirás, de fijo!—
Y es cierto. ¡Me divertí!
¡Vaya! Hasta el amanecer
Que la distracción duró,
Me distraje; hasta perder
La cadena y el reló.
Al otro día indignado,
Le llevé á Moreno el traje,
Y por haberme engañado
Le dije con gran coraje:
—¿No era usted el que decía
Elogiándome este verde,
Que el tal color no perdía?...
¡Pues no es verdad! Porque pierde.

LO QUE YO HABLO SOLO

—

Puso las manitas
Sobre las almohadas,
Y después sobre ellas
Apoyó la cara;
Y con voz tan débil
Que apenas sonaba,
Me dijo, mirándome,
Con una mirada!...
«Me tiemblan los ojos,
Papá de mi alma!»
¡Y después... el pobre
Ya no dijo nada!
.....
.....
Los ojos abiertos,
Las negras pestañas,
Todo inmóvil... todo
Como las estatuas.

¡No sintió ya el pobre,
Que se los cerraba!

—

A la gloria, dicen
Que se van los niños.
¡Qué gloria más gloria
Que tenerlos vivos!

—

¡Qué hermoso que era!
¡Qué alegre vivía!
Ninguno pensaba
Que se moriría...
¡Cuánto hemos jugado!
¡Cuánto hemos reído!
¡Aún se me figura
Que no se me ha ido!...
Cuando entro en el cuarto
En donde él jugaba,
Allí está la silla
Donde se sentaba.
Detrás de la puerta
Miro distraído,
Pensando si acaso
Aún está escondido;
Y voy al colegio
Siempre á mediodía,
Para ver si sale
Como antes salía...
.....
¡Qué casa tan sola!
¡Qué mesa tan triste!

Hasta el pajarito
No quiere el alpiste.
Y aún me dice el cura
Que así convendría!
Si Dios se los lleva...
¿A qué los envía?

—

Cuando oigo á los niños
Que dicen ¡Papá!
En el fondo del alma ¡qué envidia,
Qué envidia me da!

—

A Dios le pedí por él
Desde el día en que nació,
Porque por el hijo aquel
Vamos, deliraba yo.
Se puso malo, y murió;
Y hoy, cuando harto de llorar,
Quiero la calma buscar,
Y entro afanoso en el templo,
Contemplo á Dios... le contemplo...
¡Y me salgo sin rezar!

Junio, 1891.

EL BESO

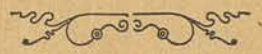
—

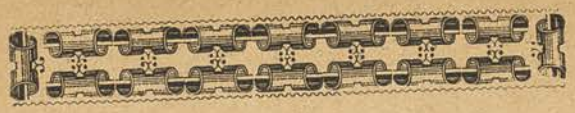
El día de la función
Del Santo de mi lugar,
Pasó esta conversación,
O si no, pudo pasar.
Cerquita ya de la fuente,
Y en la mitad del camino,
Se encontraron casualmente
Bernardina y Bernardino.
Los dos habían bailado
Hasta ya no poder más,
Y se habian abrazado
Por no perder el compás.
Y aún sentían la impresión
De ese calorcillo grato,
Que estalla sin remisión
Después que se baila un rato.
El sol, que ya se marchaba
A donde le manda Dios,
Apenas iluminaba
Las mejillas de los dos.
Perfumaban el ambiente
Madreselvas y almendrucos,

Y suave... muy suavemente,
Cantaban algunos cucos.
Todo era calma y reposo
En la tierra y en el cielo;
Hasta el aire, perezoso,
Se tumbaba por el suelo.
Y la luna, al observar
Que el sol tomaba soleta,
Salía sin vacilar,
Como tiro de escopeta.
En este momento fué
Cuando los dos campesinos
Se saludaron, porque,
Aunque brutos, eran finos.
Detuvo el paso ligero
Bernardino, al encontrarla,
Y empezó á hablar el primero,
No sin querer abrazarla.
—¡Ingrata! Yo te pedía
Un beso...
—¡Qué atrocidad!
—¡Y lo pido todavía
Con mucha necesidad!
—Un beso es una diablura
En que el alma se va presa!
—¿Quién te lo asegura?
—El cura.
—¡Y él... qué sabe si no besa!
—Es cierto; pero el besar,
Y sobre todo á una chica...
—Si todo es hasta empezar;
¡Verás que cosa tan rica!...
—No me digas esas cosas
Que me pones colorada.

Tú no me quieres; me acosas
Para hacerme desgraciada.
—¡Tonta! Dios que lo hizo todo,
Y que todo lo hace andar,
Hizo los labios de modo
Que se pudieran juntar.
—¡Pero el besar es pecado!
—¡Pecado!... ¡Qué tontería!
Si cuando Dios lo ha inventado
Por algo lo inventaría.
—¿De modo que... según eso,
El beso... Dios lo inventó?
—¡Pues es claro! Dame un beso.
—¡Está prohibido!
No.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Ninguno,
Y todos.
—Pues todos mienten.
—Si es de esas cosas que uno
Sabe sin que se las cuenten.
Si Dios ha sido el autor
De todo, yo te argumento.
¿Has visto algún inventor
Que prohibiera su invento?
Ante esas razones, ella
Se quedó callada ya.
Y... como la vió tan bella,
Él...

(No se continuará.)





REMORDIMIENTOS

Si pudiera volver á este mundo
Habiendo ya visto lo que es la mujer.
¡Caracoles! ¡Y qué tremebundo,
Y qué tremebundo que había de ser!
¡Qué borricos que somos los chicos!
¡Qué de prisa se marcha el amor!
Y en dejando de ser tan borricos,
Ya no hay ocasiones de ser trovador.
Serenatas al pie de las rejas,
Mandolina, ó guitarra sin par;
¡Pobrecitas! Si estáis ya tan viejas,
Que nadie os escucha, ni os quiere tocar.
Cuando pienso en el tiempo perdido
Siguiendo doncellas con buena intención,
No me llamo melón, porque he sido
Y soy calabaza, más bien que melón.
¡Qué criadas ha habido en mi casa!
Morenas y rubias; de todo hubo allí.
¡Ay! ¡Qué Pepa! ¡Qué Inés! ¡Qué Tomasa!
¡Qué tonto, qué tonto, qué tonto que fuí!
Yo tenía, cuando era estudiante,
Delante, delante de mi habitación,
Una sala donde un comandante,

Vivía con una de Fuentejalón.
La patrona decía que era
La joven, esposa de aquel militar;
Pero algunos decían por fuera
Que era, que era... ganitas de hablar.
¡Cuando pienso en aquella boquita,
Chiquita, chiquita como un cañamón,
Que tenía la bella Rosita,
La más rebonita de la población!
¡Qué mirada tan dulce y tan bella;
Y qué manerita tan cuca de andar!
¡Mire usté que encontrarme con ella,
Y nunca atreverme más que á saludar!
Una tarde caliente, caliente,
De Julio ó de Agosto, salí al corredor;
Y ella estaba en la puerta de enfrente,
Con sus zapatillas y su peinador.
—Pase usté, caballero.—me dijo.—
Mi esposo, á estas horas, está en el cuartel.
Y con estos calores ¡ay! hijo,
Me aburro, me aburro, no estando con él.
—Ya que usté no se opone, entraréme,—
La dije, mirándola con cierto rubor.
Y al decirlo coléme, coléme,
Coléme con aire de conquistador.
¡Qué fresquita que estaba la sala!
¡Qué oscurita se hallaba también!
Ella dijo:—¡Me encuentro muy mala!
Y yo dije:—¡Me encuentro muy bien!
Nos sentamos los dos en seguida.
¡Qué blandito que estaba el sofá!
No he tenido más miedo en mi vida;
Ni he dicho más veces á todo.—¡Ya! ¡Ya!
Un gatito que había, roncaba.

Se había dormido, de verme, tal vez.
Yo, entre tanto callaba, y sudaba,
Sudaba unas gotas lo mismo que pez.
Ella hablaba de prisa y de todo;
Voluble, voluble, como un ruiseñor;
Y me daba al hablar, con el codo,
Y en cuanto me daba, ¡me daba un temblor!
Al mirarla tan mona, sentía
Por todas mis venas la sangre correr;
Pero ¡nada! la sangre, corría,
Y no me corría; ¡qué le hemos de hacer!
Una vez tuve al fin intenciones
De darle un besito, pidiendo perdón,
Mas ¡caramba! ¡qué palpitaciones,
Y qué cosquillitas en el corazón!
Las sufrí con valor, decidido
A ser, por lo menos, un nuevo Don Juan,
Pero el gato, de pronto, hizo ruido,
Y á mí las sorpresas tal miedo me dan...
Que bajando los ojos deprisa,
Y poniendo las manos en cruz,
¡Ay! me estuve lo mismo que en misa
Mirándola sólo como un avestruz.
De repente me dijo: —¡Sosito!
Yo, asustado, las gracias le di.
Y me estuve con ella solito,
Solito dos horas... ¡Y no me atreví!
¡Qué borricos que somos los chicos!
¡Qué deprisa se marcha el amor!
Y en dejando de ser tan borricos,
¡Adiós mandolina, y adiós trovador!...

¿QUÉ ES MEJOR?

—

De esta vida transitoria
que nos ha dado el Señor,
en mis horas de dolor
le pregunto á mi memoria

¿Qué es mejor?...
¿La gloria que sabe á amor:
ó el amor, que sabe á gloria?

EL FORRO

—

Se probaba Felisa un lindo traje
Color de malva y oro,
Que quería tener, con otros varios,
Para el quince de Agosto,
Día en que se casaba con el joven
Vizconde de Pancorbo;
Y allá, en su tocador, con la modista,
Y un minuto tras otro
Llevaba ya dos horas, eligiendo
Cintas y perifollos.
Cerca, en el comedor, estaba hablando
Con su mamá y su novio
El médico y amigo de la casa,
Que era el doctor Redondo.
Un señor muy anciano y muy alegre,
Tan sabio como gordo.
De repente, Felisa entró en la estancia
Donde se hallaban todos,
Y exclamó con acento archidramático:
—¡Ay! ¡Esto es espantoso!

—Pero ¿qué te sucede, vida mía?
La preguntó su novio.
—¿Qué me ha de suceder? Este vestido;
Que yo no me lo pongo.
Doce veces, con ésta, lo he mandado
Para que arreglen pronto
Esta espantosa arruga de la espalda,
Que sale desde el hombro.
¿La ven ustedes?... ¡Pues lo traen ahora
Y está del mismo modo;
Es decir, más atroz! ¡Este vestido,
Vamos, no me lo pongo!
—Pero ¿qué es lo que dice la modista?
—Que consiste en muy poco.
Unas veces el cuello está tirante,
Otras está muy flojo;
Pero, nada, no acierta. ¿Ven ustedes?...
¡Vamos, está horroroso!
Se levantó el doctor de la butaca,
Limpió bien sus anteojos,
Se aproximó á Felisa, vió la arruga,
Y exclamó:—¿Será el forro?
Puede que tire por estar mal puesto,
O porque sea corto,
Y consista esta arruga maldecida
Pues en eso tan sólo.
A mi mujer mil veces le ha ocurrido,
Y por eso supongo...
Felisa echó á correr, y al poco rato
Volvió, llena de gozo,
Diciendo muy alegre:—Sí, señores;
Consistía en el forro.
Lo ha descosido la modista, y suelto
Me queda primoroso.

Vean ustedes; se marchó la arruga.
¡Viva el doctor Redondo!

Doce meses después, y en una tarde
Calurosa de Agosto,
La mamá de Felisa conversaba
Con el doctor Redondo.
—¿Es grave lo que tiene?—le decía
Al médico famoso.—
Ese color tan pálido me aterra;
Su rostro no es su rostro;
Antes aquellos ojos eran claros,
Hoy parecen vidriosos;
En su frente no había ni una arruga
Y hoy las veo y las toco;
¡Si parece una vieja, y ayer mismo
Cumplió los diez y ocho!
Ese demonio de hombre me la mata.
¡Maldito matrimonio!
No llore usted, señora,—dijo el médico.—
La he visto, y la conozco,
Como ya sabe usted, desde chiquita.
Está buena del todo.
Él es el que está malo, que es un tuno,
Por no decir un tonto.
En cuanto yo le coja por mi cuenta,
Ya le daré un buen sobo.
—¡Ay! Pero esas arrugas, ¿no señalan
Un peligro muy próximo?
—No, señora; ya he dicho que está buena—
Dijo el doctor Redondo,—
Sino que esas arrugas obedecen
A su estado nervioso.

¿Recuerda usted, señora, aquel vestido
Color de malva y oro,
Que no acertaba nunca la modista
A quitarle del hombro
Una arruga muy grande, que afeaba
Su bonito contorno?
Y ya ve usté cómo se fué la arruga.
—Sí, señor; era el forro
Que tiraba de adentro, y producía
Aquel pliegue tan hondo.
—Pues así por el mundo hay muchos seres
Pálidos y ojerosos,
Que sin estar enfermos, tienen rayas
En la frente, y aun hoyos.
Y no es la calentura, son las penas
Que tiran desde el fondo,
Es el alma que llora y se retuerce
Con vértigos de loco.
Lo de adentro que muerde á lo de fuera.
¡El forro..., siempre el forro!

NOCHES DE INVIERNO

(Á MI QUERIDA ESPOSA MARÍA)

PASO las noches mejor,
desde que tengo costumbre
de pasarlas al calor;
junto al amor de la lumbre,
y en la lumbre de tu amor.

—

En la cocina sentados,
vemos brillar los tizones
sobre el hogar apiñados,
siempre juntos, y abrasados
como nuestros corazones.

—

Y juntas palma con palma
de tu mano y de la mía,
pensamos, con dulce calma,
que más juntas todavía
están tu alma y mi alma.

—

Poca luz: de cuando en cuando
sube por la chimenea
alguna chispa, volando;
como á veces va la idea
por el cerebro, vagando.

—

Y mirándola subir,
solemos los dos decir,
pensando los dos en Dios.
¿Dónde irá?... Dónde he de ir:
adonde iremos los dos.

—

Todo muere: noche y día,
pero todo se renueva;
tu alma, como el alma mia,
son chispas que Dios envía,
y chispas que Dios se lleva.

—

Por eso, ya que el Señor,
bajo esta pobre techumbre
nos ha juntado, al calor
que dan á la par, la lumbre
y la lumbre de tu amor;

—

Acércate más á mí,
esposa, á quien tanto quiero;
más cerquita... más... así;
y abrázame, que me muero,
me muero de amor por ti!

—

Sólo en la paz del hogar,
sólo en amores benditos

el alma debe gozar,
y así, juntitos... juntitos.
como solemos andar.

—

Todo amor que así no sea,
es, como esa chispa loca
que sorbe la chimenea;
brilla un instante, recrea,
pero mancha lo que toca.

—

Deja á las chispas subir...
Mira... van de dos en dos,
como nos vamos á ir
pensando en Dios, á dormir,
en paz y en gracia de Dios!

CUENTO

—

IBAN un día
tomando el sol
la caracola
y el caracol.
Ella delante,
con un vaivén
que le sentaba
bastante bien.
Y él con un aire
de seductor,
y murmurando
frases de amor.
—¡Te quiero mucho!
—decía él
con un acento
como la miel.
—No te aproximes,
porque mamá
como nos vea

me zurrará.
—Anda, monina,
párate aquí,
y entre esas flores
lárgame el sí.
—No te restriegues,
que me haces mal,
y soy doncella
muy principal. —
En esta dulce
conversación,
llegaron ambos
á un paredón.
A cuya sombra,
junto á un zarzal,
una zagala
con un zagal,
se entretenían
en la labor
de esas que llaman
redes de amor.
La caracola,
sin vacilar,
dió media vuelta
para escapar.
Pero ¡ay! un cuerno
del caracol
la hizo pararse
junto á una col.
—No tengas miedo —
la dijo él.
¿No ves aquélla?
¿No ves aquél?...
Juntos trabajan

con dulce afán
y aunque nos vean
continuarán.—
La caracola
miró hacia allí,
hubo un instante
de pausa, y...
El, poco á poco,
se le acercó,
á ella la baba
se le cayó.
Dió un suspirito
chiquirritín.
El hizo un gesto,
ella un mohín.
Anduvo un poco
con el vaivén
que la sentaba
tan bien, tan bien...
Y se escondieron
entre la col
la caracola
y el caracol.

EN EL ALBUM

DE LA BELLÍSIMA SEÑORITA DOLORES CANO

QUIÉN fuese la pobre idea
que voy á dejar aquí!
Cuando tu boca me lea
estará un momento allí,
pasea que se pasea
por tus labios de rubí.

—

Después, á solas contigo
subirá á tu pensamiento,
y de tu frente al abrigo,
te hará pensar un momento
si digo lo que no siento,
ó siento lo que no digo.

—

Joven, de amor te hablaría;
viejo ya, la lira mía
suena tan mal y tan poco,
y con tan pobre armonía,
que sería hacer el loco
hacerte una poesía.

—

Perdona, pues, si mitigo
arranques de un pensamiento
que apenas vive conmigo;
y piensa cuánto lamento
no decirte lo que siento,
y sentir lo que no digo...

HUMORADAS COMICAS

—

No vayas con el manco hacia el barranco,
que aunque parece manco no es tan manco.

—

¿Qué tendrán las mujeres
de los amigos,
que gustan más á solas
que con testigos?

—

Siempre que bajo al huerto con la Lola
me parece más verde la escarola.

—

No juegues con el chico
de la Tomasa,
que aunque parece tonto
se mete en casa.

—

¡Si sabrán en el pueblo cualquier día
que mi tía es mi tia y no es mi tía!

—

Mira, Inés, que los chulos
son muy burlones.
Cuando te digan ¿pares?
dí tú que nones.

—

No vayas con mantilla á la Bombilla,
porque á muchas les rompen la mantilla.

—

Dos amores tuve yo;
pero poco me duraron.
El uno me lo robaron
y el otro se me perdió.

—

Hay curas que al echar las bendiciones
parece que reparten bofetones.

—

Me han dicho que dormido
me pongo feo,
y aunque duermo ojo alerta
nunca me veo.

—

¡Me indigna la conducta de las botas!
¿Por qué se han de reir cuando están rotas?

—

Ayer por la mañana
te vi con Rita.
¡Cómo se va poniendo
la pobrecita!

—

¡Vaya si vale la mujer de Arturo!
Nunca se vuelve á casa sin un duro.

—

Hay cosas que no entiendo, ó soy un primo.
—¡No te arrimes—me dicen—á tu prima!
Y en cuanto que me arrimo,
si su madre lo ve, pues *nos arrima*.

—

Porque de Paz se prendó,
riñó Domingo con Blasa,
y de este modo le habló:
—Mira, quiero paz en casa.—
Y á casa se la llevó.

PUESTA DE SOL

—

ASOMADO al balcón de Rosalía
y mirando los dos el sol poniente,
—¡Qué hermosa está la tarde! – me decía
Rosalía, la esposa de Vicente.
¡Qué boca! ¡Qué cabellos! ¡Qué mirada!
¡Qué sonrisa tan dulce y voluptuosa!
¡No he visto una mujer tan bien formada
ni tarde como aquélla, tan hermosa!
Caía el sol despacio, muy despacio...
echando perezoso sus cabellos
á otro espacio mayor, si es que hay espacio
bastante grande donde quepan ellos.
Y contemplando el sol y á Rosalía
y la hermosura de la tarde aquella,
yo estaba tan turbado, que veía
no sé si á ella en el sol, ó el sol en ella.
Resplandores del sol me iluminaban
y de los ojos de ella los destellos,
no pudiendo decir si me cegaban

rayos de sol ó de sus ojos bellos.
—¡Todo convida á amar!– dije de pronto,
y casi sin saber lo que decía,
y me quedé mirando como un tonto
no recuerdo si al sol ó á Rosalía.
—¿Por qué?—me contestó ruborizada,
mirándome á la vez de cierto modo,
y siguió en el balcón, siempre apoyada,
tropezando en mi codo con su codo.
—No se por qué—le respondí temblando,—
pero tengo hace tiempo la manía
de que llega el amor sin saber cuándo,
y más veces de noche que de día.
Serán bobadas—murmuré á su oído,—
mas parece la sombra como un velo
que hace de todo el mundo todo un nido,
que Dios no puede ver ni aun desde el cielo.
Ella no respondió: bajó la frente
y se estuvo un gran rato pensativa,
mirando con placer el disco ardiente
de aquel hermoso sol que ya se iba.
La brisa, de la noche mensajera,
se levantó viniendo á acariciarnos.
Todo el perfume que hay en la pradera
nos dejó entre las bocas al besarnos.
Rodó por fin el sol, ya moribundo,
se apagaron sus últimas centellas,
y ese suspiro que parece un mundo
lanzó el mundo, y brillaron las estrellas.
Los dos entonces, y á la vez, sentimos
buscarse con afán nuestras miradas,
y nos vimos tan cerca, que nos vimos
las almas á los ojos asomadas.
—¡Ya es de noche!—le dije á Rosalía,

al par que casi imperceptiblemente,
—¡Qué hermosa está la noche!—me decía
Rosalía, la esposa de Vicente.
—¡Todo convida á amar!—dije, acercando
mi cuerpo hacia su cuerpo, que temblaba,
sintiendo hasta su sangre, que ondulando,
oprimía mi sangre y la inflamaba.
Suspiramos los dos, como suspiran
los que van á morir y los que nacen;
como las golondrinas cuando giran
buscando el sitio en que sus nidos hacen.
Roja y hermosa como el sol dorado,
imagen de su imagen hechicera,
se apartó del balcón y de mi lado
con el terror del que huye de la hoguera.
—¡Déjeme usted, por Dios!—exclamó loca
no se si por el miedo ó los antojos,
porque al ir á decirlo con la boca,
¡no te vayas! decía con los ojos.
La soledad, la sombra, esos rumores
que sin saber de dónde trae el viento,
perfumadas sus alas con olores
de tierra fresca y de pinar sediento;
la luna, que salía lentamente
recortando la tierra con su brillo;
el cercano murmullo de una fuente,
y el lejano rumor de un guitarrillo;
algo que flota siempre entre la bruma,
y algo que suena como alegre nota,
buscándose los dos, como la espuma
busca la espuma que cercana flota,
todo aquel cuadro de apacible calma,
con algo de sensual y de divino,
se filtró por mi alma y por su alma,

cogiéndolas igual que un torbellino.
Vi de su boca ardiente los desmayos,
de sus lánguidos ojos los espejos,
todo rodando ya, como los rayos
del sol aquel que se marchó tan lejos.
Y me abracé á su cuerpo, que caía,
al mismo tiempo que, amorosamente,
—¡Qué hermosa está la noche!—me decía
Rosalía, la esposa de Vicente.

INDECISIÓN

—

SIEMPRE que nos hallamos, nos miramos.
Lumbre de amor en nuestros ojos arde;
pero, cobarde yo, tú más cobarde,
silenciosos los dos nos separamos.
Pasan los días... pasan... nos hallamos,
y haciendo de pudor continuo alarde,
siempre dejamos ¡ay! para más tarde
el confesar lo que los dos callamos.
No has de hablar tú sin que hable yo primero.
Lo sé; pero es inútil que me explique
sabiendo que me quieres y te quiero.
Basta un suspiro tuyo que lo indique,
y allá iremos los dos sin derrotero,
¡como las olas al romperse el dique!

LA CENA

—

Oye tú, mascarita, si no has cenado,
ven á cenar conmigo, yo te lo ruego;
mezclas tranquilamente carne y pescado,
y si después te aburres, te marchas luego.
—Gracias por el convite, que te lo admito.
Tú estás solo, yo sola, pues nos juntamos;
ya verás cómo tengo buen apetito,
y cómo te diviertes mientras cenamos.
—¿De dónde eres, chiquilla?
—Pues soy de Nepas.
Conque si no lo sabes,
pa que lo sepas.
Y apretándola el brazo, nos dirigimos
á un gabinete de esos llenos de flores,
que están como esperando risas y mimos,
nubes de humo y aromas de los licores.
No hablamos casi nada mientras la cena,
y yo cené tan poco, que no podría

recordar si la cena fué mala ó buena,
ni aun si estaba guisado lo que comía.
Al fin, se marchó el mozo discretamente,
dejando dos botellas sobre la mesa.
Se quitó la careta pausadamente
y me enseñó una cara como una fresa.
No era guapa, era dulce, ¡tenía encanto!...
Unos ojos muy grandes y muy tristones;
una boca entreabierta de besar tanto
y unos dientes lo mismo que los piñones.
—Pues no me he divertido, te lo confieso,
dije, rompiendo el corcho de una botella.
Y saltando el Champaña, fué á darla un beso,
al mojar con su espuma la cara de ella.
—¡Yo tampoco! me dijo la pobre chica
con un acento triste, pero amoroso.
La cena me ha sabido toda muy rica,
pero tú... tú me sabes bastante soso.
—¿De dónde me dijiste
que eres?
—De Nepas.
Conque te lo repito,
pa que lo sepas.
—¿Y dónde está ese pueblo?
—Cerca de Soria.
Una iglesia, una fuente, cuatro casitas;
un olor á tomillo que sabe á gloria,
y unas hembras... con fama de ser bonitas.
—¿Y allí estarán tus padres?
—Si no se han muerto;
que sí... ¡si se habrán muerto los pobrecillos!
Cuando pienso en la muerte, yo siempre acierto;
parece que me avisan los monaguillos.
—¡Bah! No pienses en eso.

—¡Si no pensaba!
Me has dicho que cenase, ya ves que ceno.
Soñé mil boberías mientras cenaba,
que eras un tuno... y ¡nada! me sales bueno.
—Soy casado.
—¿Y convidas?
—Por distraerme.
Mi mujer está fuera, mas vuelve pronto.
—¡Ay! Si me has convidado para quererme,
quiéreme un poquitito, ¡no seas tonto!
Me lo dijo muy cerca, con voz muy suave,
como hablan las mujeres tras de la reja;
entre alegre y llorosa, como es el ave,
que parece que canta cuando se queja.
Y flotaba en su aliento tan rico aroma
y de su voz tan dulce brotó el sonido,
que parecía arrullos de una paloma
cuando llama al palomo desde su nido.
—¡Yo también soy casada!, dijo más quedo
y apretando su silla contra la mía.
No se lo he dicho á nadie, pues tengo miedo
de que me lleve á Nepas la policía.
—¿Y dónde está tu esposo?
—Pues allá en Nepas.
Conque si no lo sabes,
pa que lo sepas.
—¿Y por qué abandonaste tu pueblecito?
—Por nada... por cansancio de aquella vida.
Y ahora, se me figura que es más bonito
mi pueblo que esta corte tan pervertida.
—¿Y á él, después, no le has visto?
—Sí, de repente.
Una noche... como ésta; yo iba tapada,
y me dió tal vergüenza, que hasta mi frente

subió como una especie de llamarada.
—¿Le habrás amado?
—¡Nunca! Si no he querido
mas que una vez. Aquello fué como el rayo.
Lo mismo que de pronto suena el oído
y como de repente llega el desmayo.
—¿Y á quién amaste, dime, de esa manera?
—¿A quién?... Pues, hijo mío, ni aun sé su nombre.
Pero le hubiese dado mi vida entera,
y hasta habría matado por aquel hombre.
Verle y amarle, vamos, todo fué uno.
¡Un ciclón!... ¡Una ola que me tragaba...
No era feo ni guapo, mas de ninguno
he tenido más ansia de ser esclava.
—¿Y él?...
—¡Él... nada! Tan fresco; como tú ahora.
Sin saber que de mi alma tiene la llave.
Como el sol, siempre hermoso, desde la aurora,
que nos enciende vivos, y él...: ¡ni lo sabe!
Yo la miraba entonces y estaba hermosa:
sus labios titilaban buscando besos,
y tenía en los ojos alguna cosa
de esas que nos abrasan hasta los huesos.
—¡Pobrecilla! le dije con voz amante.
¡Querer sin esperanza será horroroso!
Ella lanzó un suspiro, y en el instante
palideció de un modo vertiginoso.
—¿Qué te pasa? le dije. ¿Te da un vahido?
Reclina tu cabeza sobre mi brazo.
Y contestó: —Pero, hombre, ¿no has conocido
que eres tú el que yo adoro?... ¡Picaronazo!
Nos fuimos ya muy tarde, clareaba el día...
ella envuelta en su abrigo, yo en mi pañosa;
y al salir, viendo al mozo que sonreía,

le dije, por decirle cualquiera cosa:
—¿De dónde eres, muchacho?
– «Yo soy de Nepas. »
Conque si no lo sabes,
pa que lo sepas.

LOS DUPLICADOS

—

GÜENAS tardes, Enemesia.
—Felices Uvenceslado.
—¿Ande vas?
—Pues no lo sé,
si te tengo de ser franco
y decirte la verdá.
Como hoy estoy sin trabajo
porque no he querío dir
á la obra...
—¡Si serás macho!
—Creo que sí.
– Lo supongo.
Pero te lo digo al tanto
de que teniendo mujer,
y suegra, y cinco muchachos
que se sepa...
—No se sabe
más que de otros dos. ¿Estamos?
Pero esos, gracias á Dios,
los tengo bien colocaos
en domicilios ajenos,
como hijos propios.
—¡Qué bárbaro!

—No; que los voy á tirar,
como hacen otros, al carro
de la basura. ¿Te páece?
—A mí, nada.
—Y ¿en qué estábamos?
—En que te ibas no sé dónde.
—Mira, pues ahora que caigo,
tengo que dir, si Dios quiere,
á soltarle tres sopapos
á tu marido.
—¿Tú, solo?
—¡Me parece! Porque el sábado
antes de cobrar, de suerte
qne era antes de estar borracho,
si no hubo anticipo...
—¿Y qué?
—Pues, que fué y le dijo al Chato,
el marido de la Inacia
la Sosa...
—Ya me hago cargo.
—Pues nada, líquidamente,
que si era ó no *duplicao*
por mi intervinción directa.
—Y ¿eso qué es?
—¡Pues está claro!
Un término muy decente,
que dicen si lo han sacao
los niños de la grandeza.
—¿Pa qué?
—Pa marcar el caso
de que á un marido le ayuden
á llevar la carga.
—Vamos;
ya entiendo.

—Y como duplica
la señora, al pobre diablo
en vez de llamarle... aquello,
pues le llaman... *duplicao*.
—No está mal.
—Pero tu esposo
es un cabestro.
—¡No tanto!
—Pues le anda bastante cerca;
porque ir á decirle al ganso
del marido de la Inacia,
así de golpe y porrazo,
que si es *duplicao*, eso es
un *sacrilégido* andando.
—¡No lo jurarás!
—¡Mecachis!
Pero yo, ¿qué es lo que hago?
—Que vas á verla almenudo.
—¡Es que yo voy como *práztico!*
—¿De qué?
—De vigüela.
—¡Ya!
—¿Qué, te habías figurao
que iba á recrearme?
—No.
—Y porque se empeña el Paco,
su esposo, en que la distraiga
porque padece de flato.
—No sabía.
—Pues padece
desde el primer embarazo.
Pero es flato triste, ¿sabes?
y se la pasa alegrándolo.
—Pero, el caso es, que tú vas,

y se murmura en el barrio.
—¡Envidias!
—Sin ir más lejos,
me ha dicho el veterinario
que vive en la misma casa,
que hace ya que la estás dando
leción seis meses, y aún
no sabe poner la mano
donde debe.
—Pues la pone,
la pone, y con mucho garbo,
en su sitio y anyacentes
pa que suene el artefazto.
—¡Hombre, pues no ha de sonar!
Como que andas tú en el ajo
y tienes práztica.
—Y gusto.
Pero ella es un dromedario
pa aprender; como que á mí
me deja, sin yo notarlo
cuando se pone de veras,
pues, de la marca del sapo.
—No desageres.
—Te digo
que hay que mirarla templando
el istrumento; es igual
que quien borda en cañamazo.
—Y luego, cuando se arranque
parecerá un dos de Mayo.
—Pues no lo digas en broma,
que se muere por los pasos
dobles, y las seguidillas,
y el bolero y el fandango.
¡Vaya un estilo que tiene!

—Sí que tendrá.
—¡Que no hay cuatro!
Y un oído... como un perro
del monte de Don Bernardo.
Como que ya toca el Higno
del Riego, sin tropezarlo.
—Vamos; que no me la cuelas.
—¡Ni hay pa qué! Pero me ardo
cuando me levantan cosas
que nadie ha visto.
—¡Ay, qué pavo!
¿Pues de quién no dicen? Mira;
ayer mañana, en el Rastro,
también dijeron de ti.
—Dirían que soy un santo.
—Eso; y además dijeron
pues, que si eras *duplicao*
como tú dices.
—¿Quién? ¡Yo!
¿A la Fulgencia la andaron
entre lenguas, cuando es una
once mil virgen?... ¡La mato
si es verdá! Y ¿el qué dijeron?
—Hombre, nada entre dos platos.
Que si el médico florense
del Hespicio, don Mariano,
tuvo sociedaz anónima
con ella, más de tres años.
—¿Con mi Fulgencia?
—La misma.
—¡Pues no andan poco atrasaos
de noticias!
—¿Luego es cierto?
—¡Pero fué antes de casarnos!

EL HOGAR FRÍO

—

MADRE, me quiero acostar.
—¿Vas á acostarte, hijo mío,
sin cenar?
—Sí, sin cenar.
¡Tengo frío, mucho frío!
¿No me ve usté tiritar?
—¿Te duele algo, vida mía?
—No; si no me duele nada.
—Es que la noche está fría,
y sientes mucho la helada.
Mañana hará mejor día.
—Desde que papá se fué
á la guerra, yo no sé...
no sé lo que me ha pasado:
¡casi siempre estoy helado!
Helado... y no sé por qué.
—Cuando escribe, estás mejor.
—¡Y tú también! ¡Si no escribe,
me da un frío y un temblor!...
—¡Pero si escribe, es que vive!
—Y entonces, siento calor.

—No llores; pronto vendrá,
y con sus besos y halagos
nuestro hogar calentará.
Oye. ¿Si te mandará
algo con los Reyes Magos?
—No podrá el pobre, aunque quiera,
porque, según dice Juan,
el chico de la portera,
no nos quieren; de manera
que este año no pasarán.
—Tú no le hagas caso, y pon
tus botas en el balcón.
—¿Mis botas? ¡Están tan rotas!...
—Es verdad.
—¡Si están mis botas
como está mi corazón!
—Sí; las pobres están mal.
Pero hay un medio sencillo,
que para el caso es igual.
Hagamos un cajoncillo.
—¿Con qué?
—Con un *Imparcial*.
—Yo lo cortaré... ¿Es así?
—Así... con cuatro dobleces
sale un cajón hasta allí.
¿Pero, estás llorando?
—Sí.
—No llores, que lo humedeces.
—¿Y qué importa? Así estará
con mis lagrimitas lleno,
y acaso algún Rey dirá:
«Esto es de un niño muy bueno,
que llora por su papá».
—Ea; ya está hecho el cajón;

y aunque sea de papel,
como verán tu intención,
los Reyes pondrán en él
lo que les dé la Nación.
.....
Ahora, á dormir y á soñar,
que ya muy pronto, hijo mío,
la guerra se ha de acabar.
—¡Tengo frío... mucho frío!
¿No me ve usté tiritar?

EL DIPLOMATICO

(CUENTO)

IBA á cierta biblioteca
de cierta corporación,
un caballero, ya anciano,
vestido como un milord,
y con toda la apariencia
propia de un embajador.
Pero iba todos los días,
exacto como un reloj,
y se estaba muchas horas
consultando con amor
las obras de Carlos Dickens
y las de Walter Scott.
Y esto, durante seis años,
con la paciencia de Job,
tomando notas y apuntes
con un entusiasmo atroz.
En la biblioteca, todos
llamaban al buen señor
el *Diplomático;* hasta
que un día se presentó
un inglés, hablando inglés

con la mayor perfección.
Y como si hablara en chino;
porque nadie le entendió,
pues desde el bibliotecario
hasta el portero mayor,
nadie sabía de inglés
más que... *yes;* lo que sé yo.
El bibliotecario, tuvo
un rayo de inspiración.
Para servirnos de intérprete
—dijo—ninguno mejor,
que el *Diplomático;* y ¡zas!
en cuatro saltos llegó
donde estaba el hombre, absorto
leyendo á Walter Scott.
—Caballero dijo entonces—
nos va usté á hacer un favor.
—Usted dirá—dijo el otro.—
—Pues es el caso, que no
sabemos inglés ninguno;
y ha llegado la ocasión
de contestar á un inglés
que no entiende el español.
—¡Hombre!—dijo el *Diplomático*
¡vaya una complicación!
—Que usted la resolvería
hablando con él.
—¡Horror!
Pero si yo no sè inglés,
ni Cristo que lo fundó.
—¿Pues qué hace usted con los libros
ingleses que yo le doy?
—Pues trabajo mucho en ellos;
y pienso, si quiere Dios,

acabar una gran obra;
que es contar, con precisión,
todas las *kás* y las *haches*
que ha puesto Walter Scott
en todas sus obras. Ya
llevo contadas hasta hoy
unas cuatrocientas mil
trescientas ochenta y dos.
Cuando termine, con Dickens
haré igual operación.

BISUTERÍA

—

HAY muchos que adivinan que se quieren:
pasan... se miran... en silencio se aman,
y de tontos se mueren
sin llegar ni á saber cómo se llaman.

—

Lucía fué con el Chato
á comerse un pato un día.
Él dijo:—¡Yo pago el pato!
Y ¡ay! lo pagó la Lucía.

—

Desde que estuvo en Fraga la Venancia,
no es ilusión, ¡despide una fragancia!...

—

Más se goza creyendo majaderías
que dudando de todo todos los días.

—

Me ha dicho en confianza la Nemesia
que donde peca más es en la iglesia.

—

Siempre tiene el amor para los viejos
algo del sol, que quema desde lejos.

—

Le he dicho ayer á la Blasa
que tenga esta precaución:
si está su marido en casa,
que esté el botijo al balcón.

—

En toda sepultura que se cierra
siempre cae un secreto bajo tierra.

—

Si fuera el sueño pecado
cuando se sueñan placeres,
ya se habrían condenado
por todo lo que han soñado
casi todas las mujeres.

—

Quién sabe si es que ríe ó que suspira
el torno de la Inclusa, cuando gira.

—

Cuando yo me esté muriendo
no me cambies, si me quieres,
ni de médicos ni de aires:
que me cambien de mujeres.

—

En la luna de miel, si no hay fortuna,
ya aparecen los cuernos de la luna.

—

Siempre que se confiesa la Isidora
tarda, lo natural... su cuarto de hora.

—

Mientras éramos novios, ¡qué alegría!
no eras mía, y soñaba que eras mía.
Después has sido mía, y he dormido
sin soñar que eras mía, aunque lo has sido.
Por eso has sido mía, sin saberlo,
más veces antes que después de serlo.

—

Hay que ser consecuente
y variar de mujer continuamente.

—

Siempre que escribo versos
á las mujeres,
entre líneas, y al aire,
pongo: ¿me quieres?
Después, entre la firma
deslizo un beso,
y si ellas notan algo,
se lo confieso.

—

Si pudieran limpiarse los corazones,
cuánto polvo saldría de los rincones!

BROMAS DE CARNAVAL

—

CARTA PPIMERA

PERDÓNAME, Inés querida;
cuando entré en tu habitación
ayer, estabas dormida,
y sentí tal emoción
que creí perder la vida.
Todo en silencio se hallaba:
respirabas dulcemente;
la tarde ya declinaba,
y la luz iluminaba
tu cuerpo, confusamente.
Cerca del lecho, extendido,
había un traje oriental
con sedas y oro tejido:
será, sin duda, el vestido
que vas á llevar al Real.
Aroma embriagador
en la alcoba se sentía:
olía... no sé si á amor;
pero era un olor que ardía,
si puede arder el olor.

¡Qué hermosa estabas, Inés!
Al verte, quedé hechizado
por mucho tiempo, y después
caí... caí arrodillado.
¡Arrodillado á tus pies!
Luego... tu misma hermosura
me atrajo como sorbido,
y me alcé con calentura,
como va el pájaro al nido
y va la llama á la altura.
Y sentí tal embeleso,
que, loco y lleno de antojos,
quedé en tus pestañas preso
y te di un beso en los ojos;
es decir, un doble beso.
Tú, suspiraste al sentir
de mi labio el leve roce;
no me atreví á repetir,
por no turbar con mi goce
tu goce, que era el dormir.
Latiéndome el corazón
y andando con paso quedo,
salí de la habitación
como el ladrón, con un miedo...
con un miedo de ladrón.
Perdóname, pues, Inés,
y á broma mis besos toma,
ya ves que lo siento, y ves
que estando dormida es
verdaderamente broma.

CARTA SEGUNDA

Acabo de recibir
tu carta, y puedo decir

que me has robado la calma.
¡Ay! ¡Matías de mi alma,
cuánto me has hecho sufrir!
Vestida de reina mora,
pensaba bromear contigo
toda la noche, y ahora...
¡vaya una broma traidora
la que has gastado conmigo!
¡Qué susto más espantoso
he pasado al enterarme
de tu acto pecaminoso!
¡Pues ahí es nada, besarme
un hombre, sin ser mi esposo!
Ya sé que te has de casar
conmigo, y me has de besar
entonces toda la vida,
aun estando tan dormida
como ayer debía estar.
Pero es un atrevimiento,
aprovechar el momento
en que una está como muerta,
y hasta con la boca abierta,
como quien pide alimento.
Al saberlo me indigné,
francamente te lo digo.
Gracias que no desperté,
que si despierto... no sé
lo que hubiera hecho contigo.
Temblando estoy todavía
al pensar lo que ha pasado:
¡qué vergüenza y qué osadía!
¡Vamos, que haberme besado
los ojos, mientras dormía!...
Esa es mucha libertad,

y te debo reprender
con toda formalidad.
¡Ay! No lo vuelvas á hacer,
porque es una atrocidad.
Ahora, toda ruborosa,
ya que espero ser tu esposa
y no he mentido en mi vida,
voy á decirte una cosa.
Y es... que no estaba dormida.
Te vi que entrabas, cerré
los ojos rápidamente,
por darte broma callé,
y... lo que era consiguiente,
me besaste, y me aguanté.
Gracias que tuve valor
para sentir sin moverme
tu aliento embriagador,
y estarme duerme que duerme
bajo el fuego de tu amor.
Y ¡ay!, Matías, te confieso
que tuve un miedo horroroso
y creí perder el seso,
¡porque era tu primer beso,
y me supo delicioso!
Sólo al ver que te salías
recobré un poco la calma,
porque al principio, ¡ay! Matías,
¡ay! Matías de mi alma,
creí que repetirías.
Y aunque has hecho mal, muy mal,
te hago un encargo, con toda
mi pureza virginal.
¡Para el día de la boda
guárdame otra broma igual!

CARRERISTAS DE SAN JERÓNIMO

Es el placer más dulce de los placeres
el echarse á la calle, y á ver mujeres.
No hay nada que divierta tanto como eso:
verlas pasar, mirarlas... y ¡allá va un beso!
porque á cierta distancia, y aun de memoria,
un beso. . ¡un beso es cosa que sabe á gloria!
Sobre todo, en las tardes de primavera
pasan unas mujeres por la Carrera,
tan hermosas, tan ricas, tan incitantes,
que se llevan los ojos de los paseantes.
Hay algunas... hay muchas que cuando pasan,
con los que pasan cerca casi se casan;
pues los miran de un modo tan delicioso,
que parecen decirles:—¡tú eres mi esposo;
aunque me ves tan seria, todo es mentira,
mi corazón tan sólo por ti delira;
atrévete, bien mío, no seas tonto,
anda, que tengo prisa, dímelo pronto!—
Luego... cuando anochece... ¡Virgen María
aquello es una especie de romería.
Van tan cerca las damas de los galanes,

que se enredan las faldas con los gabanes;
se cruzan las miradas con los suspiros;
de los ojos parece que salen tiros,
y laten con tal fuerza los corazones,
que se oyen hasta muchas palpitaciones.
Cada codo va en busca del compañero,
para decirle al paso: – ¡cuánto te quiero;
tropiézame un poquito, no me incomodo;
si mi codo ha nacido para tu codo!—
Y todas se pasean tan sosegadas,
las solteras, las viudas y las casadas,
como si no buscaran con ansia loca
una boca gemela para su boca.
Al parecer no gozan ni se conmueven
por la indolencia turca con que se mueven,
pues llevan casi todas un balanceo,
que produce en los ojos cierto mareo.
Dios sabe lo que ocultan aquellas frentes
tan bonitas, tan puras, tan inocentes:
si la casta promesa del matrimonio,
ó los juegos de manos que hace el demonio.
Ellos... los tunantones, las van siguiendo;
¡cuántas barbaridades irán diciendo!
Pero ellas... nada: ríen y se estremecen,
porque esos disparates las enloquecen.
Cada pie que se arrastra sobre la acera,
va como en busca de otro que ya lo espera;
y cuando, de repente, por fin se tocan,
ya saben que son ellos, no se equivocan.
¡Y qué cosas se dicen cuando se juntan!
Se contestan mucho antes que se preguntan.
Hay algunos momentos en que la gente
obstruye ya la acera completamente;
los coches, en tres filas, el paso atajan;

los que suben tropiezan con los que bajan:
no es posible moverse sin estrujarse;
hay que tener paciencia y hay que pararse.

.....

Pero el impulso dado que de atrás viene
como flecha lanzada, no se detiene,
y llega suavemente, pero al fin llega,
á todos los empuja su fuerza ciega,
y hay un instante dulce, de encantos lleno,
en que muchos se estrechan seno con seno;
y, cosa rara, en esos breves atrancos,
algunos caballeros parecen mancos.

.....

Juventud de mi vida, que ya te marchas,
dejando en mi cabeza nieve y escarchas,
¡con qué dolor te miro cuando te alejas,
por lo triste y lo frío que aquí me dejas!
¡Noches de la Carrera, noches hermosas,
¡ay! que también os pierdo, como otras cosas!
Porque yo he paseado por la Carrera,
y he gozado en mil noches de primavera
el placer infinito de una sonrisa,
de un apretón de manos dado deprisa,
qué se yo... pequeñeces, bobadas todas,
pero que á mí me olían á pan de bodas.
Por eso, cuando se habla de otros placeres,
sostengo, contra todos los pareceres,
que no hay placer alguno, ni aquí ni fuera,
como el pasear de noche por la Carrera.

DULCE Y SALADA

—

VIENDO al Urumea entrar
corriendo en el mar bravío,
siempre me ocurre pensar,
si es que llama el mar al río
ó que busca el río al mar.
Muchas veces hasta el puente
llega del mar la corriente:
agua dulce, agua salada,
se hallan allí frente á frente
sin que las estorbe nada.
Lo dulce con lo salado
se juntan y se confunden
desde un lado al otro lado,
y se levantan y se hunden
en abrazo prolongado.
¿Cuál de los dos coge preso
al otro?... ¿Cuál de los dos
es el que da el primer beso?
¿Cantan ó lloran?... ¡Ay! ¡Eso
tan sólo lo sabe Dios!
Amor sin duda se tienen,
cuando jamás se detienen

tantos seres, como irán
entre las olas que vienen,
y las burbujas que van.
Y produce maravilla
el ver la espuma en la orilla;
espuma que fué del mar,
que en vez de rugir, se humilla,
y endulza en vez de amargar.
Después... baja la marea
cubierta de blancas brumas,
y aún la sigue el Urumea
que murmura y juguetea
con las rizadas espumas.
Y luego... nada; ¡el reposo!
Suspira el mar, llora el río
con acento quejumbroso,
mientras se aleja el coloso
dejando el cauce vacío.
.....
Así también, noche y día,
yo, dulce, te voy buscando,
mientras tú, salada y fría,
te acercas... vas á ser mía,
y te alejas suspirando.
Mira el mar: sin vacilar
se acerca hasta el río amante
que lo busca sin cesar,
y abrázame un sólo instante
como abraza al río el mar.
¿Cuándo estaremos, bien mío,
como están el mar y el río?
¡Agua dulce, agua salada,
toda una noche de estío,
sin que nos separe nada!

San Sebastián, Julio 98.

LA VUELTA DE LOS TOROS

BUENAS tardes, vecino.
—Muy bien venida.
Pero qué, ¿se ha acabado ya la corrida?
—¡Ay! no, señor; volvemos precipitadas.
—Hemos sido esta tarde muy desgraciadas.
—Yo vengo medio muerta.
—Yo, sin sombrilla.
—Remedios, sin enaguas.
—Pues ¿y Lolilla?...
—Pero asiéntense ustedes aquí un momento.
—¡Ay! sí señor.
– Mil gracias por el asiento.
—¿Quieren ustedes algo pa serenarse?
—No, señor, pero es cosa para contarse.
—Salimos á las cuatro.
—Ya estaban dadas.
—Y fuimos en un ripert casi prensadas.
—Yo, entre dos artilleros.
—Yo, entre unas gentes...
que, vamos... ¡hay algunos muy imprudentes!
—Llegamos á la plaza sudando el quilo.
—Yo, destrozada, y ésta... por el estilo.

– Entramos casi en andas, como los santos.
—¡Pues si entraban de golpe yo no sé cuántos!
– Luego, en las escaleras, ¡ay, qué fatigas!
Creí que me dejaban hasta sin ligas.
—Entramos en la grada, y unos horteras
nos habían cogido las delanteras.
—Gracias que en el instante se levantaron,
y hasta puede decirse que nos sentaron.
—Qué chicos tan amables y tan atentos!
—¡Y qué calor dejaron en los asientos!
—Llegamos al primero, que salió abanto,
con unas astas, hijo, ¡que era un encanto!
—Le tocó á Mazzantini, que hoy estrenaba
un verde... que cualquiera se lo tragaba.
—El lo pasó sereno, con mucho arte,
mas le cogió.
—¿Cascucho?
– Por mala parte.
—¿Por dónde?
—No lo he visto precisamente,
pero se me figura no fué de frente.
—Yo me tapé al momento con la sombrilla,
porque le había roto la taleguilla,
y ya ve usté, vecino...
—¡Sí, ya lo veo!
—Lo que se le vería.
—¡Pus ya lo creo!
—Luego, ha habido una bronca de mil demonios.
—Y se han dado de palos dos matrimonios.
—Parece que un marido, que al lado estaba
de la mujer del otro, la... molestaba.
—Como son los asientos tan reducidos,
están los abonados muy comprimidos.
—Y sin querer, algunos, aunque corteses

á las que están al lado pisan los pieses.
—A mí... el pie del vecino me hace cosquillas
siempre y cuando que tocan á banderillas.
—Pero ésta no se altera.
—Sigo tan grave.
—¡Si lo hacen á propósito!
—¡Pus ya se sabe!
—Hay algunas mujeres muy apestosas.
—¡Pues si una se enfadara por esas cosas!...
—Y vamos, la corrida, ¿qué tal ha estado?
—¡Superior! Al *Mondongo* lo han reventado.
—Me alegro; ¡si es un bruto!
—Por culpa suya.
—El mismo se ha clavado toda la puya.
—¡Qué suerte! Yo quisiera ver una muerte.
—Pues nosotras tenemos bastante suerte.
—Vimos al *Espartero*, como á usté ahora.
—Y al *Tato*. ¡Qué figura más seductora!
—¿Y el Reverte?... No tiene ni un *abujero*
que no lo hayamos visto.
—Desde el primero.
—Pero ha llovido un poco, y aquello ha sido
que nos han estropeado los del tendido.
—¡Son unos animales!
—No miran nada.
—Y se entraron á coces en nuestra grada.
—La grada no me gusta, porque si llueve...
—Calcule usté, ¡sobre esta pasaron nueve!
—¡Nos hemos asustado!
—¡Mucho! Y por esto
¡ay! nos hemos venido sin ver el sexto.
—¿Y el presidente?
—¡El presidente... un bruto!
—¡Naturalmente!

CONSULTA

—

ESTÁ el doctor?
—Pase usted.
—Felices, señor doctor.
—Tomé usté asiento
—Mil gracias.
—Usté dirá.
—Pues yo soy
abogado, aunque no ejerzo,
y vecino de Alcorcón.
—Por muchos años.
—Allí
me hablaron con gran calor
de su talento, y su grande
y justa reputación.
—¡Es favor!
—No, caballero
de ningún modo es favor.
—Bien; sea lo que usté quiera,
y vamos á la cuestión.
¿Qué le duele á usté?
—Pues nada;
es decir, tengo un sabor
á cuerno, tan pronunciado

y tan pertinaz, que estoy
lleno ya de aburrimiento
y más lleno de aprensión.
—Bueno; veamos la lengua.
—¿Le gusta á usté?
—Sí, señor;
es muy bonita.
—Mil gracias.
—La tiene usté como un sol;
del mismo tamaño y forma
que la de un perro pachón
que me regaló mi suegra
el día que se murió.
—¡Es favor!
—No, caballero,
de ningún modo es favor.
—¿De manera que la lengua
la tengo bien?
—Al reloj.
—¡Pero á mí me sabe á cuerno!
—Pues paciencia, á ver si doy
con la causa que produce
ese maldito sabor.
¡Abra usté la boca bien;
dilate usted el pulmón;
respire con fuerza!
—¿Así?
—¡Abra usté más! Sin temor.
—¿Qué ve usté?
—No veo nada;
es decir, un *garganchón*
tan grande como el de una
caballería mayor,
mejorando lo presente,

que tiene más extensión.
—¡Es favor!
—No, caballero;
de ningún modo es favor.
—¿Quiere usted olerme un poco?
—¡Con mucho gusto! Allá voy.
—Huelo *ú* no huelo? ¡De veras!
—¡Ay! ¡Pues tiene usté razón
Apesta usté á cuerno.
—¡Mucho!
Cuando le digo á usté yo
que tengo constantemente
ese maldecido olor.
Y aunque me enjuago á menudo
y con mucha detención
con clorato de potasa
y con substancia de arroz,
licor del Polo de Orive
y aguardiente de Chinchón,
nada, que no se me quita
ese gusto tan atroz.
—Pues hay que buscar la causa
que produce esa afección,
y ya daremos con ella.
¿Fuma usté en pipa?
—Yo no.
—Porque si fumara usted ..
—No, si no soy fumador.
—Y fuera en pipa de cuerno,
ya estaba la explicación
encontrada.
—Pues no fumo.
—¿Sería usted cazador
por casualidad?

—¿Y qué?
—Como algunos otros son
de caza mayor, se entiende.
—Ni siquiera de menor.
—Lo digo, porque al tocar
el corno inglés, ¡sabe Dios!...
—Tampoco, no toco el cuerno,
ni en inglés, ni en español.
—Entonces, como no sea
que tenga usted un bastón
con puño de cuerno...
—Hombre,
tengo uno, pero es de boj.
—¿Y no se lo chupa usted
á veces, por distracción?
—No, señor, no me lo chupo,
ni Cristo que lo fundó.
Quedó el doctor pensativo;
y tras larga reflexión
tocó la frente al enfermo
y de repente exclamó:
—¿Es usté casado ó célibe?
—Casado; y con la mejor
moza de toda la Alcarria;
un ángel de bendición
que me ha dado doce vástagos
y todos de dos en dos.
—¡Vaya! Pues ya sé la causa.
—¿Cuál es?
—La destilación.
—¡Es favor!
—No, caballero;
eso sí que no es favor.

Á UNA SEÑORITA DE TORRELODONES

QUE ME TIENE FRITO CON SUS PRETENSIONES

HAZME el obsequio,
niña hechicera,
de no mirarme
de esa manera,
porque tus ojos
son tan ardientes
que se me inflaman
hasta los dientes.
Ya no soy chico,
ni mucho menos;
ya se pasaron
los días buenos;
aquellos días
tan deliciosos,
de los amores
vertiginosos,
de las cenitas
en los colmados,
y de los besos

emparedados.
Hoy, vida mía,
ya no es posible
que yo te quiera
lo imprescindible.
Si tomo el fresco,
ya al otro día
se me declara
la pulmonía,
y como tengo
malos pulmones,
me parten esas
declaraciones.
Por cualquier cosa
paso mal rato;
todos los viernes
me ataca el flato,
y al mediodía,
todos los martes,
me salen granos
por todas partes.
Gracias que luego,
cuando anochece,
la *granulada*
desaparece.
Cuando medito
lo que te quiero,
sólo al pensarlo
casi me muero,
y si por verte
corro y me agito,
me faltan fuerzas
que necesito.
Después, no sabes

lo que molesta,
todos los días
dormir la siesta;
pero es probado,
si no la duermo
se me figura
que estoy enfermo.
Por todas estas
graves razones,
yo te agradezco
tus pretensiones;
esas sonrisas
y esas miradas
tan dulcemente
premeditadas.
Todo eso es gloria
que no merezco,
pero de veras
te lo agradezco.
Yo, bien querría
tener contigo
más confianza
que como amigo,
mas si lo intento
me descompongo,
y en tres semanas
no me repongo,
porque, chiquilla,
ya á cierta edad,
se descompone la maquinilla,
pero con mucha facilidad.

CONFIANZA

—

No, no puedo olvidarte; necesita
mi corazón, para vivir, tu aliento:
y como de su aroma le sustento
si por ti no palpita, no palpita.
¡Pobre y desventurada Margarita!
No te figures que engañarme intento:
todo lo sé; desde el fatal momento
en que rodaste al lodo, ya marchita.
Mas por eso no llores, inocente.
Que estás manchada; ¿y qué? También hay poso
allá en la copa del Champaña hirviente.
Veneno tiene el nardo primoroso,
nubes el cielo, y como tú, en la frente,
manchas hay en el sol, ¡y es tan hermoso!

¡ARMA, ARMA! ¡GUERRA, GUERRA!

—

Madre de mi vida,
dime lo que pasa.
Desde ayer, parece
que se hunde la casa.
Gritan los chiquillos,
los hombres blasfeman,
miran las mujeres
con ojos que queman.
Pasan por la calle
carros con cañones,
cruzan los caballos
como exhalaciones.
¡Y por todas partes
marchan los soldados,
con los rostros... negros,
de puro encarnados!
Hay humo en el aire,
hay sangre en el cielo,
y los pajaritos
detienen su vuelo.
.....
¿Qué es lo que sucede,

madre, que me aterra?
—¡Son los españoles,
que van á la guerra!

—

Nos han insultado
creyéndonos pocos;
¡pero somos muchos
y ya estamos locos!
Por mar y por tierra
afluye la gente,
de esta raza hermosa
que muere de frente.
¡Allá se van todos!
sólo aquí quedamos
niños y mujeres,
que los empujamos.
Ponte tu pañuelo
rojo y amarillo;
coge esa navaja,
toma mi bolsillo,
¡y á llevarlo todo,
por mar y por tierra,
á los españoles
que van á la guerra!

—

Aún hay mucha sangre
y hay mucho dinero,
desde las Vistillas
hasta el Matadero.
Somos los de siempre;
¡los del Dos de Mayo,
que alzan la cabeza

cuando cae el rayo!
Anda, no te pares,
que se oyèn trompetas,
y ya se ve el brillo
de las bayonetas.
Corre para verlos,
que vienen tocando
la marcha de *Cádiz*,
¡que suena matando!
Dales mi bolsillo,
dales tu pañnelo,
y esa navajilla
que fué de tu abuelo.
Aun tiene en la punta
sangre de invasores,
porque aquí nos... cargan
los conquistadores.
Anda, no te achiques,
métete en las filas,
échales el fuego
que hay en tus pupilas.
¡Y, además, la gloria
que tu boca encierra,
á esos españoles
que van á la guerra!

INSTANTANEA

—

CORTITA, y á tu medida,
quieres la composición
que te tengo prometida,
niña de mi corazón.
Será corta, como un beso.
Ya ves, el beso no dura;
y no hay nada como eso,
ni existe mayor ventura.
Si fuera largo el placer,
yo pienso que aburriría;
que amor eterno, ha de ser
una eterna tontería.
Con esto quiero decirte
que me ames prontito y bien:
no; yo no quiero aburrirte,
y aburrirme yo también.
Tú me quieres; yo te quiero;
pues no vaciles, bien mío;
amémonos mucho; pero
no lleguemos al hastío.
Antes que venga el cansancio,
separarnos es mejor:

el amor, cuando ya es rancio,
no tiene nada de amor.
Cuatro días de ilusiones,
pero cuatro días locos,
llenos de palpitaciones,
de risas y de sofocos.
El cielo metido en casa,
la gloria por domicilio,
tu voz que endulza y abrasa,
y en un minuto un idilio.
Y nada más. Tú, contenta;
yo, más contento: los dos
un amor más en la cuenta,
y... tan amigos, y ¡adiós!
Acércate, pues, amante,
y abre esos brazos tan bellos;
un poco más... ya es bastante
para que me caiga entre ellos.
Duerme, si quieres dormir;
sueña, si quieres soñar,
y si me quieres oir,
no pienses más que en gozar.
Pero, no olvides lo dicho.
Todo breve, como el rayo;
lo que se llama un capricho,
y lo que dura un desmayo.
Pues ya sabes que al Amor
no se le debe cansar,
pues sólo es bella la flor
sin llegarse á marchitar.

SOLDADOS DE BRONCE

No es un cuento, es una historia
lo que hoy me toca contarte.
Habla el coronel Ortiz,
que me ha referido el lance.

—

«El general López Pinto
era nuestro comandante.
Con su valor y su táctica
rescató en rudo combate
setecientos prisioneros:
pero Cucala lo sabe,
y con ocho mil carlistas
se lanza á nuestros alcances.
Èramos pocos, y claro,
fué preciso retirarse.
¡Y qué retirada aquélla!
Treinta y dos horas mortales
caminando hacia Teruel,
sin mascar más que coraje.
Mi asistente, era un navarro
que iba á mi lado, tan jaque
como si estuviera el hombre

por el cuartel paseándose.
De pronto, veo que lleva
al hombro y sin fatigarse,
tres fusiles, y le digo:
—¿Pero qué llevas, Carranque?
—Son de dos chicos, paisanos,
que empezaban á cansarse,
y yo se los he cogido
para que no se quedasen
rezagáos, y los trincaran
los carcas, por el gaznate.
Al cabo de algunas horas
iba yo tambaleándome
sobre el caballo, rendido
por el sueño y por el hambre.
Oigo cantar á mi lado,
miro y allá va Carranque;
pero con cinco fusiles
á cuestas, y tan campante.
—Pero—hombre, le dije entonces—
¿no ves que vas á matarte?
—Pues si esto no pesa nada,
los llevo como en el aire;
son de otros dos compañeros
que tienen muy pocas carnes.
Por fin, á Teruel llegamos:
con seis fusiles Carranque,
y yo extenuado, deshecho,
me eché vestido en un catre
y dormí... diez y seis horas
seguidas, sin despertarme.
La columna no perdió
ni un soldado, ni un bagaje.
¡Fué aquella una retirada

que debió esculpirse en mármoles!
Ya, por fin, me desperté,
y me encontré con Carranque
que se cuadró, como siempre,
y me dijo muy amable:
—¿Ha dormido bien usía?
—¡Diez y seis horas cabales!
—¿Y tú?
—Yo, nada.
—Pero, hombre,
¿dónde has estado?
—En un baile.
¡Dende que usía se echó
hasta ahora, dale que dale!»

—

Con gente así, se conquista
el mundo y sus arrabales,
sin camisa, sin zapatos,
y hasta sin desayunarse.

ÍNDICE

—

	Págs.
AL LECTOR	V
A mi pluma	9
Debilidades	10
Los dos cielos	11
La confesión	14
¡Siempre!	15
Esfuerzos vanos	17
La niña y el pozo	18
¡Soledad!	19
A una coqueta	20
Olvido	21
¡Rezad!	23
Tú y yo	25
Mentiras dulces	26
Hablando	27
El primer beso	29
A... una de tantas	30
La primera cana	32
Madrigal	33
¡.....!	35
Misterios	37
Hombres y niños	38
Cadena de amor	39
Notas íntimas	40
Los celos	42
Spes	43
A Bhety	44
¡Sin pensamiento!	48
A una enlutada	49
Dos semillas	51

Págs.

A una ingrata 52
Las almas cojas 53
A partir un piñón 54
El agua y el caño 55
En tu álbum 56
¡Ella! 47
Coplas lloronas 59
No 61
Ayer y hoy 62
A un lunar 63
La flor y el rocío 65
La vuelta del soldado 67
La chispa y el viento 69
Los tesoros 71
Historia de muchos 72
Flores marchitas 75
Los chicos del barrio 76
Ley eterna 77
En un álbum 78
Los dos 79
El céfiro 81
¡Dios sabe! 82
Ideas sueltas 83
Fatalidad 85
A Celia 86
Tres niñas 87
Coplas 88
Fuerza y materia 91
A mi alma 92
En el reverso de una fotografía 94
¡Esperando! 95
Los tres elementos 96
¡Pobre niño! 98
En el campo 100
A Romea 105
Muerte y vida 108
A un pájaro 111
El ciego 113
A un suspiro 114
¿De dónde vienen? 115
Notas 117

Págs.

A Pura 118
¡Pobre flor! 119
La despedida 121
Al pie de una tumba 122
Rima 124
El alma y el cuerpo 125
¡Todo vive! 132
Antes y ahora 133
A 134
La golondrina 135
Incógnita 136
¿Qué será? 137
¡Hay Dios! 139
A mi hijo 140
Mocedades 144
La belleza 148
Sucedido 149
Pensamientillos 152
El pájaro muerto 155
El colmo de la limpieza 156
Ese 159
La mujer y el vino 160
Cuento 162
La cita 163
Sistema de hacer comedias 166
Los dos catarros 168
Pesimismo 172
Cantares 173
¡Qué situación! 176
Prosa 178
A Corina 181
Lo de siempre 182
Histórico 183
A una rubia 185
Pues, señor 186
En el viaducto 189
Las hormigas 193
La consulta 195
Versitos 199
La aragonesa 203
Habladurías 205

Págs.

Sonetos 208
Mi perfil 211
¡Ilusiones! 214
A mis paisanos 215
Pompas de jabón 218
Cuento de verano 222
Juguetillos 225
Amos y criados 229
A Pepe Estremera 234
Consejillos 238
¡No fiarse! 240
Lo que yo hablo solo 242
El beso 245
Remordimientos 248
¿Qué es mejor? 251
El Forro 252
Noches de invierno 256
Cuento 259
En el álbum de la bellísima señorita Dolores Cano 262
Humoradas cómicas 264
Puesta de Sol 267
Indecisión 271
La Cena 272
Los Duplicados 277
El Hogar frio 282
El Diplomático 285
Bisutería 288
Bromas de Carnaval 291
Carreristas de San Jerónimo 295
Dulce y salada 298
La vuelta de los toros 300
Consulta 303
A una señorita de Torrelodones, que me tiene frito con sus pretensiones 307
Confianza 310
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra! 311
Instantánea 314
Soldados de bronce 316

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Constantino Gil

Un clavo saca otro clavo, proverbio original, en un acto y en prosa.

Por buscar el remedio., juguete cómico, original, en un acto y en verso [1].

Parte diario, juguete cómico, original, en un acto y en verso.

La llave del paraíso, juguete cómico, original, en dos actos y en prosa.

¡Todo empieza y todo acaba!, parodia trágico-burlesca en un acto y tres cuadros.

La perla de mi mujer, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El demonio que lo entienda, juguete cómico, original, en dos actos y en prosa [2].

En la calle de la Pasa, pasillo cómico, original, en un acto y en verso.

Belén, 13, juguete cómico, original, en dos actos y en prosa.

Cuestión de gabinete, juguete cómico, original, en un acto y en verso.

Niña Pancha, juguete cómico-lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde. (Undécima edición.)

El canario, juguete cómico-lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde. (Segunda edición.)

Juanita la cacharrera, boceto de costumbres populares, original, en un acto y en verso.

---

1 En colaboración con D. Alvaro Romea.

2 En colaboración con D. José Estremera.

Los fugitivos, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El vecino de ahí al lado, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El crimen de anoche, humorada en un acto y en prosa, original.

El teniente cura, juguete cómico, original, en un acto y en prosa. [1] (Tercera edición.)

Los domingueros, sainete lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde.

¡Ese Buitrago!..., juguete lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

La segunda tiple, pasillo en un acto y en prosa, original, música de lrs Sres. Romea y Valverde.

El portamonedas, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El primer bailarín, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Los tortolitos, zarzuela original, en un acto, en prosa, música del maestro Marqués.

La ministra, juguete cómico, original, en dos actos y en prosa.

La boda de Serafín (alias) **El Zapaterín,** sainete lírico, original, en un acto y dos cuadros, música del Sr. Valverde (hijo).

Mis primeros cantos.—Un tomo (agotada).

Aurea, novela.—Un tomo (agotada).

El Ratoncito Pérez, ídem.—Un tomo (agotada).

¡El fin del mundo!, idem.—Un tomo.

Para usted, picadura literaria.—Un tomo.

Derecho cómico-conyugal. (Quinta edición.) Corregida y aumentada con las leyes de Toro.—Un tomo.

Los Postergados, (Tercera edición.)—Un tomo.

El Monigote, novela. (Segunda edición.)—Un tomo.

Madrid riendo.—Un tomo.

Cantos de un mudo. (Sexta edición.) Corregida y aumentada.—Un tomo.

---

1 En colaboración con D. Julián Romea.